

**JAMIES O.
CURWOOD**

**El honor
del desierto blanco**



Lectulandia

El honor del desierto blanco explora la fuerza invisible que trae al joven Jan Thoreau y su música de las tierras áridas al remoto campamento de Lac Bain, cambiando para siempre las vidas de quienes viven allí. ¿Qué le trajo a la casa de John y Melisse Cummins cuando esta última estaba en su lecho de muerte?

«Escucha, John. Oigo música». Las palabras salieron en un suave susurro de los labios de la mujer. Una mano blanca y delgada se alzó débilmente hacia el áspero rostro del hombre que estaba arrodillado junto a su cama, y los grandes ojos oscuros de los que se había escondido se iluminaron brillantemente por un momento, mientras ella susurraba de nuevo: «John, escucha la música». Un suspiro salió de sus labios. La cabeza del hombre se inclinó hasta que descansó muy cerca de su pecho. Sintió el temblor de su mano contra su mejilla, y en su toque había algo que le decía a John Cummins que el fin de la vida había llegado para él y para ella. Su corazón latía con fiereza, y sus grandes hombros temblaban con la agonía que le estaba devorando el alma.

Lectulandia

James Oliver Curwood

El honor del desierto blanco

ePub r1.0

Titivillus 22.04.2019

Título original: *The Honor of the Big Snows*
James Oliver Curwood, 1911
Traducción: Susana Montaner
Diseño portadilla VI Aniversario: XcUiDi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com



Capítulo I

La música

—Escucha, Juan... Oigo música...

Estas palabras surgieron, como un dulce murmullo, de labios de la mujer. Una mano blanca y descarnada se levantó pesadamente hasta tocar la ruda faz del hombre que se hallaba arrodillado cerca del lecho. Los grandes ojos negros de la enferma, que él no osaba mirar, adquirieron por un momento un brillo inusitado, mientras ella murmuraba de nuevo:

—Juan... oigo... música...

Luego, dejó escapar un suspiro. El hombre inclinó la cabeza, recostándola cerca del pecho de ella. Su mejilla percibió el temblor de la mano de la enferma, y este temblor reveló a Juan Cummins que la vida tocaba a su fin para él y para ella. El corazón de Cummins latió aceleradamente, y sus anchas espaldas se agitaron bajo el peso de la angustia que le devoraba el alma.

—Sí, es una bella música, Melisa mía —murmuró dulcemente, reprimiendo sus sollozos—. Es la bella música del cielo.

La mano apretó más fuertemente la mejilla de Cummins.

—No es música del cielo, Juan. Es de veras... Es música de veras lo que oigo...

—Es la música del cielo, Melissa. ¿Quieres que abra la puerta para que la oigamos mejor?

La mano resbaló de la mejilla de Cummins. Éste levantó la cabeza y enderezó poco a poco su cuerpo, mientras contemplaba el pálido semblante de la enferma, del cual iban desapareciendo los últimos arreboles de la fiebre, del mismo modo que la macilenta luz del sol del Norte se desvanece ante una

gran nevada. Levantó los brazos, largos y flacos, hasta tocar el techo de la cabaña, Y por primera vez en su vida púsose a orar... a orar al Dios que había hecho para él aquel mundo de nieve y de hielo y de selvas inacabables, y que le había dado aquella mujer y ahora se la quitaba.

Al mirar de nuevo a la mujer, ésta tenía los ojos abiertos. En ellos brillaba todavía el fuego de un gran amor. Los labios de la enferma dirigían a Cummins la dulce súplica de costumbre; decíanle, en un significativo mohín, que tenían que ser besados y acariciados sus cabellos, y repetido de nuevo que ella era el ser más bello de la Tierra.

—¡Melissa mía!

Cummins juntó su cara a la de ella, sofocando los sollozos entre las suaves matas de pelo de la enferma, mientras ésta levantaba penosamente los brazos para rodearle el cuello. Percibió la rápida y desesperada respiración en el pecho de ella, y oyó, otra vez, muy débiles, las palabras:

—¡Es la música... de... mi... país!

—¡Es la música de los ángeles del cielo, dulce Melissa! Es nuestra música. Voy a abrir la puerta.

Los brazos de Melissa abandonaron, dejándose caer sin fuerzas, las espaldas de Cummins. Éste pasó suavemente sus ásperos dedos por los deslustrados cabellos de la mujer, y acaricióle el rostro, tan suavemente como lo habría hecho al tocar la carita de un niño dormido.

—Voy a abrir la puerta, Melissa.

Cummins, que calzaba mocasines, no hizo el menor ruido al atravesar la pequeña estancia. Detúvose a la puerta y escuchó; luego abrió, y, mientras contemplaba los fríos y pálidos fulgores de la aurora jugando sobre el Polo, la noche blanca envolvió todo su ser. A su oído llegaba un extraño zumbido, melancólica canción de los crepúsculos del Norte... una canción de honda, infinita soledad... que ambos habían llamado la música del cielo.

En el fondo de esta música misteriosa no vibraba ningún sonido. Los ojos de Juan Cummins no percibían a ningún ser viviente. Y, sin embargo, creyó descubrir ciertas señales... señales que le cortaron el aliento, hasta ahogarle, y le llevaron a hundirse en la noche.

En el campamento, lindante con las tierras desiertas, sonó la una de la madrugada. Era la hora en que todos solían dormir profundamente; pero aquella noche no se había acostado nadie. En cada una de las contadas barracas de troncos que se alzaban en el campamento brillaba una lucecita. El almacén de la Compañía estaba hecho un ascua, y la oficina del factor, puerto de refugio para los hombres del desierto, proyectaba una luz amarillenta en la

sombría blancura del exterior. El campamento estaba despierto. Aguardaba. Escuchaba. Vigilaba.

Cuando la puerta de la cabaña se abrió, llena de luz, otra puerta de una de las casetas de troncos se abrió también, y luego una tercera, y de la oficina del factor fueron saliendo, como sombras, los hombres calzados con mocasines, que aguardaban la palabra de vida o muerte que había de traerles Juan Cummins. A su vieja manera aquellos hombres, que, sin saberlo, vivían conforme a la ley de Dios, dirigían mudas plegarias a los cielos estrellados para que conservara la vida al ser más bello de la Tierra.

Hacía dos veranos que este bello ser había entrado a formar parte de la vida de Cummins y de la vida del campamento. Cummins, de pelo rojo, ágil como un gato, elevado de espíritu como las majestuosas montañas de los *crees*^[1], el mejor cazador de la Compañía, trajo allí a su novia. Diecisiete corazones rudos le dieron la bienvenida. Reuniéronse alrededor de la pequeña cabaña donde brillaba ahora la luz, mudos de admiración ante aquella mujer, y con los sombreros en la mano y las caras resplandecientes, sus miradas rehuían los ojos espléndidos que les miraban sonrientes, mientras ella les estrechaba la mano, uno tras otro.

Quizá Melissa no era estrictamente bella, en el sentido que la mayoría de la gente suele dar a este vocablo; pero aparecía bella allí, a cuatrocientas millas de la civilización. Mukee, el mestizo, no había visto nunca a una mujer blanca, pues aun la mujer del factor era un poco *chippewayan*^[2], y ninguno de los otros hombres iba al extremo de las tierras salvajes del Sur más que una vez al año.

El cabello de Melissa era oscuro y suave, y despedía un hermoso brillo que avivaba en ellos el recuerdo de las cosas soñadas y nunca vistas. Sus ojos eran tan bellos como las tiernas flores salvajes que brotan todos los años después de las inundaciones primaverales, y su voz era el sonido más dulce que jamás habían escuchado sus oídos. Ésta fue la impresión de aquellos hombres cuando Cummins trajo allí por vez primera a su mujer; y la obra maestra que cada uno de ellos se había forjado en su mente no sufrió en el curso del tiempo el menor cambio. Cada semana, cada mes, añadían, al pasar, un nuevo y preciado matiz a aquella imagen, del mismo modo que el paso de los siglos acrecienta la belleza de un Rafael o de un Van Dyck.

La mujer se volvió, es cierto, más humana y menos angélica; pero así aparecía más real y les permitía conocerla más de cerca, hablar con ella y quererla aún más. Aquellos hombres no abrigaban la menor malicia; su cariño hacia Melissa era un cariño puro y desinteresado. Cummins y su mujer

correspondían buenamente a estas pruebas de afecto, y eran la pareja más feliz de toda la vasta región de las tierras del Norte.

La muchacha —era apenas una mujer— se sentía muy satisfecha de su nueva vida. No hacía más que lo acostumbrado, más que lo que habría hecho toda mujer educada en el amor de Dios y de un hogar. En sus ratos de ocio se dedicaba a instruir a la media docena de niños salvajes que corrían por el campamento, y todos los domingos ella les contaba maravillosas historias de la Biblia. Asistía a los enfermos, porque formaba parte de su plan de vida. Por doquier mostraba su alegre sonrisa, su palabra cariñosa, su ardiente solicitud, movida por el deseo de iluminar la vida de aquellos seres silenciosos del Norte, que se le antojaba muy triste y solitaria.

Y triunfó, no porque fuese distinta de las demás mujeres, sino a causa de la diferencia existente entre el cuadragésimo grado y el sexagésimo; esto es, la diferencia entre el punto de vista de los hombres que, convertidos en náufragos morales, luchan entre sí en la cruenta batalla de la vida, y el de aquellos otros que vivían a varios centenares de millas más cerca de la bóveda de la Tierra.

Pocos días antes había tenido lugar un acontecimiento extraordinario en el campamento de la Compañía. En la pequeña cabaña de Cummins y su esposa había venido al mundo un nuevo ser. A partir de aquel momento, la muda admiración de aquella gente llegó al paroxismo. ¡La mujer de Cummins era madre! Ahora ésta era uno de ellos, una parte indisoluble de su existencia, tan positivamente como podían serlo las extrañas luces que vagaban siempre por el polo, tan seguramente como las incontables estrellas que nunca dejaban de brillar por la noche, tan firmemente como las selvas inacabables y las nieves profundas.

Pero entonces se produjo un cambio repentino, y la tristeza, acarreada por la amenaza de la muerte, se cernió como un sudario sobre el campamento, ahogando la vida y despertando una pena que ninguno de los que vivían allí había sentido jamás.

Cummins no les dijo una palabra. Permaneció un momento delante de la puerta iluminada, y volvió a entrar. Entonces aquellos hombres se dijeron quedamente unos a otros que el ser más bello de la Tierra seguía viviendo aún su dulce vida en el fondo de la pequeña cabaña donde brillaba la luz.

—¿Oyes, ahora, la música del cielo, Melissa mía? —cuchicheó el hombre, arrodillándose de nuevo al pie el lecho—. ¡Es muy bella esta noche!

La moribunda trató de acariciar el rostro de Cummins; pero éste no se dio cuenta de ello, porque la mano permaneció inerte. No vio cómo se le

nublaban a ella los grandes ojos amorosos, llenos de ternura, porque un velo abrasador cegaba también los suyos. Y la mujer no vio las lágrimas de su esposo, y a ambos les fue ahorrada una nueva pena. De repente, la mujer se estremeció, y Cummins oyó un sonido penetrante y agradable.

—¡Es la música! —jadeó ella—. ¡Juan, Juan, es... la música... de... mi... país!

El hombre se incorporó y miró hacia la puerta abierta. ¡Ahora la oía! ¿Eran los ángeles benditos que acudían en busca de Melissa? Cummins se puso de pie, sofocado por los sollozos, y fuese, con los brazos extendidos, a recibir a aquellos seres. No había oído un sonido como aquél en toda su vida, en aquellas tierras desiertas.

Cummins traspuso la puerta y, paso a paso, se dirigió, a través de la nieve, hacia la negra obscuridad del bosque. Los sollozos se agolpaban a sus labios, mientras alargaba los brazos para recibir al mensajero del Dios de la amada; porque Cummins era un habitante de una tierra inculta y salvaje, y no acertaba a explicarse aquella dulzura que llegaba de las profundidades del bosque, tenebroso.

—¡Melissa mía! ¡Melissa mía! —exclamaba sollozando.

Un figura surgió de la obscuridad, y con la figura avanzaba la música, dulce, suave, apagada. Juan Cummins se detuvo y levantó su cara para mirar al cielo. Su corazón desfallecía.

Cesó la música, y cuando Cummins volvió a mirar a su alrededor, la figura se hallaba muy cerca, vacilante en su marcha, y una cara pálida y delgada y hambrienta apareció al fin ante él. Era la cara de un muchacho.

—¡Por la música del violín... algo para comer! —oyó Cummins, y la delgada figura se tambaleó y fue a caer en sus brazos. La voz dejóse oír de nuevo, débilmente—: Soy Jan... Jan Thoreau... y su violín...

Cuando entraron en la cabaña, el semblante de Melissa tenía una lividez mortal y sus grandes ojos negros miraban fijamente a los recién llegados. Cummins se arrodilló de nuevo cerca del lecho y apoyó contra su pecho la cabeza exánime de la enferma, mientras ésta susurró de nuevo:

—¡Es la... música... de mi país... el violín!

Juan Cummins volvió la cabeza.

—¡Toque usted! —suplicó.

—¡Ah, el pobre angelito blanco está enfermo... muy enfermo! —murmuró Jan, y pasó suavemente el arco sobre las cuerdas del violín.

Del instrumento salió un sonido tan dulce y suave que Cummins cerró los ojos, mientras estrechaba a la mujer contra su pecho y escuchaba. Hasta que

los hubo abierto de nuevo, y sintió en su mejilla una extraña frialdad, no supo que el alma de su amada le había abandonado, transportada por la fina música del violín de Jan Thoreau.

Capítulo II

La historia de Mukee

Durante unos minutos, después de haber exhalado los labios de la mujer el último suspiro, Jan Thoreau siguió tocando el violín. Un sollozo desgarrador paralizó su brazo. Tan tiernamente como si ella se hubiera entregado a un dulce sueño del que temiese despertarla, Cummins abrió los brazos y recostó la cabeza de la muerta sobre la almohada; y con sus ojos negros perplejos, Jan, que apretaba el violín contra su pecho cubierto de andrajos, vio cómo Cummins alisaba el brillante cabello de la muerta y contemplaba con honda tristeza la blanca faz inmóvil.

Cummins volvió hacia él la cabeza, y a través de la incierta luz de la estancia, sus ojos se cruzaron. Entonces, Jan Thoreau diose cuenta de lo que acababa de ocurrir. Olvidóse de su hambre, y, oprimiendo aún más el violín, exclamó para sí:

—¡El ángel blanco se ha ido!

Cummins se levantó penosamente, como un hombre que ha envejecido de súbito. Arrastrando los pies se dirigió hacia la puerta. Al salir, bajo la tenue luz de la noche estrellada, dio un traspié.

Jan le siguió, muerto de debilidad, pues el resto de sus energías se le había ido al tocar el violín. Detúvose en el centro de la estancia, y en sus ojos brilló el fulgor salvaje de una pena extraña al contemplar de nuevo la tranquila faz de la mujer de Cummins, bella en la muerte como lo había sido en vida, y con la suave dulzura de la vida palpitando todavía en el cuerpo yacente. Alguna vez, tiempo ha, mucho tiempo ha, había conocido aquella cara y había sentido por ella un cariño avasallador.

Algo le atrajo hacia donde Juan Cummins se había arrodillado, y, dejándose caer al pie del lecho, contempló con arrobó y pesar a la que antes contemplara Juan Cummins. Su pulso latía débilmente; la extenuación de seis días de hambre enturbiaba su vista, sin darse cuenta desplomóse sobre la cama y una de sus manos tocó la onda suave del cabello de la difunta. Jan ahogó un grito y se puso de repente rígidamente erecto; y como si no hubiese más que un medio de hacerse perdonar esta profanación, empuñó el violín y tocó un momento tan suavemente, que nadie sino el espíritu de la muerta y él mismo pudieron oír la música.

Cummins había entornado la puerta al salir; pero los que vigilaban habían visto cómo la abría. Una puerta se abrió, y luego otra, y unos haces de luz amarillentos iluminaron la nieve endurecida, mientras otras sombras vivientes salían a recibir el mensaje que llegaba de la pequeña cabaña.

Fuera de estas manchas de luz no se percibía ningún otro movimiento ni ruido. Las sombrías figuras permanecían de pie, inmóviles. El aullido solitario de un perro de trineo terminó en un quejido, tras el puntapié que impuso silencio. El padre de Mukee, que asomó la cabeza por la puerta de la pequeña choza cercana al bosque, ahogó su tos seca en su gruesa gorra de piel. Una veintena de miradas se posaron sobre Cummins mientras éste avanzaba a través de la nieve, y aquellos rudos y fieles corazones latieron, llenos de angustia, ante la palabra que su compañero les iba a decir.

Del mismo modo que una nación deja de alentar durante los últimos momentos del caudillo moribundo, y las negras alas de la desgracia se ciernen sobre el país, sumiéndolo en una extraña inquietud y tristeza, así también, al producirse en aquel rincón del mundo la mayor de las tragedias, la gente de Cummins permanecía muda de dolor ante la espera de la palabra final. Y cuando, al fin, oyeron esa palabra, y ésta pasó de unos labios a otros, y de una faz, contraída por la pena, a otra, las puertas volvieron a cerrarse, y las luces se apagaron una a una, hasta que no quedó más que el ojo amarillento de la oficina del factor y el débil resplandor de la pequeña cabaña en la cual Juan Cummins, arrodillado al pie del lecho, sollozaba, con sus labios pegados al rostro de la muerta.

Nadie se dio cuenta de Jan Thoreau cuando éste entró por la puerta de la oficina del factor. Su chaqueta de piel de caribú estaba hecha jirones. Sus zapatos aparecían destrozados. Su pálida y flaca cara mostraba una lividez mortal dentro del marco de sus negros cabellos estirados. Sus ojos brillaban como negros diamantes. La locura del hambre había hecho presa en él.

Una hora antes, la muerte le agarrotaba ya el cuello cuando de pronto divisó las luces del campamento. Aquella noche hubiera muerto entre la nieve espesa. Con el violín, envuelto en una funda de piel de oso, fuertemente apretado contra su pecho, se desplomó, como un montón de harapos, cerca de la estufa encendida. Sus ojos miraron a su alrededor, en súplica desesperada. Pero entre aquellos hombres corajudos del Norte lejano no había pordioseros, y los labios de Jan se abstuvieron de pedir. Desenfundó el violín y murmuró:

—¡Por la música del violín... algo para comer!

Al tiempo que decía estas palabras, empezó a tocar, pero ello no duró más que un segundo... porque el arco se le escapó, de sus dedos exhaustos, y su cabeza se inclinó hacia adelante, sobre el pecho.

En los ojos del mestizo brillaba algo de la belleza salvaje que lucía en los de Jan. Al cruzar sus miradas reconocieron entre sí el lazo de la sangre; y cuando la cabeza de Jan se inclinó desfallecida, y el violín rodó por los suelos, Mukee tomó al hambriento en sus brazos corpulentos y lo condujo a la choza cercana al bosque.

Al día siguiente nadie se había fijado en Jan... excepto Mukee. Jan recibió alimentos. Su helada sangre volvía a circular. A medida que recobraba las fuerzas, Jan percibió más y más la honda tristeza que pesaba sobre los humildes seres establecidos en aquellas tierras desiertas. Había visto a la mujer, en vida y en muerte, y él también la amaba y deploraba que los hubiese abandonado. No dijo nada, ni preguntó nada; pero vio el espíritu de adoración en las tristes y abrumadas caras de los hombres. Lo vio en los ojos espantados de los niños adustos que se habían educado entre el cariño de la mujer de Cummins. Lo vio aun en el silencio hosco de los perros, en silencio terrible, desolador, que le rodeaba.

Jan comprendía esto perfectamente, pues él también veneraba la memoria de una dulce cara blanca como la que había visto en la cabaña. Sabía que el culto que la gente de Lago Bain sentía por la muerta era un culto puro, porque el honor de las grandes nieves informaba su espíritu. Era su religión, y la religión de aquellos que vivían cuatrocientas millas lejos de las colonias del Sur.

Significaba algo que los hombres civilizados no podían comprender... morir de frío y de hambre antes que robar, y respetar el décimo mandamiento sobre todas las cosas. Significaba que allí, bajo la fría caricia del cielo del Norte, las cosas eran tal como Dios quería que fuesen, y que algunas de estas criaturas podían experimentar un género de amor que no era ni posesión ni liviandad.

Un año después de vivir allí la mujer de Cummins, llegó al campamento un hombre procedente de Fuerte Churchill, sobre la bahía de Hudson. Era un inglés que formaba parte del personal de las oficinas de la «Compañía de la Bahía de Hudson» de Londres. La presencia de este individuo en el campamento constituía una novedad, como antes lo constituyera la mujer; sólo que en este caso ofrecía una particularidad que la gente de Cummins no podía comprender.

Los hombres del campamento husmearon en seguida la tragedia. Por su parte, el inglés no veía en ello nada más que un incidente... una aventura pasajera y agradable. En esto se revelaba de nuevo la diferencia de punto de vista... la eterna diferencia entre el centro y el final de la Tierra.

Cummins se había ausentado por un mes, con objeto de inspeccionar una línea de cepos que alcanzaba hasta las tierras estériles. En estos casos, la mujer constituía para aquellos hombres un depósito sagrado, por el cual velaban con el mismo celo con que un padre vela por su hijo. Sin embargo, los ojos más penetrantes no lo hubieran advertido.

Ausente Cummins, la tragedia marchaba rápidamente hacia su desenlace. El inglés gustaba de la vida galante. Torturábale la soledad en que vivía por espacio de algunos meses. La mujer de Cummins era para él como una flor súbitamente aparecida para mitigar la desesperante aridez de aquel desierto; y con sus arrumacos de hombre civilizado trataba de aspirar el perfume de esa flor.

Durante los días y semanas que siguieron, el inglés charló más de lo debido, animado por el calorillo de la estufa y por sus propios pensamientos; y eso lo hizo por no haber medido el modo de sentir y de pensar de la gente de Cummins. Y no sabiendo una palabra de lo que se decía en torno de la estufa, la mujer proseguía el curso habitual de su vida sencilla, ni resistiendo ni alentando al recién llegado, aunque atrayéndole con aquella dulzura de trato que concedía por un igual a todos.

El espíritu de Melissa no abrigaba aún la menor sospecha. Aceptaba la amistad del inglés, porque éste era un forastero entre aquella gente. No notaba la perfidia, no veía el peligro. Pero en el campamento los hombres escuchaban, y veían, y comprendían.

Como tantas bestias leales, estaban a punto de saltar, de hacer presa en la carne, de arrancar la vida de aquel que amenazaba con profanar aquello que para ellos era lo mejor y lo más puro. Entre tanto, en su ciega fe y devoción, vigilaban, aguardando una señal de la mujer. Los ojos negros de la mujer de Cummins, las palabras que salían de sus dulces labios, el tacto de sus manos,

inflúan de tal modo en el ánimo de aquellas gentes, que no había allí más voluntad que la de Melissa. Si ésta se complacía en sonreír al forastero, si gustaba de hablarle y de estar con él, eso constituía sencillamente una ley más que ellos tenían que respetar. Así, manteníanse quietos, evitando todo lo posible el trato del inglés, y vigilaban... vigilaban siempre.

Un día ocurrió una escena singular. La mujer de Cummins entró en el almacén de la Compañía; y al encontrar allí al forastero, un rubor repentino coloreó sus mejillas, y sus ojos brillaron con la dureza de los diamantes azules. El forastero desvió la mirada, y su cara rojiza se puso aún más encendida. Cuando la mujer de Cummins pasó cerca de él, recogió cuidadosamente su falda; y en su aire lleno de dignidad había algo de regio, y resplandecía la gloria de la esposa y de la mujer, la viviente y alentadora esencia de todo lo que existía de bello en el bollar de la gente del desierto blanco.

Aquella noche, Mukee, el mestizo, ocultóse en las cercanías del bosque para ver si ocurría algo nuevo en la pequeña choza de Cummins. Una vez una zorra mordió a Mukee, y los dientes de la bestia penetraron hasta el hueso. Los cuidados de Melissa salváronle la mano. Desde entonces, la parte salvaje del espíritu de Mukee quedó cautiva de Melissa, como un espíritu invisible.

Agazapóse unos instantes en la nieve, mirando la luz pálida que se filtraba por un agujero de la cortina de una ventana; y un cuerpo se interpuso de repente entre él y la luz. Vio, pegada al muro de la cabaña, la sombra silenciosa de una forma humana; y tan calladamente como el acerado fulgor de la aurora que brillaba sobre su cabeza, tan ágil como el más veloz de los ciervos, atravesó la penumbra del linde del bosque y se ocultó detrás de la cabaña.

Mukee se acercó sin hacer el menor ruido, con la cautela de una zorra, a través de la valla de troncos. Vio al inglés como fisgoneaba por el agujero de la cortina.

Mukee se acercó sin hacer el menor ruido. Su mano se posó suavemente, como pudiera hacerlo un niño, sobre el brazo del extranjero.

—Esto pugna con el honor del desierto blanco —murmuró el mestizo—. ¡Venga usted!

Una palidez enfermiza cubrió la cara del inglés; pero la voz de Mukee era suave y tranquila y su mano tenía una finura aterciopelada. El inglés se dejó conducir por la mano que le apartaba de la cabaña, riéndose amistosamente. Mukee contestó enseñando los dientes. El inglés rióse por lo bajo.

Entonces las manos de Mukee se contrajeron. Levantándose rápidamente, agarráronse al cuello robusto y rojizo del hombre civilizado. Silenciosamente, los dos hombres rodaron juntos sobre la nieve.

Al día siguiente, un mensajero partía para Fuerte Churchill en un trineo tirado por seis perros. Llevaba a la oficina central de la Compañía la noticia de que el inglés había muerto entre la nieve... lo cual era verdad.

Mukee contó esta historia a Jan; porque entre ambos existía el lazo de la sangre. Era una pintura de vida, y de amor, y de pureza. En la más recóndita intimidad de su corazón, Jan Thoreau, a su manera simple, dio las gracias al gran Dios que le había deparado la ocasión de tocar el violín cuando la mujer se moría.

Capítulo III

La pequeña Melissa

La partida de la mujer de Cummins hacia el otro mundo fue tan silenciosa como lo fue su llegada al campamento. Con las cabezas descubiertas, sus cabellos esparcidos por la cara, sus labios contraídos para contener el dolor, la poca gente del campamento entraron, uno tras otro, en la pequeña choza y contemplaron por última vez el rostro de Melissa. No se oía más que un ruido, aparte del leve pisoteo de los mocasines: el de los desgarradores sollozos que se escapaban a través de la espesa barba de Guillermo, el viejo factor.

Luego, condujeron el cadáver a un claro que se abría a entrada del bosque; y al pie de un abeto gigante, que se alzaba hacia el cielo como un centinela, depositaron el cuerpo en la tierra helada. Con la voz entrecortada por los suspiros, Guillermo leyó las palabras de una hoja arrancada de la Biblia. Los rudos hombres que rodeaban al factor hundieron sus cabezas en el pecho, y sus cuerpos se agitaron al impulso de los sollozos.

Al final, Guillermo suspendió la lectura, extendió los largos brazos sobre la cabeza y exclamó jadeante:

—¡Que el gran Dios acoja en su seno a la señora Cummins!

Mientras la tierra iba cubriendo el cuerpo de Melissa, avanzaba del fondo del bosque la música dulce y apagada de Jan Thoreau. Nadie en el mundo hubiera podido decir qué música era aquélla. Era la música del espíritu de Jan, una música melosa y salvaje, que evocaba el rumoreo de los vientos y que aparecía dulcificada por un extraño sentimiento que Jan heredó con la imagen que llevaba en su corazón palpitante.

Jan siguió tocando hasta que Juan Cummins se quedó solo al lado del abeto gigantesco y frente a la tumba solitaria. Cuando Jan paró de tocar, Cummins volvióse hacia él, y se fueron juntos a la pequeña cabaña donde había vivido la mujer.

En la cabaña velase ahora algo nuevo... un pequeño ser delicado y blanco, que palpitaba dulcemente y del cual cuidaba una mujer india. El muchacho, al lado de Juan Cummins, miraba y temblaba.

—¡Ah! —murmuró, y sus grandes ojos se iluminaron—. ¡Es el angelito blanco!

—Es la pequeña Melissa —repuso Cummins.

Éste cayó de rodillas, acercando su rostro al de aquel pequeño ser que había de llenar el vacío dejado por la que acababa de abandonarle. Jan sintió en su corazón una extraña sacudida, y se hincó también de rodillas al lado de Juan Cummins en esta primera adoración hacia la niña.

A partir de aquel momento en que por vez primera se arrodillaron ante la criaturita que animaba la cabaña, un lazo extraño, difícilmente quebrantable, unió a aquellos dos hombres. Después de contemplar largamente a la pequeña Melissa, Jan fijó su mirada en el rostro de Cummins, y murmuró dulcemente la palabra que en *cree* significa padre. Ésta fue la primera palabra que Jan pronunció acerca de Melissa.

Cuando volvió a mirarla, Jan vio que la criaturita se agitaba y movía los piececitos como había visto a los lobatos menear sus patitas y agitarse antes de abrir los ojos. Los grandes ojos de Jan sonreían. Tan cautamente como si estuviera jugando con un hierro candente, Jan alargó la delgada mano, y cuando uno de sus dedos tocó de repente aquel cuerpo suave y tibio, retiró la mano como si se hubiese quemado.

Aquella noche, cuando Jan recogía el violín para marcharse a la choza de Mukee, Cummins puso sus manazas en los hombros del muchacho y le dijo:

—¿Quién es usted, Jan, y de dónde viene?

Jan extendió los brazos, señalando vagamente al Norte.

—Jan Thoreau —contestó sencillamente—. He aquí mi violín. Hemos venido solos a través de la nieve.

Cummins miróle fijamente a los ojos como si viera en ellos un espectáculo interesante. Luego, dejó caer los brazos y se dirigió a la puerta. Cuando estuvieron afuera, Cummins señalóle las estrellas, hacia el leve resplandor argénteo que la aurora esparcía, al despertar, por el ciclo del Norte.

—¿Oriéntese, Jan, y dígame otra vez de dónde viene?

Sin vacilar, el muchacho señaló hacia el Norte.

—Hemos pasado seis días de hambre a través de la nieve. Por la noche, el violín ahuyentaba a los lobos.

—¡Mire otra vez, Jan! ¿Viene usted de allí, o de allí?

Cummins volvíase lentamente, encarándose primero hacia el Este y la bahía de Hudson; luego, hacia el Sur; y finalmente hacia el Oeste. Había algo más que curiosidad en la contraída faz que miraba interrogativamente a Jan Thoreau.

El muchacho encogióse de hombros y sus ojos le brillaban.

—No es ninguna mentira que Jan Thoreau y su violín han llegado a través de la nieve —replicó suavemente—. No es ninguna mentira.

Ahora las manos de Cummins se agitaron acariciadoras. Jan no podía explicárselo; pero cediendo a la suave invitación entró de nuevo en la cabaña. Algo más que un simple sentimiento de amistad brillaba en los ojos de Cummins cuando éste volvió a colocar sus manos sobre los hombros del muchacho. Y Jan no podía explicárselo.

—Aquí hay sitio de sobra... ahora —dijo Cummins rudamente—. ¿Quiere usted quedarse con la pequeña Melissa y conmigo?

—¡Con la pequeña Melissa! —exclamó el muchacho.

Jan acercóse poco a poco a la cuna. Arrodillándose ante la criatura y curvando sus flacas espaldas, brillábanle, bajo la luz de la lámpara, los negros y lustrosos cabellos y amenazaba su pecho estallar de felicidad.

—¡Permaneceré para siempre al lado de este angelito! —murmuraba, dirigiéndose a la criaturita, que no podía entenderle.

—Jan Thoreau se queda, sí... con su violín. Os lo doy... y también su música.

Dejó el precioso violín atravesado a los pies de la cuna.

Capítulo IV

El problema

En el curso de los días siguientes acaecieron otras cosas que Jan no podía comprender y que tampoco hizo nada por explicárselas. Hablaba poco, aun con Cummins. Limitábase a escuchar y a contestar con la mirada, o a replicar con leves y extraños movimientos de hombros que agitaban sus largos y ondulados cabellos. Del ignoto desierto, Jan había aportado a las almas simples del campamento algo más que su cuerpo famélico. A eso precisamente se debía que no lograrse explicarse muchas cosas.

Nadie pudo saber de su vida más que lo que Cummins sabía. Aun para Mukee, su historia era igualmente simple y breve. Jan decía siempre que venía del Norte... con lo cual significaba las tierras desiertas; y las tierras desiertas eran la muerte. Nadie las había cruzado nunca como Jan lo había hecho; y en otra época y en otras circunstancias, Cummins y su gente le hubieran tomado por loco.

Pero otros, además de Cummins, habían oído la extraña y dulce música que había llegado del fondo del bosque la noche en que la mujer se moría, y ellos, lo mismo que Cummins, sintiéronse turbados por extraños presentimientos. Sabían poca cosa de Dios en la forma como suele hablarse de Él en las predicaciones; pero, en otro sentido, sabían muchas cosas. Sabían que Jan Thoreau había llegado como un mensajero de los ángeles, que el alma de la mujer había salido a recibirle, y que la mujer había muerto dulcemente sobre el pecho de Juan Cummins mientras Jan tocaba el violín. Así, este muchacho, de rostro fino, sensitivo, y de ojos grandes y hermosos, llegó a formar parte de aquello que la mujer había dejado entre ellos para que lo

amasen. Como una parte de ella lo aceptaron, sin preocuparse más ni de dónde venía ni de quién se trataba.

En cierto modo, Jan Thoreau les recompensaba de la pérdida de la mujer. Ésta había aportado algo nuevo y dulce a sus vidas solitarias, y Jan había traído también algo dulce y extraño: la música del violín. Todas las noches tocaba, para distraerlos, en la oficina del factor; y en aquellos momentos sentían como si la mujer de Cummins se hallase muy cerca de ellos y les estuviese hablando a través de las cosas que tocaba Jan Thoreau.

La música había permanecido largo tiempo ausente de sus vidas. Cabría aún decir que no la habían conocido nunca. Años atrás, Guillermo estuvo en un campamento donde había un acordeón. Cummins oyó música al ir, había más de dos años, a las tierras civilizadas en busca de una compañera. Para los demás, la música era un misterio que les conmovía hasta el fondo del alma, y que les revelaba algunas cosas que habían estado constantemente envueltas en el polvo del pasado.

Aquéllos eran para Jan unos momentos de triunfo. Montado sobre una caja, de espaldas a la pared, con su cabeza echada hacia atrás, sus negros ojos brillantes y su larga cabellera que prestaba a su semblante una belleza salvaje, representaba algo más que un rey para los rudos hombres que le rodeaban. Éstos escuchaban silenciosos, inmóviles; y cuando había terminado, nadie se movía ni hacía el menor ruido hasta que Jan había enfundado el violín y había vuelto al lado de Juan Cummins y de la pequeña Melissa. Jan comprendía aquel silencio y lo estimaba en lo que valía.

Pero el auditorio que Jan prefería era el de la pequeña choza, y aún más tener como único oyente a la pequeña Melissa. A medida que se acercaban los días en que había que ocuparse de los cepos primaverales, cuando las tierras desiertas, cien millas alrededor del campamento, empezaban a verse cruzadas por el rastro de los peleteros *crees* y *chippewayan*, Cummins permanecía ausente días enteros, ocupado en alentar a los amigos de la Compañía y en regatear el precio de la presa que tenía que ser traída al mercado ocho semanas más tarde.

Aquél era un año de intensa rivalidad, porque los Revillon, competidores franceses de la Compañía, habían establecido un campamento dos millas más lejos hacia el Oeste, y cundía el rumor de que darían sesenta libras de harina por cada cuarenta que pagase la Compañía, y cuatro pies de tela por cada yarda. Esto obligaba a Guillermo y a su gente a redoblar su actividad. Aun el propio factor se creyó obligado a prestar su ayuda a los compañeros. Mukee, el mestizo, se fue a recorrer las tribus diseminadas en el linde de las tierras

desiertas y excitabalas a mantenerse fieles con elocuentes promesas y con invectivas contra los intrusos del Oeste. El viejo Per-ee, que tenía sangre de esquimal en las venas, se fue osadamente, detrás de sus perros, a encontrar a la gente negra y pequeña establecida más hacia el Norte, que iba descendiendo detrás de las zorras y de los famélicos osos polares echados de su país por los témpanos desprendidos durante la pasada primavera. El joven Guillermo, el hijo del factor, iba detrás de Cummins, y el resto de los hombres de la Compañía se dirigía hacia el Sur y hacia el Este.

El éxodo dejó desolado el campamento. Las ventanas de las chozas sin lumbre estaban cubiertas de hielo. La oficina del factor permanecía silenciosa. Los perros se habían ido, y los lobos y los lince iban a husmear cada vez más cerca todas las noches. Ante la postración causada por la deserción general, los chiquillos indios y mestizos no salían de sus chozas, y la mujer *chippewayan* de Guillermo, gorda y perezosa, dejó bien cerrado el almacén de la Compañía.

En medio de este silencio desolador, Jan Thoreau sintió un nuevo bienestar que iba todos los días en aumento. Para él el rumoreo de la vida era una cosa que vibraba con excesiva asperidad; la quietud —la quietud muerta, sin latidos, propia de la ausencia de vida— era bella. Estaba soñando en ello, y entonces sus dedos descubrían en el violín nuevas armonías.

A menudo, enviaba a Maballa, la mujer india que cuidaba de Melissa, a desbravar su lengua con la mujer de Guillermo, para que lo dejara solo un buen rato con la niña. En estos momentos, una vez había asegurado la puerta con una tranca contra el mundo exterior, era un Jan Thoreau distinto el que se hincaba de rodillas ante la cuna. Su faz se aureolaba con una encendida pasión dominadora, disimulada de ordinario. Sus bellos ojos fulguraban con una luz extraña, y arrullaba al angelito con dulces canciones. Tocaba suavemente el violín, inclinando cuánto podía la cabeza para que la pequeña Melissa pudiese cogerle los cabellos con sus dedos diminutos.

—¡Ah el dulce angelito blanco! —exclamaba, mientras la niña tiraba de sus cabellos—. ¡Te quiero mucho... te quiero, y estaré aquí siempre, tocaré el violín! ¡*Ah mon Dieu*, tú serás un bello ángel blanco como... ella!

Jan se reía, y lanzaba extraños sonos como una madre, y hablaba, porque en aquellos instantes la lengua de Jan Thoreau era tan voluble como su violín.

Algunas veces la pequeña Melissa escuchaba como si comprendiera las cosas maravillosas que él le contaba. Acostada en su cuna, mirábale fijamente, mientras cogía el arco con sus manitas rosadas o metía su pulgar en la boca. Cuanto más tiempo permanecía así la niña mirándole de hito en hito,

más convencido estaba Jan de que ella le comprendía; y su voz se endulzaba, y sus ojos se le velaban tiernamente, mientras murmuraba a la niña unas cosas que Dios sabe lo que Juan Cummins hubiera pagado por poderlas escuchar.

—Algún día sabrás cómo aconteció, pequeña Melissa —murmuró Jan, y sus ojos se acercaron tanto que la niña los tocaba con un dedo inquiridor—. ¡Entonces amarás a Jan Thoreau!

Otras veces Jan guardaba silencio, y era la pequeña Melissa quien le contaba cosas a él; y en aquellos instantes Jan experimentaba una alegría aún mayor. Dentro de la cuna la niña agitaba sus piernecitas, y lanzaba leves y extraños sonidos, y Jan, en cuclillas, la observaba en silencio con el orgullo y la satisfacción de una gatita que contempla por vez primera los tumbos divertidos de sus mininos.

Una vez que Melissa irguió un momento su cuerpecito y trató de extender los bracitos, mientras se reía y lanzaba leves murmullos, Jan lanzó un grito de alegría, acarició locamente a la niña e hizo lo que no se había atrevido a hacer hasta entonces... darle un beso. Este beso asustó sobremanera a Melissa, la cual rompió a llorar de tal modo que Jan, lleno de pánico y de desconsuelo, tuvo que salir en busca de Maballa. Pasó mucho tiempo antes de que Jan se atreviera a besarla de nuevo.

Fue durante las dos semanas en que el campamento permaneció desierto, cuando Jan se dio cuenta del gran problema que se hallaba planteado ante él y Juan Cummins, Durante los últimos días de la segunda semana había empleado la mayor parte del tiempo recorriendo el linde de las tierras desiertas a la caza del caribú, a fin de recoger la cantidad de carne necesaria para los hombres y los perros, que pronto estarían de regreso. Una tarde regresó más temprano, en una hora en que el sol macilento brillaba todavía, y andaba cargado con la carne de un reno. Cuando llegó cerca del bosque, con su débil cuerpo doblado bajo el peso de la carga, un espectáculo terrible le aguardaba en el pequeño claro del campamento.

Delante de la cabaña veíase a Maballa de rodillas, ocupada en darle vueltas sobre un montón de nieve blanda al cuerpo medio desnudo de la pequeña Melissa y ejecutando esta labor con un brío que ella consideraba sin duda signo de *loa*^[3]. Jan lanzó un terrible chillido, dejó caer su paquete y corrió hacia Maballa como una fiera...

—*Sacré bleu*^[4]!... ¡Matará usted... matará usted a la pequeña Melissa! —gritó ásperamente, mientras le arrancaba de las manos a la criatura medio helada—. *Mon Dieu!* ¡Ella no es *papuesa*^[5]! ¡Es civilizada... civilizada!

Y corrió rápidamente al interior de la cabaña, en tanto que vomitaba en *cree* un torrente de injurias contra la extrañada y enmudecida Maballa.

Jan abandonó la carne de reno a los lobos y a las raposas. Salió de nuevo al exterior y encontró media docena de montoncitos de nieve en los que la indefensa Melissa había tomado los baños heladores. Jan vigiló desde entonces a Maballa con un terror cada vez mayor, y cincuenta veces al día le observaba:

—¡Melissa no es *papuesa*! ¡Es civilizada... como ella!

Y señalaba la tumba solitaria guardada por el abeto gigante.

Al final Maballa comprendió, entusiasmada, lo que Jan quería decir. Melissa no tenía que ser sacada afuera para darle vueltas a su cuerpo sobre la nieve; Maballa, pues, llevó la nieve adentro de la cabaña y frotó con ella el cuerpo de Melissa.

Cuando Jan descubrió esto, la lengua se disparó en acentos tan terribles, la cara se le contrajo de manera tan horrorosa, que Maballa empezó a comprender que la nieve, lo mismo dentro que fuera de la cabaña, no tenía que ser empleada nunca más en el desarrollo físico de la pequeña Melissa.

Así empezó por presentarse el problema. Éste se complicó y acabó por plantearse en toda su magnitud el día antes de que Cummins regresase de las tierras salvajes.

Durante una semana, Maballa estuvo lanzando indirectas respecto a una cosa maravillosa que ella y la mujer mestiza del factor estaban componiendo para Melissa. Jan se imaginaba un magnífico vestido cubierto de granitos y de lazos llamativos, que proporcionaría a Melissa un goce extraordinario. El día antes de la llegada de Cummins, Jan, que regresaba del bosque a dónde había ido a partir leña, se fue derecho a la cuna. La cuna estaba vacía. Maballa no estaba allí. Un súbito escalofrío recorrió todo su ser. Plantóse de un salto a la puerta de la cabaña, dispuesto a llamar con toda su furia a la india.

Un sonido le detuvo..., el más suave y el más dulce de los sonidos para Jan Thoreau... y éste se volvió rápidamente, como un gato. Melissa le sonreía y le estaba haciendo pequeños y extraños mimos amistosos desde encima de la mesa. Se hallaba de pie, metida dentro de una cosa que parecía un ataúd, del cual emergía, avispada y curiosa, la pequeña faz blanca. ¡Melissa estaba metida dentro de una malla *papuesa*!

—¡Melissa, no serás *papuesa*! —exclamó, corriendo hacia la mesa—. ¡Tú eres civilizada! ¡Tú no serás *papuesa*... ni que veinte mil diablos se lleven a Jan Thoreau!

La sacó de un tirón de aquella cárcel, lanzó afuera, sobre la nieve, la obra de Maballa, y aguardó impaciente el retorno de Juan Cummins.

Capítulo V

Redazos de amor

Cummins regresó al día siguiente... no porque hubiese concluido, la tarea entre los rudos tramperas del Sur, sino porque se había causado daño al caer en un sitio resbaladizo. Cuando Jan, desde el lugar donde estaba partiendo leña a la entrada del bosque, vio el rápido trineo que llegaba a la pequeña choza y un *cree* forastero acompañar hasta la puerta al hombre herido, atravesó corriendo el espacio que de allí le separaba, atormentado con la idea de una nueva desgracia.

Lo que vio al llegar a la puerta le devolvió la tranquilidad. Cummins se hallaba de rodillas al pie de la cuna, encogido de espaldas, y Melissa le saludaba con todo su vocabulario de sonidos. La herida que Cummins se había causado en la pierna no era grave; y no siendo grave, fue aceptada por Jan como un incidente providencial, pues los nuevos pensamientos que llenaban su cabeza causábanle un gran desasosiego.

Después de enviar a Maballa a casa de la mujer del factor, Jan, sin andarse con rodeos, expuso a Cummins sus temores. Con un gesto gráfico le contó lo que había ocurrido. Cummins se fue, cojeando, hasta la puerta para ver los montoncitos de nieve, y volvió, cojeando siempre, a la mesa, donde Jan demostraba excitadísimo la manera como había encontrado a Melissa metida dentro de la malla *papuesa*.

—¡Ella es civilizada! —acabó diciendo Jan, acalorado—. ¡Melissa no es *papuesa*! ¡Tiene que ser como... ella!

Sus grandes ojos centelleaban, y Cummins sintió atravesársele algo en la garganta cuando miró a ambos y comprendió lo que el muchacho quería

significar.

—Maballa haría de Melissa una *papuesa*. Crecería... no sabría nada, como las *papuestas*... hablaría *papués*...

La emoción paralizaba la lengua de Jan. El muchacho inclinaba ávidamente hacia Cummins su cara medio tapada por la lustrosa cabellera; y por su parte Cummins contemplaba, mudo y perplejo, el angustioso problema que se agitaba alegremente en la cuna.

—¿Es que no es civilizada? —preguntaba Jan, entusiasmado, inclinando su cabeza sobre la criatura ¡Ah la dulce Melissa!

—Si, Melissa debe ser como ella, Jan..., tan buena, tan dulce y tan bella —interrumpió Cummins cariñosamente. Percibióse un rápido jadeo de Cummins cuando éste se alejó, cojeando, hacia su cama, dejando a Jan que jugara con la niña.

Aquella noche, bajo la turbia y trémula luz de la lámpara, Juan Cummins y Jan Thoreau se pusieron a discutir solemnemente el gran problema que había venido a complicarles súbitamente la existencia. Para aquellos dos hombres no había, en lo que estaban tratando, nada de trivial ni de humorístico. En sus manos se hallaba un pequeño ser para cuya crianza Dios no les había llamado. De haber estado allí, la mujer se habría reído de ellos, y con media docena de palabras cariñosas les habría contado todos los secretos que unen a una madre y un hijo; pero habiéndoles dejado, la mujer les confió algo que era vida, como ella, y también misterio.

Si la fatalidad hubiese dado Maballa a Melissa por madre, no habría habido ningún conflicto. La niña se habría desarrollado tan naturalmente como un lobato o un cachorro de lince —una salvaje palpitación de vida en un mundo salvaje—, y habría engordado a base de baños de nieve, y se habría erguido como una flecha en la malla *papuesa*. Habría sido un ser natural, en una región desolada, al que generaciones y centurias de antepasados hubieran predispuesto a aquel género de vida antes de nacer. Pero Melissa era como su madre. En el pensamiento de aquellos dos hombres que estaban planeando su destino, Melissa tenía que ser una reencarnación de su madre. Esta idea dejó una chispa de consuelo en el corazón de Cummins cuando su mujer se murió. Provocaba en el espíritu de Jan visiones inefables. Y éste se detenía bruscamente al pensar en la actuación de Maballa, que introducía en su perspectiva mental las influencias probables del ambiente.

Cummins sabía que no existía una mujer blanca más acá de Fuerte Churchill, que se hallaba doscientas millas más lejos. En toda la región no conocía más que a los hombres de pura raza blanca: Guillermo y él mismo. La

pequeña Melissa se hallaba irremisiblemente perdida un mundo de salvajismo; de salvajismo honrado, leal generoso, pero salvajismo al fin. La idea de todo eso suscitaba vagos temores en el ánimo de aquellos dos hombres en cuya vida acababa de plantearse ese problema.

Durante la noche hablaron prolija y seriamente del asunto, mientras Melissa dormía; y a medida que iban hablando de ello, más grave se les aparecía el problema. Cummins imaginábase ver en Melissa señales de un cambio. La niña se entusiasmaba con las cosas chillonas que Maballa le daba, lo cual era un signo de salvajismo. Gustábale verse encerrada en la malla *papuesa*, lo cual era, un signo más de ello; y no había muerto al tomar los baños de nieve... lo cual era todavía otro signo.

Cummins no recordaba haber tocado en su vida una criaturita blanca; Jan se hallaba en igual caso; así decidieron actuar inmediatamente y con energía. Maballa estaría incesantemente vigilada, y sus actos serían estrechamente inspeccionados. No permitirían que los niños indios se acercaran a Melissa. Ambos, Juan Cummins y Jan Thoreau, procederían como lo hubiera hecho la mujer que dormía su sueño eterno al pie del gigante abeto vigilante.

—Ella es civilizada exclamaba Jan, con calor —y hemos de conservarla civilizada.

Cummins calculaba gravemente con los dedos. ¡La pequeña Melissa contaba cuatro meses y dieciocho días!

—Mañana construiremos para ella uno de esos objetos provistos de ruedas... como los cochecitos para criaturitas que tienen en el Sur —dijo—. ¡Nada de mallas *papuestas*!

—Y yo le enseñaré música —murmuró Jan, chispeándole los ojos—. ¡Ella es civilizada!

De repente, Cummins tuvo una inspiración, y señaló con la mano una caja, cubierta con un trapo, que se hallaba de pie en un rincón de la estancia.

—Allí están los libros... sus libros, Jan —dijo dulcemente, temblándole la voz.

Atravesó el cuarto, cojeando, arrodillóse delante de la caja, y quitó el trapo que la cubría. Jan se arrodilló al lado suyo.

—Éstos eran sus libros —repitió.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, mientras reprimió un sollozo.

—Ahora... los daremos... a Melissa.

Sacó los libros uno tras otro, y los dedos le temblaban y la respiración volvíase fatigosa a medida que los iba sacando. Era una docena de volúmenes raídos, polvorientos, que contenían muchas más cosas que las que Juan

Cummins hubiera podido sospechar acerca de la mujer que había perdido. Las voces muertas de estos libros habían llegado con su mujer a las tierras salvajes desde aquel otro mundo que ella había conocido. Las páginas rotas, pegadas en cien lugares distintos para que no se cayeran, daban fe del acendrado cariño que ella les tenía. Dulcemente el hombre los estrechó contra su pecho, y así estuvo en silencio un buen rato, como si se hubiera tratado de su propia mujer, mientras contenía su dolor.

Jan hundió la mano hasta el fondo de la caja, y sacó algo más... unos cuantos magazines y diarios, tan raídos y estropeados como los libros. En estos nuevos tesoros veíanse retratos... retratos de cosas de las tierras civilizadas, que Jan no había visto nunca y que eran demasiado maravillosas para ser comprendidas a primera vista. Sus ojos brillaban intensamente, mientras mostraba a Juan Cummins la cubierta pintarrajeada de una revista de modas.

—¡Esto será para Melissa! —murmuró jadeante—. ¡La educaremos!... ¡Le mostraremos todo eso!... ¡Le haremos conocer la gente civilizada!

Cummins volvía a colocar los libros uno a uno en su sitio, y cada uno lo retenía un momento tiernamente, después de haberlo limpiado y quitándole el polvo que le cubría. Al llegar al último, que estaba más usado y estropeado que los otros, estuvo contemplándolo largo tiempo. Era una pequeña Biblia, la Biblia de su mujer, un volumen lleno de pegotes y de huellas digitales, de una ruina lamentable. El hombre contenía los sollozos.

—¡A éste lo quería mucho, Jan! —dijo, con acento velado por la emoción—. Ella quería este viejo libro mucho más que los otros, y la pequeña Melissa deberá amarlo también. Melissa tiene que ser cristiana.

—¡Ah, sí, la pequeña Melissa deberá amar al gran Dios! —repuso Jan dulcemente.

Cummins se puso en pie y estuvo mirando un momento a la pequeñuela, que dormía.

—Vendrá de Fuerte Churchill un misionero para hablar con los tramperos cuando regresen. Entonces bautizará a Melissa.

Jan saltó, furioso, como un gato. Sus ojos echaban lumbre, sus largos dedos se le crispaban, y su cuerpo temblaba bajo el impulso de una excitación terrible.

—¡No... no... no la bautizará el misionero! —gritó—. Melissa será buena y amará al gran Dios; ¡pero no la bautizará el misionero! ¡No... no... no!

Cummins volvióse, extrañado. Ante él erguía Jan Thoreau, exaltado como un loco, sacudido todo su cuerpo por una furia espantosa. No obstante

ser físicamente ágil y fuerte y no saber lo que era miedo, Cummins retrocedió involuntariamente un paso, y por instinto de conservación levantó la mano como si fuera a precaverse contra algo que iba a saltar sobre su pecho.

Jan observó el paso atrás dado por Cummins, la mano levantada en gesto de defensa, y lanzando un grito desesperado ocultó el rostro entre los brazos. Inmediatamente, se volvió, y, antes de que la voz trémula de Cummins articulase una palabra, Jan abrió la puerta y fuese corriendo a hundirse en las negruras de la noche. Cummins vio dirigirse rápidamente hacia el bosque y le llamó, pero no obtuvo respuesta.

El cerebro de Jan era como lava hirviente; era una ascua viva en cuyo seno las ideas se retorcían torturadoramente. Sus labios dejaban escapar un leve quejido. Incansable y rápido corrió a través de la nieve hasta que al fin se dejó caer en un lugar solitario, muy lejos de la cabaña de Cummins. Sus ojos brillaban con un fuego extraño en medio de la desolación que le rodeaba; sus dedos, crispados, se abrían y cerraban, clavando las uñas en la carne, en tanto que sus labios pronunciaban, una y otra vez, muy quedito, el nombre de la pequeña Melissa.

Dibujándose cada vez más claramente en medio del tumulto de sus emociones, Jan veía la imagen de ella dentro de su propio cerebro. Primero, oscura e indistintamente, a través de vagas y falaces líneas, iba luego precisándose poco a poco la figura; y a medida que ésta se destacaba percibía la delicada silueta de un rostro de mujer, y luego sus grandes ojos fascinadores, negros como los suyos...; y ante aquellos ojos que le miraban con un cariño enervante, todas las demás cosas se desvanecían ante Jan Thoreau. Poco después se apagó el fuego de sus ojos, se relajaron sus dedos, y al cabo de un momento se levantó de la nieve, temblando, y volvió a la cabaña.

Cummins no le preguntó nada. Miró a Jan desde la cama; observó que el muchacho se desnudaba para meterse en la suya, y a la mañana siguiente no se acordaba ya del incidente. Lo insólito no ejerce ninguna atracción sobre los espíritus sencillos que viven cerca del polo ártico. Obligados a luchar por la vida, sus goces están en el esfuerzo, en la lucha constante para que la sangre no deje de circular, briosa y roja, dentro de las arterias. Una existencia así, de soledad y de lucha, apenas deja tiempo para la curiosidad. Por esto la manera de ser de Juan Cummins llevábale a olvidar lo sucedido, del mismo modo que habría olvidado la huida absurda de un perro de trineo, y su inmediato retorno. No vio ninguna tragedia ni amenaza de tal en lo ocurrido.

El hecho no se reprodujo. Jan no hizo nada ni dijo palabra que pudiera referirse a ello, y entre ambos la cuestión pareció haberse olvidado por completo.

La educación de la pequeña Melissa empezó en seguida, cuando el campamento estaba aún desierto. Dio comienzo, primero, con Maballa. Ésta miraba, silenciosa y escéptica, a aquellos dos hombres que le contaban las cosas maravillosas que había que llevar a cabo para educar a una criaturita... cosas de las cuales no había oído hablar en su vida. Con ello su instinto maternal se sintió estimulado; pero con su estoicismo de *cree* no dejó traslucir nada.

La inmovilidad de su cara curtida no se alteró lo más mínimo cuando Cummins solemnemente la hizo saber que la pequeña Melissa estaba dentando. Manteníase silenciosa y esquiva, mientras aquellos dos hombres trataban inútilmente de convencer a la criaturita para que utilizara como alfombra una piel de oso extendida en el suelo.

Melissa encontraba todo eso muy agradable, y se divertía extraordinariamente. Así, mientras pasaban los días y el campamento continuaba aún desierto, Juan Cummins y Jan Thoreau pasaron la mayor parte del tiempo arrodillados. A juicio de ellos, la niña progresaba notablemente en todos los sentidos. Gustaba mucho de tirar de las cuerdas del violín de Jan, lo cual era una prueba inequívoca de su talento musical. Entusiasmábase con las ilustraciones en colores del magazine de modas, señalándolas con el dedo, dentro de un mutismo sugestivo e interrogador, o lanzando murmullos más sugestivos todavía, y esforzándose en vano por comérselas, lo cual era lo más significativo de todo.

Pasaron las semanas, y Guillermo regresó de los bosques del Sur. Siguió a él Mukee, que llegaba de las tierras desiertas. Volvió Per-ee de entre los esquimales, casi muerto de hambre y con la mitad de los perros. Del Norte, del Este, del Oeste y del Sur los peleteros del campamento iban acudiendo. La vida volvía a surgir en él. El aire iba endulzándose, y aumentaba poco a poco, el calorillo del sol de mediodía. El tiempo del gran cambio se acercaba. Y cuando éste llegó, Juan Cummins y Jan Thoreau eran, entre todos aquellos hombres, los únicos que iban con las rodillas del pantalón apedazadas.

Capítulo VI

Días triunfales

Una tarde, en la época en que la nieve empezaba a fundirse, una larga hilera de desenfrenados *malamutes*^[6], conducidos por un francés canadiense de Atabasca, irrumpieron furiosamente en el claro del bosque cercano al campamento. Una serie de gritos agudísimos y el seco chasquido del largo látigo de tripa de caribú anunciaban que el gran cambio estaba a punto de producirse..., que aquellas tierras desoladas iban a animarse, y que la vida volvía a resurgir.

Todo el campamento precipitóse al encuentro del recién llegado... hombres y perros, los chiquillos negros y curtidos, aun la mujer linfática y letárgica de Guillermo. Durante unos momentos reinó un desorden horrible; los *malamutes* luchaban contra el alud de los otros perros, mientras los hombres gritaban, y el francés, chillando y saltando, repartía sendos latigazos entre la horda lobuna agolpada alrededor de su trineo pesadamente cargado.

Tan pronto como se logró imponer un poco de orden, Mukee y Per-ee se encargaron de los perros *malamutes*, que seguían gruñendo, y el trampero, acompañado de los hombres de Guillermo, se encaminó, orgulloso, hacia la oficina de la Compañía. Era Juan de Gravois, el hombre más importante de la región del Fondo del Lago, para bienquistarse con el cual la Compañía pagaba una pequeña prima. Por las dimensiones de los bultos que traía y por el porte jactancioso de su dueño, todos, incluso los chicos, podían darse cuenta de que Juan de Gravois había hecho buena presa.

Gravois era habitualmente de los últimos en comparecer a la reunión anual de los peleteros. Era tan grande su reputación como pequeña su

estatura. Su fama llegaba, hacia el Oeste, hasta el río de la Paz; hacia el Este, hasta Fuerte Churchill. Gustábale hacer su aparición en el campamento en una forma repentina y pintoresca, cuando el resto de los tramperos se encontraban ya allí, a fin de despertar su envidia o su admiración. Era uno de esos raros individuos que unía a su vanidad personal una certera perspicacia para los negocios de las tierras desiertas. Todos querían a Gravois porque encerraba un alma grande en su pequeño cuerpo y porque, como el lince, no sabía lo que era miedo; y él quería a todo el mundo, sin excluirse a sí mismo.

Explicó su prematura llegada, anunciando, con aire indiferente, que, después de dar a los *malamutes* un día de descanso, proseguiría su viaje hasta Fuerte Churchill, donde le aguardaba su mujer. Dejó entender —y subrayó la frase haciendo sonar el látigo— que haría al campamento una segunda visita más interesante, cuando todos los demás tramperos estuviesen allí.

Jan Thoreau le escuchaba, encogiéndose de hombros ante el aire de importancia del otro. Por su parte, el francés canadiense escudriñó el semblante de Jan con benévola naturalidad. Nadie de los allí reunidos podía sospechar hasta qué punto Juan de Gravois había de pesar en la vida de Jan.

Después de la llegada del mestizo, cada hora que pasaba contribuía a aumentar la expectación del campamento. Por espacio de seis meses ésta había sido mi pequeño y solitario latido de vida en el corazón de un gran desierto. Las primeras nieves habían sumido el campamento en la más desamparada de las soledades. Pero con las nieves llegaron también los días de la cosecha para el pueblo de las tierras desiertas. Los hombres, aislados, largamente separados unos de otros, pasaban el tiempo recorriendo las líneas de trampas, o bien refugiados en sus barracas solitarias, ocultas entre los pantanos, al lado de simas profundas o de bosques espesos. Durante seis meses, los días cortos y las noches interminables fueron consagrados a la recogida de pieles.

Durante aquellos meses el campamento permaneció silencioso. Vivía, respiraba, y nada más. Aquella vida, para Guillermo y la poca gente que la Compañía le dejaba, era un compás de espera. Ahora el cambio estaba a punto de producirse. Era como el soplo de la primavera que llegaba a aquellas dormidas soledades. La gente del bosque se movía. Rompía las líneas de trampas, abandonaba las barracas, guarnecía los perros para uncirlos a los trineos. El mismo día en que Juan de Gravois partía para la bahía de Hudson, las provisiones de la Compañía llegaban de Fuerte Churchill: siete trineos tirados por perros esquimales, cargados de harina y de tela; cincuenta libras

de cuentas de rosario, municiones y un centenar de cosas más, para ser cambiadas por las pieles que pronto llegarían a Londres y a París.

Con gran recelo, Jan Thoreau salió al encuentro de los trineos. Había siete indios y un hombre blanco. Jan se acercó a este último y lo examinó. Llevaba una pistola automática y dos cargadores. No se trataba de ningún misionero, sino de un agente de la Compañía bien pertrechado para velar por el tesoro de ésta.

Jan volvióse corriendo a la cabaña, con el corazón palpitante de alegría.

—¡No hay ningún misionero, Melissa! —gritó triunfalmente, dejándose caer al lado de ella.

Su rostro estaba radiante de júbilo.

—¡Será usted buena y hermosa, como ella, pero no la bautizará ningún misionero! ¡Éste no ha venido!

Minutos después entraba Cummins. Iba con una mano ensangrentada y llena de arañazos.

—¡Esos perros esquimales son unos demonios! —gruñó—. ¡Si pudiesen tenerse en pie, se comerían a nuestros perros de vivo en vivo! ¿Quiere ayudarme a arreglar esto?

Jan acudió al instante y vendó la mano herida.

—La herida no es profunda —dijo.

Luego, sin levantar la mirada, añadió:

—El misionero no ha venido.

—No —repuso Cummins—. Ni el correo tampoco. Vendrá con el correo.

No se dio cuenta del temblor repentino que agitaba los dedos de Jan, ni de la expresión de sorpresa que brillaba en la mirada de éste. Jan terminó de vendar la herida, sin descubrir su emoción, y acompañó a Cummins al almacén de la Compañía.

El día siguiente por la mañana, dos *chippewayans* llegaron en un trineo tirado por perros mestizos del Sur. A partir de entonces, Cummins no pudo dedicar mucho tiempo a Melissa. La nieve se fundía rápidamente, y el calorcillo del sol, que aumentaba de día en día, apresuraba la marcha de los tramperos. La gente de Mukee llegó primero, desde las tierras desiertas del Oeste, aportando un gran cargamento de pieles de zorra y de caribú, y un ejército de *mackenzies*^[7], de grandes y largas patas, que tiraban como caballos, y gemían como cachorros azotados cuando los otros perros los acometían.

Del Este, del Oeste y del Sur, por todos puntos iban acudiendo los tramperos al campamento. Tres días después de haber llegado las provisiones

de la Compañía, una babel de riñas, de gritos y gruñidos, una incesante y agitada discordia turbó por completo la paz y quietud en que había muerto la mujer de Cummins. Las luchas y discordias se producían entre los perros y el griterío era el acompañamiento humano necesario. Una cincuentena de jaurías, casi tan terribles y salvajes como los lobos, de los cuales en parte descendían, lanzáronse de repente unas contra otras en medio de una confusión guerrera.

Todos los perros eran buenos combatientes, excepto los grandes *mackenzies* de finas gargantas, que tenían la fuerza lenta de los bueyes en sus movimientos, y los perros mestizos del Sur. Sobre todos estos infortunados los demás hicieron presa. Las feroces jaurías del Labrador, nunca vencidas sino por la muerte, habían llegado de las tierras cercanas a la bahía de Hudson. Jaurías y más jaurías de perros esquimales, pequeños, amarillos y grises, tan rápidos de caninos como sus dueños, negros y corredores de manos y de pies, embistieron a los *malamutes* de Atabasca, más grandes y más oscuros. Enemigos de las demás jaurías, los terribles *huskies* lanzábanse contra ellas, gruñendo espantosamente y con la furia mortal característica de esta raza lobuna.

La batalla canina no cesaba. Había empezado a la llegada de los primeros perros. Continuó durante el día, y, por la noche, alrededor de las hogueras. La lucha entre los perros, y entre los perros y los hombres, no tenía fin. En la nieve aparecían manchas y regueros de sangre, y el olor de ésta aumentaba la ferocidad de aquellas mesnadas de lobos. Cada día tenían lugar media docena de batallas. Las bajas se producían principalmente entre las jaurías de perros del Sur, mezcla de mestizo, gran danés y perros de pastor, y entre los *mackenzies*, lamentablemente lentos.

El abeto gigante, que hacía de centinela al lado de la tumba de Melissa, parecía fruncir el ceño ante aquel salvaje y ultrajante desenfreno. No obstante, cercana a esta pelea sangrienta, había una gran palpitación de felicidad humana, un latir de corazones leales, desbordantes de alegría, un acoplamiento de nuevas amistades, una reanudación de las viejas, una unión más estrecha de la fraternidad que une a un tiempo todas las cosas bajo la fría neblina de los cielos del Norte.

Los cazadores no disputaban. Las voces iracundas con que acompañaban los secos latigazos contra los perros no revelaban odio contra los hombres. Si los caninos de los perros de la bahía de Hudson hacían derramar la sangre de la suave garganta de los perros *mackenzies*, la cuestión afectaba a los perros, no a los hombres. Éstos no disputaban.

Un día, una feroz jauría esquimal acorraló, debajo del abeto que guardaba la tumba de Melissa, a un perrazo, y lo mató. Aquella tarde Cummins, al salir del almacén de la Compañía, vio a un grupo de hombres que, con la cabeza descubierta, maniobraban alrededor de la tumba. Se acercó a ellos, y vio que estaban construyendo una empalizada de arbustos; y un sollozo le subió a la garganta, mientras se dirigía a la cabaña, donde Melissa, le aguardaba. Observó, al pasar, que no habían levantado ninguna hoguera cerca del sitio consagrado a la memoria de la muerta; y el surco que conducía a su cabaña se ensanchaba y acentuaba bajo las pisadas de los hombres rudos que iban a visitarle.

Aquellos días fueron para la criaturita, como para la Compañía, días de gloria y prosperidad sin precedentes. La cabaña aparecía medio llena de presentes raros, porque todos los que entraban allí traían algo para Melissa. Había dientes de oso polar, aportados por los pequeños hombres negros que los habían obtenido de la gente de la costa; extraños ídolos labrados sobre madera; trozos de piel, colas peludas de zorra, patas de lince, tintas secas, azúcar cande adquirido a precios fabulosos en el almacén, y almizcle — almizcle y más almizcle— que la gente de Mukee había traído de las tierras desiertas del Oeste.

Para Jan, este homenaje a Melissa era más que agradable. Era un lazo que le unía a la gente de Cummins. Su corazón se abrió a aquellos hombres, y Jan alternó francamente con ellos y se sintió amigo suyo.

Capítulo VII

La fiesta del caribú

—Han estado muy atentos contigo, Melissa mía. Voy a obsequiarles con una sonata.

En el campamento era noche de gran fiesta, noche conocida, desde Atabasca hasta la bahía de Hudson, como la noche de la tostadura del caribú. Había transcurrido una semana, y no quedaban más pieles por vender. Cada hombre tenía consignado su crédito en el libro mayor de la Compañía, y en el almacén de ésta las pieles estaban amontonadas. Per-ee y sus cazadores habían matado tres caribúes; y aquella noche, cuando Jan descolgó su violín de la pared, una gran hoguera ardía al exterior, y en asadores de seis pulgadas de diámetro se tostaban los caribúes.

Había un griterío ensordecedor, y el aire estaba impregnado del olor de la fiesta. Aquella gente elevaba sus voces frenéticamente entusiastas, que dominaban los aullidos y gruñidos de los perros. En aquella única fiesta del año rompían el mutismo que habían observado en la soledad de las regiones desiertas. El número excitaba en ellos el coraje, y, al expansionarse, lo hacían con la ruda brutalidad acumulada en los bosques. Los gritos y los chillidos se elevaban por encima del sordo bramido de la hoguera. Los látigos de caribú lanzaban furiosos chasquidos. Los *chippewayans*, los *crees*, los esquimales y los mestizos se agrupaban ante el rojo resplandor del fuego. La gente del factor cantaba y gritaba locamente, porque aquél era un momento de jolgorio, y: había que dar un espectáculo que atrajese al campamento a muchos de aquellos hombres al final de otra temporada.

Cerca del fuego colocaron enormes cajas de pan. Un tonel de manteca pura, que había viajado cinco mil millas a través de los mares para que se hallara presente allí, en aquella fiesta, levantábase sobre una caja de municiones, en cuyas paredes de metal amarillo se reflejaban las llamas de la hoguera. Dentro de una formidable y humeante caldera de cobre, debajo de la cual ardía un poco de fuego, burbujeaba medio barril de café.

Los gratos olores esparcidos en el aire hacían que los perros se acercasen a sus dueños. Sentados sobre la patas traseras, con sus labios humedecidos y los dientes afilados, aguardaban impacientes una carne que no era carne de batalla. Arriba, encima de todo esto; centelleaban millones de estrellas, y la aurora desplegaba sus banderas entre la pálida noche, mientras el humo se elevaba derecha y calmamente y después flotaba hacia el Norte, impelido por la dulce brisa primaveral que llegaba del Sur.

Jan se abrió paso a través del cordón de perros y, luego, a través del círculo de hombres, hasta que estuvo cerca de la hoguera, cuyas llamas resplandecían en sus brillantes cabellos y en sus negros ojos, y allí, sentado en el ángulo de una de las cajas de pan, empezó a tocar.

No tocaba ahora la música dulce y apagada que dedicaba a Cummins y a Melissa, sino una canción salvaje, compuesta de gemidos, que había descubierto en los vientos de otoño. Vibraba, por encima de los estallidos del fuego y del tumultuoso ruido de los hombres y los perros, con una belleza misteriosa y salvaje que acallaba todo ruido; y alrededor de Jan, la vida parecía haberse extinguido de súbito. Con la cabeza inclinada sobre el instrumento, Jan no veía nada; no veía el asombro que se marcaba en los rostros contraídos de los pequeños hombres negros sentados en grupo a tres pasos de él; no veía el estupor impreso en los ojos que veían realizar aquel milagro. Únicamente se daba cuenta del profundo silencio que le rodeaba, y al cabo de un instante su violín tocó una canción más suave y más dulce; y poco a poco fue suavizándola y dulcificándola aún más, hasta tocar la música predilecta, la que llenó la pequeña cabaña cuando la mujer de Cummins se moría.

Jan seguía tocando, cuando al fin vino a interrumpir el silencio un rumor apagado, que era algo así como el gemido del viento. Detrás del círculo hechizado de los hombres, ese rumor fue creciendo, hasta que un canto de infinita tristeza surgió de las gargantas de un centenar de perros en respuesta al violín de Jan Thoreau. Para éste era la canción de la vida. La pena infinita de aquel canto le llegaba a lo más profundo de su ser, e inconscientemente púsose también a cantar, subiendo y bajando la voz a tono con el lamento de

los perros. Pero para los otros aquello era algo prodigioso que no podían comprender, un milagro inexplicable que les llenaba de terror y les hechizaba a la vez con su maravillosa dulzura.

Cummins vio el cambio que se produjo entre su gente, y comprendió su significación. Vio cómo el círculo iba estrechándose a medida que los hombres se acercaban unos a otros, y vio los rostros estupefactos mirando primero al violinista y luego a los perros que, sentados sobre sus patas traseras y con el hocico dirigido hacia el cielo, lanzaban su queja a las estrellas.

Cummins estalló de repente en una estentórea y terrible canción y dirigióse hacia Jan a través del grupo de esquimales.

—¡Por el amor de Dios, no toquéis de esta manera! —gritó al oído del muchacho—. ¡Tocad algo más airoso!

Jan levantó la cabeza como si despertara de un sueño. En el instante diose cuenta del extraño efecto de su música, y su arco saltó sobre las cuerdas en un ritmo rápido y alegre, mientras su voz entonaba, aguda, clara, una canción familiar a todos:

*¡Oh el caribú, el caribú.
asándose está.
bajo el cielo polar.
el blanco y gran caribú!*

Con un grito, Cummins se unió a la canción, agitando los brazos y saltando alrededor del fuego. El hechizo estaba roto. Guillermo, Mukee y el resto de los hombres de la Compañía hicieron coro a la canción; el violín de Jan estallaba en crescendos exaltadores; y allí donde poco antes se viera un círculo de hombres enmudecidos por el terror, reinaba ahora una ensordecedora gritería.

Los perros bajaban de nuevo sus cabezas, y se lamían los hocicos al percibir los gratos olores esparcidos en el aire. Mukee y tres *crees* se acercaron al fuego gritando alegremente y manejando unas perchas que tenían a sus extremos unos garfios formidables. A medida que los caribúes iban dando vueltas sobre sus asadores y la grasa caía chisporroteando entre las llamas, el coro salvaje de hombres y perros y el violín de Jan subían de tono, hasta que la voz poderosa de Cummins sonó como un débil murmullo en medio de aquel tumulto.

El tercer caribú había dado dos vueltas sobre el asador, y Mukee y sus *crees* aguardaron en silencio, después de haber dejado los garfios colgados del palo horizontal, que descansaba sobre las horcas de dos sólidas perchas

clavadas en el suelo, a una parte y a otra del fuego. A esta señal levantóse una última gritería de la horda expectante; luego se produjo un momentáneo silencio, mientras Cummins subía de un salto sobre una de las cajas de pan y agitaba frenéticamente los brazos sobre su cabeza.

—¡Ahora! —gritó—. ¡Ahora! ¡Oh el caribú...!

Con los ojos relampagueantes de entusiasmo, Jan, de pie delante de Cummins, hacía chillar el violín, y las notas salvajes obtenían una respuesta más salvaje de aquellas voces indomables.

—¡Ahora! —gritaba Cummins de nuevo.

La canción de las tierras desiertas, tan famosa desde Atabasca a la bahía de Hudson, estalló otra vez con un loco entusiasmo que llegaba hasta los cielos.

*¡Oh el caribú, el caribú.
asándose está.
bajo el cielo polar.
el blanco y gran caribú!*

Cummins sacó el revólver y disparó al aire.

—¡Ahora! —chilló.

*¡Oh el caribú, el caribú!
Tan tierno, dulce y jugoso.
el caribú es muy hermoso...
asándose está.
bajo el cielo polar.
¡Oh, qué rico y sabroso!*

Lanzando gritos que resonaron a través de las últimas palabras de la canción, Mukee y sus *crees* tiraron con fuerza los garfios, y el caribú asado cayó sobre la nieve. Y Jan retrocedió, y, con el instrumento bajo el brazo, observaba como los demás, armados de relucientes cuchillos, se preparaban para el festín. Guillermo, el factor, que jadeaba a causa de los esfuerzos vocales realizados, se acercó a él.

—Parece una pelea, ¿verdad, Jan? Una vez presencié una pelea durante la fiesta del caribú.

—Yo también —dijo Jan, que no quitaba la vista de aquella muchedumbre de hombres frenéticos.

—Ocurrió lejos, hacia el Noroeste —prosiguió Guillermo—. Más allá de la región del Gran Esclavo.

—Mucho más lejos —repuso Jan, levantando los ojos con tranquilidad—. Fue muy cerca del Gran Oso.

El factor lo miró, asombrado.

—¿Estaba usted allí? —exclamó.

Pero Jan se alejó, como si no le hubiese oído, atravesó las líneas de perros expectantes para ir a colgar su precioso violín en la pared de la cabaña. Las palabras del factor habían removido el fondo de su memoria, y por primera vez desde que llegó al campamento no dijo una palabra a Melissa, que se hallaba despierta y sonriente dentro de la cuna.

Ni era tampoco el Jan Thoreau de siempre el que volvía a la animada fiesta que se desarrollaba alrededor de la hoguera. Levantando su gran cuchillo de caza y dando gritos estridentes, se lanzó a través de la multitud que se agolpaba en torno del caribú, hasta que logró llegar cerca del fuego. Cummins estaba allí, arrodillado, con los brazos desnudos y las manos grasientas delante del caribú asado, y al ver a Jan le miró con sorpresa. En la voz de Jan Thoreau no quedaba rastro alguno de risa ni de canción. Sus palabras vibraban con furia salvaje, con una furia más feroz que los gritos más salvajes de los mestizos *crees*, y al posar su mirada sobre el rostro de Cummins, éste pudo ver que los ojos le brillaban terriblemente.

Detrás de Cummins hallábase de pie Guillermo. Jan le miró y dejó caer su cuchillo. Luego, con una furia que hizo retroceder al factor, Jan se colocó de un salto a su lado.

—¡La pelea en el Gran Oso! —gritó con loca avidez—. ¿Por quién peleó usted en el Gran Oso?

El factor no dijo una palabra. Los músculos de sus brazos se pusieron vibrantes como el acero al ver la extraña locura impresa en el semblante de Jan. De repente alargó los brazos y cogió por los puños al muchacho. Éste no hizo ningún esfuerzo para desasirse.

—¿Por quién peleó usted? —gritó de nuevo—. ¿Por quién peleó en el Gran Oso?

—Tratamos de matar a un hombre, pero se nos escapó —contestó Guillermo, hablando tan quedo que únicamente Jan pudo oírlo—. Era...

El factor se detuvo.

—¡El misionero! —profirió Jan, jadeante.

Jan se alejó. Evitando las miradas de Cummins, atravesó aquellos grupos de individuos. Cuando Mukee y sus *crees* hicieron caer el segundo caribú volvieron a estallar las canciones; pero el muchacho no hacía ningún caso de esta nueva explosión de entusiasmo. Envainó su cuchillo y se puso a correr...

Corría velozmente a través de las jaurías que se disputaban, gruñendo, los pedazos que les habían echado; pasó por delante de Maballa, que estaban contemplando el salvaje banquete que tenía lugar alrededor de la hoguera, y entró en la pequeña cabaña donde estaba Melissa.

Al llegar allí se dejó caer de rodillas, y por primera vez tomó a la criatura en sus brazos, la apretó contra su pecho, y la meció y acarició, mientras le decía cosas que ella no podía comprender.

—Y cuando le haya encontrado y le haya dado muerte, volveré a tu lado, angelito mío —murmuró—. ¡Y entonces amarás a Jan Thoreau por haber quitado la vida al misionero!

Volvió a dejarla en la cuna, la besó de nuevo, descolgó el violín de la pared y se dirigió hacia la puerta.

Capítulo VIII

La lucha del amanecer

Jan permaneció unos instantes de espaldas a Melissa, contemplando la fiesta que se desarrollaba alrededor de la hoguera. En aquel momento echaron al suelo el tercer caribú, y las jaurías se arrojaron sobre la osamenta abandonada de los otros dos.

El muchacho se sobresaltó al oír un fuerte grito y el gemido de un perro que resonaron por encima de los demás ruidos. No faltaba más que una cosa para completar la visión que tenía clavada en el cerebro... una escena que había quedado grabada en fuego dentro de su alma y cuyo recuerdo se esforzaba en alejar, mientras vigilaba a través de la puerta. Casi esperaba que aquello se produciría... ¡que estallaría, primero, el chillido doloroso de un chiquillo; seguiría luego un momento de penosa quietud, a continuación los sordos gritos de venganza... y la lucha!

Con maravillosa rapidez su excitada mente reconstruía la escena pasada, a base de la escena actual. Jan oyó otra vez el chillido, lanzado esta vez por su propia voz; vio, como en sueños, la furiosa acometida de los hombres y el brillo de los cuchillos; luego, desde el sitio en donde yacía con el cuerpo molido y sangriento, la larga y delgada línea de perros rapidísimos que se llevaban, en una carrera loca, a aquel contra quien iban dirigidos los cuchillos.

Guillermo había estado allí; había presenciado la lucha; había sacado a relucir su cuchillo juntamente con los demás. Y, sin embargo, el factor, hace un rato, al pie de la hoguera, no había reconocido a Jan Thoreau.

Jan se dirigió hacia la hoguera, pero a mitad del camino se detuvo. Por la parte del bosque opuesta a la cabaña de Cummins avanzaba lentamente una

línea de perros. El trineo se detuvo a la sombra del bosque, en un sitio donde no podía ser visto por los que se divertían. Jan oyó el rumor de voces de hombre y vio una figura que se destacaba de la obscuridad y se dirigía penosamente hacia la hoguera, con el aire de una persona desfallecida.

Era un equipo forastero. Había llegado por los caminos del Este, y al pensar Jan en el misionero, que tenía que llegar en el correo retardado, le dio un salto el corazón. Un instante, Jan tuvo la idea de ir al encuentro de la figura que atravesaba penosamente el campamento; luego, sin razón aparente, cambió de rumbo y se acercó al trineo.

Al estar cerca, vio una segunda figura que surgió de detrás de los perros y avanzó hacia él. Anduvo una docena de pasos y se detuvo.

—Nuestros perros se hallan extenuados y no nos atrevemos a acercarnos más —dijo una voz—. La jauría nos los matarían.

La voz hizo estremecer a Jan. Éste avanzó de espaldas al fuego, para poder observar mejor al forastero.

—¿Viene usted de Churchill? —preguntó.

Esto, más que una pregunta, era una excusa para acercarse más. Al avanzar, volvióse un poco y los ojos le brillaron un momento con el resplandor del fuego.

—Sí, hoy hace una semana que partimos del Etawney.

Jan se hallaba muy cerca del forastero. Éste se interrumpió para observar la cara delgada y feroz que, al hallarse a un paso de él, había adquirido la blancura de un camafeo. Lanzando un grito de sorpresa, retrocedió un raso, y el violín de Jan cayó al suelo.

Reinó un segundo silencio. El forastero retrocedía cautelosamente hacia la sombra, seguido por la cara lívida del muchacho. De repente, Jan estalló en un chillido loco, en tanto sus labios pronunciaban un nombre, y se lanzó, cuchillo en mano, contra el forastero.

Éste fue más rápido que Jan. Con un movimiento brusco esquivó el golpe, y cuando el brazo de Jan rebasó su cuerpo —el cuchillo no había hecho más que rasgarle la manga— descargó sobre el muchacho un terrible puñetazo que le hizo rodar por el suelo.

Aturdido y con la cara ensangrentada púsose Jan penosamente de rodillas. Vio a los perros que daban una vuelta; oyó una voz queda que los azuzaba para que avanzaran rápidos, y vio el trineo que desaparecía en el bosque. Vacilando sobre sus rodillas y sacando fuerzas de su abatido cuerpo, logró ponerse de pie. Luego, echó a correr detrás del trineo.

Olvidóse que dejaba abandonado su cuchillo en la nieve y que había otros hombres y otros perros en torno de la hoguera. Sólo sabía que una vez había visto cómo un trineo se escapaba hacia las tierras desiertas; que aquella huida había llenado su vida de odio, de amargura y de espíritu de venganza, y que aquél era el mismo individuo que se le escapaba de nuevo de la misma manera.

Jan seguía andando, maltrecho por el golpe, y a medida que andaba iba recobrando sus fuerzas. Delante de él percibía el ruido del trineo y de los latigazos que caían cautelosamente sobre los lomos de las cansadas bestias. Estos ruidos le comunicaban una energía salvaje. Limpióse la sangre que manaba de su mejilla y echó a correr, primero pausadamente, con el ágil balanceo lobuno del corredor de los bosques, y con los codos pegados a los costados.

A este trote hubiera podido andar durante horas seguidas, perdiendo terreno cuando los perros corriesen de firme y ganándolo cuando éstos aminorasen su marcha.

Némesis implacable dispuesto a darles alcance tan pronto como cayesen extenuados. Pero en la manera de correr de Jan no había ni la serenidad de Mukkee ni la habilidad de Juan de Gravois. Cuando los chasquidos del látigo iban debilitándose, Jan dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y aceleró la marcha, mientras la idea loca de alcanzar el trineo enturbiaba su mente. Jan deseaba arrancar de su sitio al hombre que le había pegado, dejar sin vida aquella cara cuya imagen atormentaba su espíritu y nublaba la de la pálida y dulce mujer que vivía en él.

A medida que corría, aquella visión se apoderaba más y más de su cerebro. Parecíale a Jan estar viendo a aquella mujer moribunda que, con la mirada llena de fuego y su hermosa faz torturada, le impelía a ejecutar la venganza.

Jan Thoreau figurábase oír la voz de aquella mujer, imponiendo el castigo y rogándole que cogiera entre sus manos flacas y morenas la garganta del monstruo que iba en el trineo, y lo dejara sin vida. En su delirio imaginábase que el monstruo estaba casi a su alcance; y contestó a aquella súplica con un profundo gemido. Jan no sentía derretirse la nieve bajo sus pisadas. Las ramas de los arbustos azotaban su rostro; pero él permanecía insensible a ello. Únicamente sentía necesidad de aire y sólo de aire; y para respirarlo mejor corría con la boca abierta, aspirándolo con fuerza, sin saber que Juan de Gravois le había calificado de loco por la forma en que lo hacía.

El ruido del trineo se oía cada vez más débilmente. Al final, dejó de oírse del todo, apagándose incluso el golpear del látigo. Jan hizo un esfuerzo supremo. Su corazón amenazaba estallar, mientras avanzaba desesperado a través de la nieve, hasta que al fin sus piernas se le doblaron y cayó de bruces sobre la nieve, como un cuerpo herido de muerte repentina.

Poco después, con el rostro arañado y ensangrentado, Jan recobró lentamente la razón. Al final logró ponerse de rodillas, falto de aliento por el desesperado esfuerzo que hizo al correr en persecución del trineo. Desde muy lejos llegaba hasta él un débil griterío, el eco apagado de una cincuentena de voces, y comprendió que este sonido llegaba del campamento. Eso le demostró que la fiesta no había sido interrumpida y que la escena desarrollada a la entrada del bosque no había sido sorprendida por nadie.

Jan recobró por fin el pleno uso de sus facultades mentales. Púsose en pie, y estuvo unos momentos vacilante. No llevaba ninguna arma; pero mientras tenía la mano puesta aún sobre la vaina vacía, acordóse de la forma en que Mukee vengó a la mujer de Cummins, y prosiguió su camino. Los arbustos no azotaban ya su rostro. Jan no era más que una sombra que aparecía y desaparecía a trechos, corriendo como el armiño detrás de su presa, silencioso y alerta; y su cuerpo obedecía, sinuoso y ágil, a los mandatos de la voluntad.

Cuando llegó a un terreno descubierto, iluminado por las estrellas, descubrió unas manchas de sangre que dejaban las pisadas del perro delantero. A la mitad de aquel sitio descubierto, Jan pudo ver que aquel perro se había desviado del camino y que los demás perros se habían agrupado en torno de él, hasta que los latigazos del conductor les obligaron a continuar la carrera. Muy cerca de allí, Jan descubrió otras señales de la creciente extenuación del equipo.

Dejábase ver que el fugitivo andaba de pie durante los trechos más rudos y volvía a subir cuando la nieve era lisa y espesa. Las profundas huellas impresas en la nieve por los tacones de sus botas demostraban que sólo andaba pequeñas distancias —un centenar escaso de yardas—, y que después de cada carrera marchaba al paso. El fugitivo era corpulento y poco sufrido, y este descubrimiento llevó a los labios de Jan un grito de júbilo.

Jan adoptó el trote de un perro. Milla tras milla iba devorando las distancias; delante de sí quedaban otras millas, una inacabable extensión de millas, y a lo largo de ellas iba avanzando el cansado equipo, siempre fuera del alcance de su oído y de su vista.

Las estrellas empezaban a eclipsarse. Las sombras del bosque eran cada vez más profundas y más negras, y allí donde brillaba la aurora aparecía un

velo grisáceo que anunciaba con tres horas de antelación el nuevo día.

Jan proseguía su marcha cada vez más lentamente. Respiraba a costa de grandes esfuerzos, que le causaban pena y molestia. Sus pies tropezaban de vez en cuando en la nieve; sus piernas se le doblaban de fatiga, y sentía en ellas un dolor que le llegaba hasta los huesos. Estos síntomas de entumecimiento le llenaron de terror.

¿Vencerían los perros? Llenos de barro y con los pies ensangrentados, ¿hallarían fuerzas para llevar a su dueño fuera del alcance de la mano vengadora de Jan? Este temor le excitó a hacer un esfuerzo supremo. Reuniendo el resto de sus energías, cobró nuevos alientos, y llegó a un sitio donde a los abetos sucedían los zarzales y a éstos la vertiente rocosa y desnuda de una montaña a través de la cual el camino subía recto y bien delineado. Jan anduvo unos pasos, luego resbaló y rodó hacia atrás, paralizado por la falta de movimiento en sus piernas. Tendido en el suelo, lanzaba hondos gemidos, mientras sus ojos extraviados se perdían en la fría neblina de un cielo sin estrellas.

Permaneció inmóvil largo tiempo. Visto desde la cresta de la montaña, desde el sitio donde el camino descendía a la otra vertiente, Jan semejaba un tizón medio enterrado en la nieve. Un lobo hambriento que roncaba por allí olfateó arriba y abajo del camino, y luego turbó la quietud de aquella madrugada gris con un quejumbroso aullido. Jan Thoreau no hizo el menor movimiento.

Tiempo después que hubo pasado el lobo, agitóse un poco y volvióse de manera que con la mirada pudiese seguir el rastro del trineo y los perros. Cuando sus ojos se posaron en la nevada cresta de la montaña que se recortaba débilmente sobre la fría desolación del cielo, descubrió algo viviente. Estaba seguro que allá arriba había visto algo que se movía, un objeto que había tomado de momento por un zarzal y que no podía ser el lobo.

Aguardó que apareciera de nuevo, hasta que vio danzar ante sus ojos infinidad de sombras grises. Entonces empezó a arrastrarse penosamente camino arriba. El dolor de sus miembros había disminuido y la parálisis iba desapareciendo poco a poco. A medida que se agitaba, la sangre, calentándose, le prestaba nuevas fuerzas; finalmente, logró ponerse en pie, y olfateó, como una bestia, el aire que llegaba del Sur por encima de la montaña.

El aire traía algo que le hizo estremecer. Lo que percibía a través de las ventanas de la nariz delataba la proximidad de una persona viviente. Aquello

olía a humo. Percibía el olor acre de la balsamina verde, mezclada con el vago perfume de pino; y como el olor de pino aumentaba a medida que iba subiendo, dedujo que el fuego del cual partía aquel humo era una pequeña fogata, en la que ardía leña verde. Era una fogata escondida entre las rocas, sobre la cual el misionero estaba preparando el desayuno.

Jan reprimió un grito de alegría, y se sintió poseído de nuevo de una fuerza salvaje. Al llegar cerca de la cúspide de la montaña, cogió un tronco. Era un garrote corto y grueso, con la punta retorcida y llena de nudos.

Levantó cautelosamente la cabeza por detrás de las rocas y vio una pequeña explanada cubierta con una capa de nieve que los vientos de invierno había esparcido, y llena de arbustos y de rocas. Jan tenía la cara tan blanca, que a cierta distancia hubiera podido confundirse con la nieve. Su blancura subió de punto cuando vio, a pocos pasos de distancia, el fuego, al hombre y los perros.

El hombre se hallaba en cuclillas delante de la fogata, tratando de afirmar un pequeño pote sobre las llamas. Un poco más lejos, los perros estaban tendidos alrededor del trineo, muertos de fatiga.

Jan avanzó a través de las rocas. Una vez había visto un lince de anchas patas acercarse, arrastrándose, a una zorra muy despierta; como aquel lince se acercaba Jan al hombre que se hallaba cerca del fuego. Uno de los perros se movió, levantando su hocico para husmear en el aire. Jan se estiró sobre la nieve. Luego el perro volvió a meter su hocico entre las patas, y el muchacho continuó avanzando.

Avanzaba pulgada tras pulgada. Las pulgadas se multiplicaron hasta convertirse en pies, los pies en yardas y el hombre permanecía agachado ante el pote, que empezaba a hervir.

Jan se levantó con gran sigilo. Sus ojos brillaban con una furia loca. El perro, inquieto, volvió a levantar la cabeza. Husmeaba el peligro, un peligro cercano, amenazador; de repente se levantó lanzando un terrible gruñido, y el hombre se puso en seguida en guardia. Jan saltó como un relámpago y descargó un garrotazo sobre la cabeza del misionero. Éste cayó como un tronco, y el muchacho se echó encima de él mientras lanzaba un fuerte chillido.

—¡Soy Jan Thoreau! —gritaba ¡Soy Jan Thoreau... Jan Thoreau... y vengo a matarle!

Lanzó su garrote, y, colocado sobre el pecho del hombre, sus delgados dedos, fuertes como el acero, atenazaban el robusto cuello de su enemigo.

—¡Le mataré poco a poco... poco a poco! —gritaba, mientras el misionero se debatía débilmente.

El pesado corpachón del hombre se agitaba debajo de Jan; éste ponía toda su fuerza en las manos. De repente sintió que le golpeaban el rostro. Los golpes se sucedían uno tras otro, pero Jan se mostraba insensible a ellos; sollozaba de placer, triunfalmente, mientras ahogaba a su víctima. Las manos de éste le asieron por los cabellos y tiraron con furia; pero Jan sólo veía el rostro amoratado del misionero, que se amorataba cada vez más, y los ojos que le miraban fijos con angustia mortal.

—¡Soy Jan Thoreau! —exclamó otra vez, jadeante—. ¡Soy Jan Thoreau, y le mataré... le mataré!

La sangre manaba de su rostro y le cegaba. Jan no podía ver al hombre cuyo cuello tenía atenazado entre sus dedos. Inclino la cabeza para esquivar los golpes. El cuerpo del misionero se agitaba cada vez con mayor fuerza; dio una vuelta, y Jan quedó casi debajo; pero no por eso Jan aflojó sus dedos. Hacía como la comadreja que se aferra tenazmente a la yugular de su presa.

Al final, el peso del misionero descansaba sobre el cuerpo de Jan y lo aplastaba. Sus fuertes manazas golpeaban y estrujaban la cara y la cabeza del muchacho, y luego se aferraron a su cuello. Jan no se daba cuenta sino del esfuerzo que hacía para respirar; no experimentaba ningún dolor. La presión no le espantaba. Por su parte seguía apretando más y más. Sus dedos se hundieron en el cuello del otro. Jan se esforzaba en lanzar sus gritos de triunfo; pero de su garganta no salía más que un resuello entrecortado, como el que se escapaba de la boca abierta del hombre contra quien luchaba a muerte.

Ambas tenazas eran mortales; pero la del hombre era más fuerte, y su cuello era más grueso y resistente. Así, pasados unos momentos, el misionero pudo librarse de su enemigo y ponerse en pie, mientras Jan yacía tendido en el suelo, con el rostro y los cabellos ensangrentados, y los ojos abiertos y nublados con el velo de la muerte. El misionero contempló un momento, con horror, a su víctima. Tan pronto como la vida, que estuvo a punto de abandonar su cuerpo, volvió a circular por sus miembros, acercóse a los perros y les unció al trineo. Luego los azuzó y, descendiendo por la montaña, se dirigió hacia la llanura. Pronto, se apagó el ruido del trineo.

Desde una mata, a una docena de yardas del sitio donde se desarrolló la lucha, un ave vagabunda estuvo contemplando la escena. Ahora se acercó, dando saltitos, al cuerpo yerto de Jan; torció la cabeza, con aire interrogador, al examinar el rostro extraño, torturado y ensangrentado.

La niebla gris del amanecer disolvióse ante la clara luz del día. Lejos, hacia el Sur, una mancha roja que anunciaba la aparición del sol se difundía por aquel mundo septentrional.

Capítulo IX

Juan y Jan

Media milla más lejos de la cima de la montaña, allá donde ésta empieza a surgir al pie de los bosques y pantanos de la llanura, un equipo de forzudos *malamutes* corría tirando de un trineo. En el trineo iba una joven mestiza. Ora al lado del trineo, ora cerca del perro delantero, haciendo restallar el látigo y lanzando gritos de gozo, corría Juan de Gravois.

—¿No encuentras bello esto, Iowaka mía? —exclamaba por centésima vez, en *cree*, mientras saltaba una roca de tres pies, impulsado por su entusiasmo. ¿No es ésta una tierra magnífica con el sol que nace y la primavera que se avecina? ¿No se parece en nada a Churchill, con aquel frío que llega con los icebergs y no se va en todo el verano! ¿Qué piensas ahora de tu Juan de Gravois y de su país?

Juan iba acompañando a una joven espléndida, que tenía los ojos grandes y brillantes y los cabellos lustrosos como el ala del cuervo bajo el sol. Ella se reía mirando con orgullo a su marido, que bailaba y saltaba al lado de ella, y contestaba a sus preguntas en *cree*, que es la lengua más bella del mundo.

Juan seguía saltando y corriendo, hacía sonar el látigo de caribú, y gritaba y cantaba hasta ponerse colorado. En el preciso momento en que Iowaka acababa de pedirle que hiciera alto para descansar, los *malamutes* se detuvieron delante del cuerpo de Jan Thoreau, que yacía, desfigurado y sangriento, sobre la nieve.

—¿Qué es eso? —exclamó Juan.

Tomó entre sus brazos la cabeza inerte y las espaldas de Jan, y llamó a Iowaka, que estaba quitándose las pesadas pieles con que la había envuelto su

marido.

—¡Es el músico de que te había hablado, el que vive con Guillermo en el campamento de Lago Bain! —exclamó sobresaltado, en *cree*—. ¡Ha sido asesinado! ¡Ha sido estrangulado, y tiene la cara deshecha, como si le hubiera picoteado una bestia!

Los ojos de Juan recorrían el cuerpo del muchacho, mientras Iowaka se arrodillaba cerca de éste.

—¡Qué lucha! —murmuró, sorprendido—. ¡Fíjate en las pisadas!... Un hombre corpulento y un pequeño muchacho; el asesino ha huido en trineo.

—Está caliente —dijo Iowaka—. Tal vez no ha muerto todavía.

Juan de Gravois púsose en pie; sus pequeños ojos negros brillaban amenazadores. Lanzóse de un salto al lado del trineo, echando fuera las pieles y paquetes. Lo quitó todo, excepto el rifle.

—Está muerto, Iowaka. Mírale la cara, negra y amoratada. Juan de Gravois cogerá al asesino. ¡Quédate aquí y enciende una fogata! ¡Hi-o-o-o-o! —gritó a los *mamelutes*.

El equipo hizo un viraje y se lanzó, rápido, a través de la llanura, después de haber escalado la montaña. Al llegar a la llanura, Juan se arrodilló, rifle en mano, sobre el trineo. Obedeciendo a sus órdenes, que salían como un leve silbido de entre sus dientes y no eran oídas sino por los perros, éstos alargaron el paso en persecución del misionero y sus perros.

Juan sabía que el fugitivo no andaba muy lejos, y se reía y encogía de espaldas al ver que sus *malamutes* eran tres veces más rápidos que los perros del otro. La persecución fue breve, Después de atravesar una llanura angosta y un pantano intransitable, que los perros fugitivos habían vadeado en zigzag, Juan llegó a un bosque de balsarninas y pinos. Media milla más lejos, el camino conducía a un paraje descubierto que se perdía en el fondo de la lisa superficie de un lago. En el centro de éste se movía el trineo del misionero fugitivo.

El *malemute* delantero lanzó un ladrido de júbilo. Juan dejó escapar un grito salvaje mientras hacía sonar el látigo. Vio al fugitivo inclinarse hacia adelante para azuzar a los perros, que no apresuraron la marcha, y luego el resplandor de algo que brilló un momento bajo el sol.

—¡Ah! —exclamó Juan, en voz baja, al oír sobre su cabeza el silbido de una bala ¡Ha hecho fuego contra Juan de Gravois!

Dejó caer el látigo, y su pequeña faz morena resplandecía de gozo al preparar la puntería de su rifle por encima de los lomos de los *malamutes*.

—¡Ha disparado contra Juan de Gravois, y Juan mata un caribú a trescientas yardas, corriendo!

Durante un momento, después de haber disparado su rifle, no se produjo ningún movimiento en el trineo fugitivo. Luego, fuera del tobogán rodó algo que yació doblado sobre la nieve. Un centenar de yardas más lejos, los perros se detuvieron, apelotonados, y se volvieron para mirar a los forasteros que llegaban.

Juan se detuvo cerca del cuerpo que había caído en la nieve; y cuando vio la cara del muerto, se asió los largos cabellos negros y lanzó un grito de sorpresa y horror.

—¡Cielo santo!... Es el misionero de Churchill.

Examinó el cuerpo, y vio que la bala había entrado por un costado y había salido por el otro. No había esperanza de vida. El misionero había muerto.

—¡El misionero de Churchill! —exclamó de nuevo.

Fijóse en el cálido sol que se elevaba, y dio unas patadas sobre la nieve, que empezaba a derretirse.

—¡Pronto llegará el deshielo —dijo para sí, al mirar de nuevo al hombre muerto—, y entonces se hundirá en el lago! Dirigió sus *malamutes* hacia el bosque. Acercóse al otro trineo y cortó las ligaduras de los perros exhaustos, y con el látigo los dispersó a través del deshielo.

—¡Id a los lobos! —gritó en *cree*—. ¡No os acerquéis al campamento, o Juan de Gravois os arrancaría la lengua y os desollaría de vivo en vivo!

Cuando llegó a la cúspide de la montaña, Juan encontró a Iowaka que calentaba café, mientras Jan yacía, cubierto de pieles, cerca del fuego.

—Ya te lo dije —exclamó Iowaka—. ¡Está vivo!

Aconteció, pues, que el regreso de Juan de Gravois al campamento fue todavía más emocionante de lo que él había anunciado, porque no tan sólo traía a una mujer hermosa de Churchill, sino también a Jan Thoreau medio muerto, desde el sitio donde tuvo lugar la pelea, en la montaña. Y durante dos días, Juan de Gravois pudo gozar del misterio en que aquello permanecía envuelto; porque él no dijo una palabra del cuerpo muerto yacente sobre el lago de detrás del bosque, ni de los perros que había dejado en libertad para que no despertasen ninguna sospecha a propósito de la desaparición del misionero.

Capítulo X

Flores de nieve rojas

A partir de la fiesta del caribú, los peleteros empezaron a dispersarse. Los esquimales partieron al día siguiente por la mañana. Al segundo día los compatriotas de Mukkee, procedentes del Oeste, se dirigieron a su comarca bordeando las tierras desiertas. La mayor parte de los restantes salieron, uno a uno o por parejas, hacia el Sur o hacia el Este.

Unos pocos, escasamente una docena, retardaron su partida, y entre éstos figuraban Juan de Gravois y su mujer. Juan aguardó hasta el tercer día. Entonces se fue a ver a Jan. Éste se hallaba sentado en la cama, acompañado de Cummins, que mecía a la pequeña Melissa al pie de la cuna. Juan permaneció sentado, sin decir palabra, durante unos momentos, observando a uno y a otro. Al fin se dirigió hacia la puerta; desde allí hizo un signo a Cummins, y éste fue a reunirse con él.

—Hoy salgo para Atabasca —dijo Juan—. Desearía hablar con el muchacho antes de partir. Necesito hablarle de un asunto que sólo él puede conocer. ¿Habrá algún inconveniente?

—Puede usted hablarle cuanto le plazca —contestó Cummins—, pero no le atormente con lo del misionero. No sacará de él una palabra.

Cuando Juan de Gravois se acercó al lecho de Jan y se sentó a su lado, los ojos del muchacho brillaban de gratitud. Jan sabía que aquel hombre lo había traído al campamento después de hacer lo necesario para que volviera en sí. Las muecas significativas que ahora se dibujaban en el rostro del francés y la manera un tanto inquieta con que éste miraba por encima del hombro, como si

temiera que alguien pudiera oírle, llenaron de ansiedad al pobre muchacho, el cual se quedó pensando qué era lo que el otro le tenía que decir.

Durante unos momentos, Juan de Gravois observó fijamente a Jan, cubriendo con ambas manos el delgado y ennegrecido rostro y dejando aparecer en sus labios una sonrisa maliciosa. Luego hizo una serie de guiños tan expresivos como su lengua, hundió la cabeza entre los hombros y dejó escapar el ruido de una risa contenida a medias.

—¡Ah, fue una lucha interesante! —dijo en voz baja—. ¡Es usted muy valiente, Jan Thoreau!

—¿Lo vio usted? —preguntó Jan.

Sin darse cuenta, pronunció estas palabras en francés.

Juan le cogió una mano y estalló en una risa alegre, porque era francés hasta la médula:

—¿Si lo vi? No, ni yo ni Iowaka; pero estaba escrito en la nieve, tan claramente como ahora le veo a usted. ¿Acaso no seguí el rastro del trineo montaña abajo, mientras Iowaka procuraba que usted volviera en sí? Y cuando llegué al lago, ¿no vi en su helada superficie un bulto negro que parecía un tizón apagado? Y cuando me acerqué a aquel bulto, ¿no hube de reconocer el cadáver del misionero de Churchill? ¿Eh, Jan Thoreau?

Jan se incorporó y lanzó una exclamación.

—¡Chiton! —advirtió Juan, empujándole suavemente hacia atrás—. No hay que contar a nadie qué es lo que hay sobre el lago. Sólo que la pasada noche algo me ha hecho soñar que usted estaría contento si viera por sus propios ojos que el misionero está muerto. Dentro de pocos días se producirá el deshielo y el cadáver desaparecerá. Y —Juan miró recelosamente en torno de él— si se da usted cuenta de algo que no pueda explicarse... piense en Juan de Gravois.

Púsose de pie y acercó su rostro a la faz pálida de Jan.

—Hoy salgo para Atabasca —concluyó diciendo—. Tal vez más tarde oírás decir, Jan Thoreau, que sería mejor para Juan de Gravois que no volviera nunca más al campamento de Lago Bain. Si es así, usted le encontrará entre Fondo del Lago y el río Beaver, y podrá hacer su viaje en cuatro días conduciendo a los perros por el borde, poblado de hierba, de las tierras desiertas y procurando no perder nunca de vista el Tauro hacia el Norte.

Se dirigió hacia la puerta, y vaciló unos momentos, mientras sonreía y se encogía de hombros.

—Juan de Gravois supone que Jan Thoreau ha comprendido —dijo, y salió.

Cuando Cummins estuvo de regreso, halló a Jan con el rostro encendido de fiebre.

—¡Que el diablo se lleve a ese Gravois! —refunfuñó.

—Ha sido un hermano para mí —dijo Jan, simplemente—. Le quiero.

Dos días después de la partida del francés, Jan se levantó sin rastro de fiebre, y por la tarde enganchó al trineo los perros de Cummins. Los últimos tramperos habían salido del campamento aquella mañana y sus trineos y perros se hundían en los profundos charcos del camino. Jan emprendió la marcha siguiendo el rastro liso que había dejado el trineo del agente de la Compañía al regresar a Fuerte Churchill.

Este rastro avanzaba por el pie de la montaña, en cuya cima Jan había peleado con el misionero, y se unía, millas a través, con el rastro de Juan de Gravois. Jan escaló la montaña. Desde el sitio donde había luchado, siguió el rastro casi imperceptible del francés y sus *malamutes* hasta llegar al lago. Entonces vio que Juan de Gravois le había dicho la verdad, porque halló al misionero muerto, con la cara medio enterrada en el hielo.

No le costó mucho a Jan adivinar el sentido de las palabras de Juan. El orificio que hizo la bala en el costado del muerto era demasiado grande para escapar a la fina vista de Jan. En el pequeño altar que se alzaba, oculto como un tesoro, en el corazón del muchacho, habría ahora otra imagen: la del pequeño y valiente *dandy* de las tierras desiertas que había partido con su novia para el país de Atabasca.

Al emprender el regreso, Jan dejó que los perros marcharan al paso, y antes de llegar al campamento había obscurecido. Maballa tenía preparada la cena, y Cummins le aguardaba. Miró fijamente al muchacho. Éste se mostraba sonriente, y sus ojos tenían una expresión que Cummins no conocía. A partir de aquella noche no volvieron nunca más a despedir las miradas furiosas que daban a menudo a Jan la apariencia de un loco. Al aire receloso de antes había sucedido una actitud de camaradería cada vez más cordial, y Cummins se daba cuenta del cambio al verle comer su tajada de caribú y al oírle hablar, una vez más, exclusivamente de Melissa.

Un trampero *Cree* había encontrado el violín de Jan sobre la nieve y lo había entregado a Maballa. Antes de que Cummins se levantara de la mesa, el muchacho empezó a tocar, y no terminó hasta que se apagaron las luces del campamento y el hombre y la niña se quedaron profundamente dormidos. Entonces Jan se detuvo. Sus ojos brillaban desvelados, mientras soltaba las cuerdas del instrumento y colocaba éste cerca de la lámpara, de manera que pudiese escudriñar a través de la pequeña abertura de la caja.

Jan volvió a mirar a Cummins. Éste dormía vuelto de cara a la pared. Con una especie de garfio que empleaba para limpiar el revólver, Jan trataba de coger algo del interior de la caja, y después de tres o cuatro tentativas logró dar con lo que buscaba. Del fondo del instrumento y a través del agujero en forma de f sacó un pequeño y apretado rollo de tela encarnada descolorida.

Durante unos momentos estuvo escuchando el respirar profundo de Cummins. Luego desplegó la tela y extendió sobre la mesa un montón de papeles con una escritura muy apretada. Los sujetaba de un lado con el peso del violín, y del otro con sus manos. La escritura era en francés. Algunas de estas hojas contenían una letra masculina y pesada, con las palabras tan juntas que parecían confundirse unas con otras; luego quitó los dedos de estas hojas, las cuales se enrollaron de nuevo cómo movidas por un resorte. A continuación se inclinó sobre las otras, y al mirarlas lanzó un leve suspiro.

En estas páginas aparecía una letra de mujer y el papel exhalaba todavía un suave perfume de heliotropo. Durante media hora Jan recorrió aquellas líneas, leyendo poco a poco las palabras, hasta llegar al final.

Del lecho de Cummins llegó un ligero ruido que le hizo levantar la cabeza, alarmado. Cummins, dormido, se había vuelto del otro lado. Jan atravesó el aposento andando de puntillas, abrió la puerta y salió sin turbar el sueño de los que dormían. Hacia el Sur y el Este un suave resplandor indicaba que la luna se levantaba detrás del bosque. Cuando Jan miró hacia allí sintió nacer en su corazón un deseo nuevo e inexplicable. Extendió los brazos, teniendo en sus manos los papeles y el violín, como si desde aquel magnífico resplandor un espíritu misterioso le estuviese llamando.

Por primera vez en su vida solitaria sintióse atraído por el gran mundo que existía más allá de las tierras desiertas; y de repente estrujó contra sus labios la carta de la mujer, y su voz, trémula y penetrante, murmuró:

—¡Iré a reunirme con vosotros... un día... cuando pueda acompañarme la pequeña Melissa!

Enrolló los papeles, los envolvió en la tela roja y los ocultó de nuevo en la caja del violín antes de penetrar en la cabaña.

Al día siguiente por la mañana, Cummins, de pie ante la puerta, dijo:

—¡Cómo calienta ya el sol! La nieve y el hielo se van, Jan. Es la primavera. Hoy retiraremos los trineos y empezaremos a darles pescado a los perros.

Cada día el sol salía más temprano, el día era más largo y el aire más caliente; y con el calor iban esparciéndose los gratos perfumes de los capullos del campo y difundiéndose los innumerables rumores de la vida profunda,

invisible, del bosque, que se despertaba de su largo sueño en el blanco lecho de nieve. Los pajarillos lanzaban sus cantos matutinos o flirteaban de la mañana a la noche entre las ramas o a través de sus vuelos; los cuervos se esponjaban en el sol; y los pájaros de nieve, pequeños y lindos, negros y blancos, resplandecían como gemas, revoloteaban constantemente y cambiaban de color hasta que se convirtieron en unos seres nuevos en un mundo nuevo.

Los álamos florecieron en todo su esplendor. La osa salió de su caverna invernal, acompañada de los cachorros nacidos semanas antes, a quienes enseñaba a torcer los arbustos para alcanzar la flor. Los ciervos regresaban de las cimas elevadas donde, por buenas razones, habían pasado el invierno, seguidos de los lobos que se nutrían de los ciervos débiles o enfermos. Por todas partes se veían torrentes de nieve fundida, y se oía el crujido del hielo al agrietarse, el leve quejido de las rocas, de la tierra y de los árboles al libertarse del hielo; y cada noche el pálido fulgor de la aurora boreal se alejaba más y más hacia el Polo, desvaneciéndose.

El campamento volvió a su vida acostumbrada. De vez en cuando llegaba del bosque un visitante, pero no permanecía allí más que uno o dos días; una vez hechas sus provisiones regresaba a su retiro solitario. Guillermo estaba ocupado preparando los libros para la visita del agente principal de la Compañía, que llegaría de Londres, y Cummins, que ayudaba al factor, disponía de muchas horas de ocio.

Antes de que desapareciesen las últimas huellas de nieve, Cummins y Jan se dedicaron a cortar troncos de árbol para levantar un nuevo departamento en la cabaña. Afuera, tomando el sol, sobre una enorme piel de oso, Melissa contemplaba la nueva construcción, haciendo maravillosas demostraciones de interés. El rostro de Cummins resplandecía de júbilo al verla saltar y andar a gatas sobre la piel de oso y oírla dar chillidos aprobando lo que hacían.

Jan era el muchacho más feliz del mundo. A tal punto era cierto que la pequeña Melissa comprendía el porqué de aquellos trabajos, que Cummins y Jan fueron a contárselo a los demás, y así ocurrió que durante la construcción fueron a hacerle compañía a la pequeña, Mukee y Per-ee y aun el propio Guillermo. Éstos, sentados sobre la nieve, permanecían horas y horas al lado de Melissa, maravillándose de la inteligencia precoz con que el gran Dios había querido dotar a aquel tierno cerebro. Este hecho insólito dio lugar entre ellos a una profunda discusión en la que las palabras eran pocas y mucho el pensamiento, como correspondía a aquellos seres nacidos para el silencio. Un día Mukee trajo a dos criaturitas y las sentó sobre la piel de oso, y allí se

estuvieron, con estoica indiferencia, sin moverse del sitio, prueba clara de la superioridad de Melissa.

—No me extrañaría que empezase a hablar dentro de poco —confesó Cummins a Jan, una noche, mientras éste afinaba el violín—. Pronto hará seis meses.

—¿Cree usted que empezará hablando en francés? —preguntó Jan, dejando de estirar las cuerdas.

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó a su vez Cummins.

Jan bajó la voz con aire misterioso.

—Porque la he oído decir varias veces bombón... bombón... bombón..., que significa azúcar cande; y entonces le doy azúcar cande. Por esto ahora la pequeña Melissa dice siempre bombón.

—¿De veras? —dijo Cummins algo incrédulo—. ¿Cree usted que es posible?

Jan contestó inmediatamente:

—¡Yo empecé a hablar en inglés, y Jan Thoreau es francés!

Empezó a tocar, pero Cummins no hacía caso de la música. Se fue a la puerta y se quedó mirando, con aire de pesadumbre, hacia la tumba. Luego dijo a Jan:

—Eso no me gustaría. No le dé más dulces cuando diga bombón, Jan. Es preciso que lo olvide.

Al día siguiente Jan derribó la barrera de arbustos que rodeaba la tumba de la mujer, y se pasó la tarde rondando por la vertiente asoleada de una montaña que se levantaba hacia el Sur. Regresó al atardecer con un cesto de flores rojas, flores de nieve tempranas, con la tierra pegada a las raíces. Las plantó muy juntas en el montículo que se formaba en la base del árbol.

El calor iba aumentando y la primavera dio, por fin, paso al verano. Entonces Jan se llevaba consigo a Melissa y hacía con ella pequeñas excursiones por los bosques, donde recogían grandes manojos de flores y de helechos. En la tumba había todos los días nuevas ofrendas, y la cabaña, con su nuevo departamento, rebosaba de bellos presentes que la primavera hacía surgir de la tierra.

Jan y Melissa eran felices, y este espectáculo llenaba de gozo a los demás del campamento, del mismo modo que antes les llenara de júbilo la presencia de la mujer. Cummins era el único que se sentía apesadumbrado. Los cambios que se producían en aquel mundo desolado a la llegada de la primavera y del verano, el calor y fuerza de que estaba impregnado, contribuían a aumentar la pena de aquel hombre, que conservaba muy vivo el recuerdo de su esposa.

La primera vez que vio la tumba cubierta de flores rojas ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar como un niño. Su mujer habría amado aquellas flores. Ella aguardaba con anhelo la aparición de las rojas flores tempranas que surgían del seno húmedo de la tierra. Cummins había ido por ellas centenares de veces, prendiendo en el fino cabello de su esposa la primera flor habida. Era el tiempo en que, felices como dos niños, iban a correr y reír por el bosque. A menudo Cummins cogía a su mujer con sus robustos brazos y la llevaba, cansado y hambriento, pero enormemente feliz, hasta su pequeña cabaña. Ya allí, la mujer contemplaba sonriente cómo él preparaba toscamente la cena.

Estas ideas y pensamientos le llevaban a buscar la soledad en aquellas tierras desiertas. Sus pies, calzados de mocasines, le conducían silenciosamente por las veredas y caminos recorridos en compañía de su mujer, y a cada vuelta surgía en su memoria un nuevo recuerdo, y entrábanle ganas de tirarse al suelo, y, fijo el pensamiento en ella, morir.

Poco se imaginaba Cummins en aquellos tiempos, que Jan y Melissa recorrerían un día los mismos caminos; que de las alegrías pasadas surgirían alegrías nuevas, y que éstas a su vez se marchitarían y morirían como las suyas. Fuera de su gran pesadumbre, Cummins no veía nada delante de sí. Melissa estaba enteramente bajo el cuidado de Jan.

Al final, muy flaco y desmejorado por las noches de insomnio y sus constantes torturas, dijo que los negocios de la Compañía le reclamaban en Churchill, y a primeros de agosto partió para la bahía.

Capítulo XI

Por ella

Sobre Jan pesaba ahora una gran responsabilidad. Melissa le pertenecía. Pasaron muchos días antes no: se dio cuenta de la realidad de este hecho. Había pensado irse, por vía fluvial, a Atabasca para ver a Juan de Gravois, dejando a Melissa con Cummins por una quincena. Tuvo que desistir. Día y noche estaba al cuidado de la niña; y pronto ocurrió, con gran satisfacción de Jan, que cada vez que se veía obligado a dejarla, Melissa rompía a llorar. Por lo menos, así lo aseguraba Maballa, y lo confirmaba la loca alegría de la niña al verle llegar.

Cuando, entrado el otoño, Cummins regresó de Fuerte Churchill, trajo un paquete lleno de cosas para Melissa, entre las que había libros y revistas. En ello se gastó una parte de sus salarios. Cummins estaba sacando aquellos tesoros de la fina piel de caribú en que estaban envueltos, ante las miradas curiosas de Jan y de Melissa. De pronto, Cummins se detuvo y miró fijamente al muchacho.

—En Churchill la gente se pregunta qué habrá sido del misionero que partió de allí con el correo, Jan. Dicen que el último sitio donde fue visto es Etawney.

—¿Y aquí no? —replicó Jan rápidamente.

—No, que ellos sepan —repuso Cummins, sin dejar de mirarlo—. El hombre que lo conducía no ha vuelto a Churchill. Un oficial de la Compañía ha ido a Etawney, y es probable que venga a Lago Bain. No creo que encuentre al misionero.

—Ni yo —dijo Jan con frialdad—. ¡Probablemente estará muerto, y a estas horas habrá sido pasto de los lobos y las zorras; o tal vez de los peces!

Cummins terminó de desempaquetar, y de los libros que traía dio dos a Jan.

—El buque de aprovisionamiento que venía de Londres llegó a Churchill mientras yo estaba allí, y traía libros de éstos —explicó—. Son libros escolares. El próximo invierno habrá una escuela en Churchill; el invierno siguiente estará en York Factory.

Púsose otra vez en cuclillas, y miró a Jan.

—Es la primera escuela que tendremos a menos de cuatrocientas millas. La de ahora está en Príncipe Alberto.

Durante muchos días, Jan dio largos paseos por el bosque, y discutió consigo mismo los dos problemas que Cummins había traído de Churchill. ¿Iría a advertir a Juan de Gravois que un oficial de la Compañía estaba investigando la desaparición del misionero?

Su primer impulso fue el de ir a encontrar a Juan más allá de Fondo del Lago y darle la noticia. Pero aun si el oficial venía al campamento de Lago Bain, ¿cómo podría saber que el misionero se encontraba en el fondo del lago, y que Juan de Gravois era el responsable de ello? Al final, Jan concluyó que sería una estupidez que fuera molestar al pequeño cazador, y no volvió a acordarse b del oficial que había ido a Etawney.

Pero el segundo problema le llenaba de perplejidad y le preocupaba. Lo que había dicho Cummins acerca de la escuela habíale sugerido una idea profunda que Jan relacionaba con el porvenir de Melissa. Este año la escuela estaría en Churchill; el año siguiente, en York Factory; y luego tal vez desaparecería para siempre, en cuyo caso Melissa, cuando sería mayor, no tendría medio de ir a la escuela. ¿Por qué, pues, no ir él a la escuela en lugar de Melissa a fin de poder transmitir a ésta más tarde las enseñanzas que recibiese?

Era un plan colosal, el más vasto de cuantos hubiera concebido pensando en el futuro. Él, Jan Thoreau, aprendería a leer bien y escribir, y a hacer ciertas cosas copio la gente del Sur lejano, y así podría ayudar a aquella criaturita a convertirse en una mujer como la que dormía su sueño eterno al pie del abeto vigilante. Jan se sentía profundamente turbado; ora le sobrecogía el temor, ora la esperanza, el deseo, la ambición... Y hasta que del Norte y del Este llegaron las primeras ráfagas de frío, precursoras del invierno, el muchacho no se decidió a comunicar sus intenciones a Cummins.

Una vez tomada la resolución, Jan se apresuró a, llevarla a la práctica. Mukee conocía el camino de Churchill, y se dispuso a salir con él tres días después. Esto dio tiempo a la mujer de Guillermo para que pudiera confeccionarle una nueva chaqueta de piel de caribú.

La segunda noche, Jan tocó por última vez en la pequeña cabaña; y cuando Melissa se quedó dormida, la tomó en brazos dulcemente y la retuvo largo rato, mientras Cummins le miraba en silencio. Cuando Jan hubo dejado la niña en la cuna, Cummins rodeó con su brazo la espalda del muchacho y lo condujo hasta la puerta, donde se detuvieron a contemplar el bosque, sombrío y solitario, que se levantaba, negro y silencioso, bajo el cielo estrellado. Más alto que los otros, al pie de la sepultura, el árbol vigilante semejaba un dedo oscuro que señalaba la noche, y los ojos de Cummins se posaron amorosos en él.

—Fue ella la primera en oírle aquella noche, Jan —dijo en voz baja—. Ella se dio cuenta de la llegada de usted mucho antes que yo. Hasta mí no llegaba más que el zumbido de costumbre. Yo creo... que ella... lo sabe... ahora...

Cummins, que seguía fuertemente abrazado a la espalda de Jan, inclinó la cabeza, dejando que su ruda mejilla descansase sobre el cabello del muchacho. Jan correspondió a esta prueba de cariño cogiendo con las suyas la mano que tenía a la espalda.

—Muchacho, ¿no querrá decirme quién es y por qué vino aquella noche?

—Ahora le diré que venía del Gran Oso —murmuró Jan—. Soy Jan Thoreau, y el gran Dios me hizo venir aquella noche porque... —una inspiración repentina hizo latir su corazón con más fuerza, mientras miraba fijamente el rostro de Cummins— porque la pequeña Melissa se hallaba aquí.

Cummins permaneció unos momentos silencioso, inmóvil. Luego, condujo al muchacho otra vez a la cabaña y sacó de una cajita situada en un rincón de la estancia una bolsa de piel de corzo.

—Usted va a Churchill por Melissa y por ella —dijo en voz muy baja, para no despertar a la niña—. Tome usted.

Jan dio un paso atrás.

—No, pediré trabajo a la Compañía en Churchill. Este dinero será para Melissa cuando sea mayor. Juan Thoreau no es un... ¿Cómo llaman a eso?

La sonrisa, a través de la cual brillaba su blanca dentadura, se apagó en seguida. Cummins frunció el ceño y cogió al muchacho por el brazo fuertemente, casi con violencia.

—En este caso, Jan Thoreau no volverá a ver nunca más a Melissa — exclamó secamente—. Usted va a Churchill para estudiar y no para trabajar. Son ellas las que le envían. ¿Lo ha comprendido, muchacho? ¡Ellas!

Su voz temblaba de ira.

—¿Qué decide? ¿Acepta la bolsa, o prefiere no volver nunca más a Lago Bain?

Sin decir palabra, Jan tomó la bolsa. Sus mejillas se tiñeron de tenue carmín. Cummins, maravillado, recibía del muchacho una extraña mirada.

—Les devolveré centuplicado este dinero a usted y a Melissa —exclamó Jan con vehemencia—. ¡Se lo juro! ¡Jan Thoreau no dice mentiras!

Maquinalmente, con la bolsa en una mano, alargó el brazo hacia el violín que colgaba de la pared. Cummins volvióse para mirarle. El muchacho había dejado caer el brazo y tenía la cara lívida.

Jan partió al día siguiente. Nadie oyó las últimas palabras que dijo Melissa ni presenció cómo se despedía de ésta. Cummins, que compartía la pena del muchacho, había salido de la cabaña una hora antes de que Mukee llegara con su equipaje, y al alejarse había oído que el violín de Jan lanzaba una música dulce, apagada. Tres semanas más tarde, Mukee, de regreso a Lago Bain, contó que, durante el viaje, Jan parecía haber perdido la lengua y se pasaba la mayor parte de la noches tocando tristes sonatas.

Capítulo XII

Un rumor del sur

Fue un invierno muy largo para Cummins y Melissa, aunque todavía más largo para Jan. El factor de Lago Bain le había dado una carta de recomendación para el factor de Churchill, y encontró alojamiento en casa del ayudante del tenedor de libros de la Compañía, un joven de rostro colorado que procedía de Inglaterra. Era un muchacho alegre y amable, y cuando supo que su compañero había llegado de las tierras desiertas para ir a la escuela, tomó en seguida la resolución de darle clases privadas.

Mac Donald, que así se llamaba el compañero de Jan, trató, antes que nada, de corregir la pronunciación defectuosa del muchacho, y tras muchos esfuerzos logró que se desprendiera de ciertos vicios.

La escuela empezó sus clases en noviembre, y Jan se encontró formando parte de una veintena de muchachos, llegados de las tierras desiertas en una extensión de cuarenta mil millas cuadradas. Había dos blancos y un mestizo procedentes del Etawney; el hijo del factor de Nelson House, y tres muchachos llegados de las aguas superiores del Pequeño Churchill.

Desde el primer momento, la música hizo que Jan ocupara un lugar preferente en el espíritu del maestro. Jan estudiaba día y noche, y hacia el final del segundo mes no tenía ante sí otro rival sino el joven Nelson House. Su mayor elemento educativo no era el maestro, sino Mac Donald. Jan no poseía ese deseo innato de aprender, natural en la gente del Sur. Acumulaba fielmente en su memoria, como una máquina, las lecciones que recibía, para transmitir las a Melissa. Pero Mac Donald proporcionaba a Jan una explicación del mundo civilizado, del mundo maravilloso hacia el cual le

impelían sus esperanzas y ambiciones bajo un impulso cuyo ardor aumentaba a medida que pasaban las semanas y los meses.

Cuando se distraía de Melissa y de Lago Bain, Jan soñaba en aquel otro mundo; y varias veces durante el invierno sacó el pequeño rollo de la caja del violín, para releer una y otra vez las páginas escritas que contenía.

«Algún día iré» —se decía a sí mismo— «Algún día, cuando Melissa sea mayor y pueda acompañarme».

Para Mac Donald, el muchacho de Lago Bain constituía un feliz encuentro. El joven escocés sentía la nostalgia de su país; y cuanto más aumentaba esta nostalgia, mayores deseos sentía de desahogarse ante el muchacho, y así hablaba incesantemente a Jan de las cosas y costumbres de su tierra. Contóle al muchacho la historia del viejo cañón de bronce abandonado entre los viñedos y matas que cubrían el sitio donde, muchos años atrás, se alzaba el fuerte de Churchill. Le describió la llegada del primer buque a la gran bahía; le habló de Hudson y de sus compañeros, de las grandes guerras que su oyente no se hubiese imaginado nunca, de reyes y reinas y naciones extranjeras. Por la noche le leía alguno de los libros que había traído de su país.

A medida que el tiempo transcurría, el espíritu selvático del muchacho se sentía más impulsado a salir para aquel mundo desconocido. A menudo ardía en deseos de confiar a Mac Donald el secreto que yacía oculto en la caja del violín.

Un domingo estuvo a punto de revelárselo. Fue cuando oyó decir a Mac Donald.

—Regresaré a mi país en el buque que llegará el próximo verano. ¿Por qué no se decide usted y me acompaña?

Turbado por la noticia, Jan abrió los labios para hablar, y sólo la casualidad impidió que dijera lo que tenía en el corazón.

Hallábanse ante la bahía helada que se extendía interminablemente hacia el Polo. No muy lejos de ellos, la marea inquieta golpeaba el hielo agrietado y mordía los bordes helados de la costa. Más allá de los escollos surgían, diseminados, unos objetos oscuros que en los primeros tiempos de la Compañía habían sido cajas de fusiles. Contenían los huesos de unos hombres que habían vivido y muerto hacía tiempo; y mientras Jan contemplaba los sombríos ataúdes que iban hundiéndose en el mar, otro impulso —el que le unía a Melissa— apoderóse de él, y el muchacho se estremeció pensando en lo que podría ocurrir en el decurso de un año.

Este impulso triunfó. En la primavera, Jan regresó a Lago Bain con una expedición de la Compañía. En el otoño siguiente siguió sus estudios en York Factory, y al tercer año acudió a Nelson House. Entonces falleció el maestro de la Compañía, y nadie vino a ocupar su plaza.

A mitad del invierno de este tercer año, Jan regresó a Lago Bain, y estrechando fuertemente entre sus brazos a la encantadora Melissa, le dijo que nunca más se separaría de ella. Melissa, que rodeaba con sus brazos el cuello de Jan, hizo sagrada esta promesa ofreciendo al muchacho su boquita rosada para que se la besase. Más tarde, agitándose en el pecho del muchacho las viejas inquietudes, apresuróse éste a hablar a Cummins.

—Cuando Melissa sea mayor, ¿no deberíamos llevarla hacia el Sur? —dijo—. No conviene que viva siempre en un sitio como éste.

Cummins le miró un instante como si no le hubiera comprendido. Cuando se dio cuenta del significado de las palabras del muchacho, su mirada se endureció y su voz tranquila vibró como el acero.

—Su madre permanecerá siempre al pie del bosque —dijo lentamente—; y nosotros no la dejaremos nunca... a menos que Melissa se vaya, un día, sola.

A partir de este momento, Jan no volvió a mirar el fondo de la caja de su violín. Luchó contra el impulso que había ido creciendo con el tiempo, y creyó, a fin, haberlo destruido y alejado definitivamente lejos, de sí. Melissa era su universo. Ella llenaba su corazón, y su imagen hizo olvidar los deseos de conocer aquel otro mundo.

Cada día aportaba un nuevo goce. Jan la llamaba «hermanita»; Melissa, con encantadora gravedad, le llamaba «hermano Jan», y correspondía solícita a sus muestras de cariño. Jan advirtió que los cabellos de Melissa adquirirían poco a poco un tinte dorado, y luego, a medida que pasaban los meses, que el oro de su cabello se teñía de castaño. ¡Melissa sería como su madre! El espíritu de Jan desbordaba de puro gozo, y Cummins, a su manera elevaba al cielo sus silenciosas plegarias.

Así estaban las cosas en el campamento de Lago Bain cuando Melissa iba a cumplir nueve años. De repente, de las tierras del Sur llegó un rumor terrible. Del mismo modo que el rumor de una guerra civil, con sus luchas fratricidas, aturde a las naciones, así también aquel rumor llenaba de espanto y de angustia a la gente de los bosques.

A un rumor sucedía otro. Del Este, del Sur y del Oeste llegaban noticias cada vez más alarmantes, hasta que, por todas partes, los Paul Reveres de las tierras desiertas esparcieron la noticia de que la peste roja estaba pisándoles

los talones, y el escalofrío del miedo se dejó sentir, como una helada ráfaga de viento, desde la linde del mundo civilizado hasta la bahía.

Capítulo XIII

La peste roja

Diecinueve años antes habían llegado del Sur estos mismos rumores, y tras ellos surgió la peste roja. Los habitantes de los bosques lo recordaban todavía con horror; un centenar de sepulturas, evitadas como pestilentes y diseminadas desde las aguas inferiores de la bahía James hasta la comarca lacustre de Atabasca, daban fe del número de víctimas causadas por el azote.

La primera noticia fidedigna llegó a Lago Bain a comienzos de invierno, y procedía de Du Brochet, situado cerca de Lago Reindeer. Henderson era el factor de aquel lugar y transmitió el aviso que había llegado de Nelson House y de la comarca del Sudeste.

—En Nelson se ha declarado la viruela dijo el mensajero a Cummins —y ha atacado a los *crees* que viven en las cercanías del lago Wollaston. Sólo Dios sabe los estragos que está causando entre los indios de la bahía. Hemos oído decir que ha aniquilado a los *chippewayans* entre Albany y Churchill.

Partió el mismo día con sus veloces perros.

—Voy hacia el Oeste a visitar a la gente de los Revillon, y a saludarlos en nombre de la Compañía —dijo.

Tres días después llegó de Churchill el aviso de que todos los empleados de la Compañía y todos los súbditos de Su Majestad, que residían al Oeste de la bahía, estuviesen preparados para hacer frente a la peste roja. Al leer Guillermo el escrito del factor de Churchill, su ancha faz se puso blanca como la cera.

—Eso significa que habrá que cavar sepulturas —dijo Es lo único que podemos hacer.

Leyó la carta en voz alta a la gente de Lago Bain, y todos los hombres útiles fueron destacados para ir a propagar la noticia por todo el territorio de la Compañía. Preparáronse inmediatamente los trineos, y cada uno de éstos llevaba una pieza de tela roja. Guillermo, que iba sacando del almacén de la Compañía las piezas de tela, no se había repuesto todavía del susto. Esto era un presagio de muerte, una señal inequívoca de peste y de horror, y el solo contacto de las piezas hacía estremecer a los hombres del bosque encargados de repartirlas.

Jan salió para Churchill y luego se dirigió hacia el Sur a lo largo de Hasabala, donde el país estaba cubierto de líneas de cepos de los tramperos mestizos y franceses. Primero encontró la cabaña de Croisset y su mujer, donde dejó parte de la tela. Entonces se dirigió hacia el Oeste, mientras Croisset enganchaba los perros y salía a escape para el Sur. Entre Hasabala y Lago Klokol, Jan encontró otras tres cabañas, y en cada una de ellas dejó un pedazo de tela roja. Cuarenta millas hacia el Sur, cerca de Porcupine, estaban las líneas de Enrique Langlois, el cazador de zorras más famoso del campamento. Al tercer día por la mañana Jan salió en busca de Langlois; y por la tarde al anochecer descubrió un rastro de esquís muy pronunciado. Jan acampó allí hasta la mañana siguiente, y al rayar el alba se dispuso a seguir el rastro.

Cruzó media docena de trampas de Langlois. En ninguna había cebo. Tres de ellas estaban disparadas. En la sexta encontró los restos de una zorra roja, de la que no quedaban más que los huesos. En otra trampa, más lejos, veíase un armiño con la cabeza mutilada. Cada vez más perplejo, Jan examinó el rastro de los esquís. El más reciente databa ya de muchos días. Jan reanudó su carrera, sin detenerse más ante ninguna trampa. Al final llegó a un claro que se abría en pleno bosque y dio a sus perros la voz de alto. Unos cuantos metros más allá se elevaba la cabaña del trampero. Encima de ella aparecía, colgado de un palo, la roja señal de la peste.

Jan lanzó un grito terrible a los perros y retrocedió; las bestias dieron una vuelta y lo siguieron en tropel. Luego se detuvo. No salía humo de la chimenea de barro de la cabaña. La ventana estaba cubierta de escarcha. Jan llamó una y otra vez, pero no obtuvo respuesta. Disparó el fusil dos veces y aguardó, tapándose con su mano enguantada la boca y las narices. Nadie respondió. Entonces, perdida toda esperanza, Jan se dirigió hacia el Norte y no dio tregua ni descanso a los perros hasta que llegó a Lago Bain.

Su equipo llegó medio muerto. Cummins y Guillermo corrieron a su encuentro cuando se detuvo delante del almacén de la Compañía.

—¡La señal roja pende de la cabaña de Langlois! —exclamó Jan—. He disparado el fusil y he llamado. No ha respondido nadie. ¡Langlois ha muerto!

—¡Dios mío! —gimió Guillermo.

Su roja faz se puso lívida, y permaneció inmóvil con los puños cerrados, mientras Cummins se hacía cargo de los perros y Jan entraba en el almacén en busca de algo para comer.

Mukee y Per-ee regresaron al campamento al día siguiente. Poco después llegó, aterrorizado, el hijo de Guillermo; contó que la peste se había extendido entre los *crees* de Waterfound.

Cada día aumentaba la angustia en Lago Bain. Durante algún tiempo, Jan vivió ajeno al peligro que los amenazaba, y seguía tocando el violín y jugaba locamente con Melissa dentro de la pequeña cabaña. Él no había presenciado la epidemia de diecinueve años atrás. La mayoría de los demás la habían visto, incluso Mukee, el más joven de todos.

Jan ignoraba que la peste roja venía, como una venganza de los dioses, a diezmar a la gente de las vastas tierras del Norte para dejar aquellos parajes más desiertos que el propio Sahara. Pero no tardó mucho en darse cuenta. En febrero, los *crees* de Lago Wollaston quedaron literalmente barridos. La región de Nelson estaba cubierta de señales rojas. La muerte saltaba de cabaña en cabaña en las tierras desiertas del Oeste. A mediados de mes, Lago Bain se hallaba circundado por la peste acorralado por todas partes, excepto por el Norte.

Las líneas de trampas del campamento fueron acortadas; luego, tuvieron que quedar abandonadas del todo, y empezó la gran lucha. Guillermo reunió a su gente y les contó que esa misma lucha había sido en tablada dos décadas antes. En un círculo de sesenta millas alrededor del campamento, toda caballa o barraca en la cual ondease la señal roja tenía que ser visitada y quemada si sus ocupantes estaban muertos. Las personas dedicadas a esta labor corrían un grave peligro. Era una misión muy arriesgada. Era exponerse a un género de muerte en el que, cuántos escuchaban al factor, no querían ni pensar. Sin embargo, al primer llamamiento nadie dejó de acudir.

Durante la última cena que hicieron juntos Jan y Cummins, Melissa, que se hallaba sentada entre los dos, se extrañó de su silencio. Una vez listos, salieron de la cabaña.

—Mukee no estaba en el almacén —dijo Cummins con voz sofocada, deteniendo a Jan en la penumbra de detrás de la cabaña.

—Guillermo pensó que había salido hacia el Sur con sus perros. Pero no es así. Yo le he visto arrastrarse, como un perro enfermo, hasta su barraca,

una hora antes de haber anochecido. Mañana por la mañana habrá una bandera roja en Lago Bain.

Jan reprimió una exclamación.

—¡Ah, allí hay una luz! —exclamó Cummins—. Es una antorcha de resina colocada delante de su puerta.

De la cabaña de Mukee partía un lamento profundo y entrecortado, y ambos reconocieron la voz del padre del mestizo... Era un lamento sin palabras que estallaba y se apagaba a intervalos, como el lamento de un perro. De repente surgieron varias luces de la oscuridad como años atrás, cuando Cummins salía con paso vacilante de la cabaña para anunciar la muerte de su mujer. Cogió el brazo de Jan y lo estrechó con fuerza, horrorizado.

—¡La bandera ha sido izada! —murmuró roncamente—. ¡Vuelva al lado de Melissa! En casa hay provisiones para un mes, y esta noche podréis entrar la leña. Cierre bien la puerta. Abra solo la ventana de detrás para que entre el aire. Permanezca allí... con ella... hasta que haya acabado todo esto. ¡Váyase!

—Mi sitio está entre las banderas rojas —exclamó Jan con energía, librando de una sacudida el brazo que Cummins tenía sujeto en su mano—. ¡Es usted quién debe permanecer al lado de Melissa!

—Mi misión es ayudar a estos hombres —repuso Cummins.

—¿Y mía, pues?

Al decir eso, Jan enarcó el pecho.

—Uno de nosotros tiene que quedarse con ella —arguyó Cummins—. Y éste debe ser usted.

Su cara descolorida brillaba en la oscuridad.

—Usted vino... aquella noche... porque Melissa estaba aquí. Alguien lo hizo venir... alguien... ¿No lo comprende usted? Y nunca desde entonces la ha amenazado la muerte sino ahora. ¡Usted debe quedarse con Melissa... y con el violín!

—Melissa va a ser la que escoja —replicó Jan—. Entraremos en la cabaña y el primero a quien ella se dirija irá hacia las banderas rojas. El otro se encerrará en la cabaña hasta que la peste se haya ido.

Ambos se dirigieron a la cabaña. Al abrir la puerta, Jan se apartó para que Cummins entrara primero, y al hallarse detrás de éste hízose a un lado de un saltó, con los ojos y los labios sonrientes. Sin que Cummins le viera, extendió los brazos hacia Melissa, que estaba jugando sobre la mesa con las cuerdas del violín.

Jan había hecho esto centenares de veces, y Melissa sabía lo que quería decir: un beso y ser echada alegremente en el aire hasta mitad del techo. La niña saltó del taburete y se lanzó a los brazos de Jan; pero esta vez, en lugar de levantarla por encima de su cabeza, la estrechó contra su pecho y ocultó el rostro en la mata, suave de los cabellos. Jan contemplaba a Cummins con aire de triunfo.

—¡Arriba, Jan, arriba!... ¡Vamos! —gritó la niña.

Jan cogió a la criaturita, la hizo dar media vuelta, en el aire, la besó de nuevo y la dejó sentada, sonriente y feliz, en la punta de la mesa.

—Iré a visitar a los *crees* enfermos en lugar de Cummins —dijo Jan a Guillermo, media hora más tarde—. Ahora que la epidemia ha llegado a Lago Bain, él debe permanecer al lado de Melissa.

Capítulo XIV

Una larga espera

A la mañana siguiente, Jan partió de nuevo para Hasabala. Los *crees* se habían ido. Jan estuvo un día yendo hacia el Este y el Oeste, y encontró algunos rastros que se dirigían al Norte.

«Se han ido a vivir entre los esquimales», dijo para sí. Luego, dirigiéndose al perro delantero.

—Kazán, ¿qué te pasa?

El perro encogía sus patas traseras y lanzaba un gruñido amenazador, mientras una figura avanzaba hacia ellos con paso vacilante a través de la nieve. Era Croisset. Lanzando un gemido, se dejó caer sobre el trineo.

—¡Estoy enfermo! —exclamó—. ¡Me muero de hambre! ¡La desgracia se ha metido en mi cabaña, y durante tres días he tenido que vivir de la nieve y de un trozo de carne cruda!

—¡Está enfermo! —gritó Jan, retrocediendo espantado.

—¡Sí, por falta de comida, y por esto y por esto!

Croisset mostró el antebrazo envuelto con un pedazo manchado de sangre, y señaló el cuello lleno de quemaduras.

—Estuve corriendo diez días con la tela roja que usted me entregó; y cuando regresé, hálleme con que la horrible señal ondeaba encima de mi propia choza. Traté de entrar en ella, pero mi mujer había barrado la puerta, y me dijo que dispararía contra mí si no me iba a los bosques. Una noche intenté deslizarme por la ventana, y me arrojó un caldero de agua hirviente. Construí una barraca a la entrada del bosque y allí he estado cinco días. ¡Qué, suplicio, Dios mío! No tenía fósforos ni comida; y cuando me he acercado a

la cabaña para pedirle estas cosas, mi mujer ha cumplido la palabra y ha disparado contra mí a través de una rendija de la puerta. He perdido mucha sangre de este brazo.

—Le daré algo para comer —dijo Jan, riéndose, mientras deshacía su paquete. ¿Cuánto tiempo hace que la bandera roja está izada?

—He perdido la cuenta, pero hará unos doce días. A este paso seguirá allí todo el invierno.

—No es la epidemia. Vaya y dígaselo a su mujer.

—¡Sí, y que dispare contra mí! —gruñó Croisset, mientras comía—. Me iré a Lago Bain, si me da una docena de fósforos. ¡La desgracia me perseguirá hasta que me muera! —Es usted un hombre dichoso, Croisset. Su mujer demuestra que le quiere.

—¡Si las balas, el agua hirviente y mi estómago vacío son una prueba de lo que dice, mi mujer me quiere demasiado, Jan Thoreau! De todos modos no creo que intentase tocarme. ¡Las mujeres tienen tan mala puntería...!

Jan lo dejó al lado de una gran fogata, y dirigióse hacia el Sudeste para ir a pegar fuego a la cabaña y al cadáver de Langlois. La bandera roja seguía en el mismo sitio. Las ventanas estaban cubiertas de escarcha. Jan llamó, dio a la puerta varios golpes con la culata del fusil y rompió las ventanas. Paróse a escuchar, y un silencio de muerte reinaba en la cabaña. A Jan le latía aceleradamente el corazón. No había la menor duda de que Langlois yacía muerto dentro de la choza.

Jan trajo ramas secas del bosque y las amontonó al pie de los troncos de la cabaña. Después se sentó en su trineo y estuvo contemplando el fuego hasta que la choza quedó convertida en una hoguera.

Continuó su ruta hacia el Oeste. Al centro de Porcupine encontró los restos de tres barracas quemadas y en una de ellas vio unos huesos carbonizados. Jan prosiguió lentamente su camino a través de Porcupine, ora hacia el Este, ora hacia el Oeste, hasta que, al llegar a la encrucijada de Nutria Gris, encontró a un *cree* que le contó como una veintena de millas más lejos había un poblado de seis *tepees*^[8] abandonado. Hacia allí dirigióse audazmente Jan, mientras rogaba a los ángeles que preservasen de todo mal a Melissa en el campamento de Lago Bain.

Croisset llegó al campamento cuarenta y ocho horas después de su encuentro con Jan.

—¡La bandera roja está en todas partes! —exclamó al ver la señal sobre la cabaña de Mukée—. En el Este y el Oeste de Hasabala están completamente infestados.

El *cree* de Nutria Gris se detuvo en el campamento de paso hacia el Norte. —Seis barracas llenas de muertos —contó a Guillermo en su lengua—. Un hombre de la Compañía, que llevaba cinco perros, salió de Nutria Gris para quemarlas.

Guillermo descolgó su cuerno y lanzó a Cummins una señal extraña. Éste entreabrió un poquitín la puerta para escuchar, y detrás, pegada a su espalda, estaba Melissa.

—Thoreau se encuentra en la zona más infestada, hacia el Sur —dijo Guillermo, gritando—. Es mucho trabajo para él, y voy a salir con los perros. Croisset se quedará en el almacén unos cuantos días.

Melissa oyó estas palabras, y sus ojos, dilatados por el terror, contemplaban a su padre que acababa de cerrar y barrar la puerta. La niña tenía clara conciencia, mucho más de lo que cabe a una criaturita, de que Jan había ido a arrostrar un gran peligro. Las rudas leyes de las tierras salvajes donde vivía habían empezado ya a ejercer su influencia sobre Melissa, agudizando su instinto y su razón, del mismo modo que aceleraban el desarrollo de los niños indios, dotándoles, no llegados aún a los quince años, de una gravedad y una inteligencia propias de personas mayores.

Melissa sabía lo que significaba la bandera roja colgada en la barraca de Mukee. Sabía que el aire de su país contenía miasmas peligrosos, y que la gente se moría por los bosques; que alrededor de ellos existía una cosa terrible, invisible, que su padre llamaba la epidemia, y que Jan había ido a luchar contra ella, a respirarla y, tal vez, a morir contagiado. La misma puerta de la cabaña permanecía cerrada y barrada para librarse del peligro. Ella no osaba siquiera sacar la cabeza por la ventana, que estaba abierta un rato cada día; y hasta que su padre le aseguró que la luz del sol era inofensiva, Melissa evitaba los escasos y pálidos rayos que se filtraban por la ventana a mediodía.

Sin darse cuenta, Cummins contribuía a aumentar de diferentes maneras el terror de la niña, porque como contestaba fielmente a todas sus preguntas, Melissa tenía cada día un conocimiento más exacto de la realidad. La niña no podía apartar su pensamiento de Jan, y miraba constantemente a través de las dos ventanas de la cabaña. A cada ruido que llegaba del exterior sentía renacer su esperanza; y cada vez sufría un desengaño, y las lágrimas le enturbiaban la mirada, porque no veía nada más que la terrible bandera roja que colgaba de un palo sobre la cabaña de Mukee.

Dentro de la pequeña Biblia que su madre había dejado hallábase escrita, en una hoja suelta, una humilde plegaria. Todas las noches, cuando se arrodillaba al lado su cama y rezaba la plegaria, deteníase al final, y añadía:

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos, salva a Jan!

En este momento los hechos se precipitaron, Una mañana el cuerno llamó a Cummins a la puerta. Hacía cinco días que Guillermo había salido para el Sur.

—Esta mañana no ha salido humo de la chimenea, y he mirado por la ventana —dijo Croisset, gritando—. Mukee y su padre habrán muerto. Iré a quemar la cabaña.

Cummins lanzó un hondo suspiro de angustia, mientras se dirigía, medio turbado, a su cama y se echaba de bruces en ella. Melissa vio que los sollozos agitaban el poderoso cuerpo de su padre. Éste lloraba como un niño. La niña rodeó con sus brazos el cuello de Cummins y prorrumpió también en llanto. Melissa ignoraba los lazos de amistad que unieron a Mukee con la mujer que había vivido en aquella misma cabaña; sólo sabía que había muerto; que la terrible plaga había hecho presa en él, y que, después de su padre y de Jan, lo quería más que a nadie en el mundo.

Pronto oyó un extraño ruido, y corrió a la ventana. La cabaña de Mukee ardía. Melissa, horrorizada y con los ojos que le salían de las órbitas, contempló como las llamas salían a través de las ventanas hundidas y subían hacia arriba, hasta destacarse entre las negras siluetas de los árboles. ¡Entre aquellas llamas estaba Mukee! Melissa lanzó un agudo chillido, y su padre corrió hacia ella, dejando escapar un grito extraño y, cogiéndola entre sus brazos, la condujo a la pequeña habitación donde la niña dormía.

Al día siguiente por la mañana, cuando Cummins fue a despertar a Melissa, su rostro se cubrió de mortal palidez. Melissa no dormía. Sus ojos dilatados miraban fijamente a Cummins y sus mejillas, encendidas como el carmín, ardían.

—¡Estás enferma, hija mía! —murmuró Cummins, con voz alterada ¡Estás enferma!

Arrodillóse cerca de la cama y levantó con sus manos la cabeza de la niña. Al contacto de la fiebre sintió helársele el corazón, tal como le había ocurrido hacía años en la habitación de al lado.

—¡Quiero ver a Jan! —pedía Melissa—. ¡Quiero que Jan vuelva a mi lado!

—Mandaré por él en seguida, hija mía. Jan volverá pronto. Voy a mandar a Croisset.

Cummins hurtó su rostro a las miradas de la enferma mientras se dirigía pesadamente hacia la puerta. Croisset le vio venir, y salió a su encuentro. A un centenar de yardas, Cummins se detuvo.

—¡Croisset, por el amor de Dios, coja un trineo y salga en busca de Jan Thoreau! —gimió Cummins, gritando—. Dígale que Melissa se está muriendo de la peste. ¡Vaya corriendo!

—¡De día y de noche! —contestó Croisset.

Veinte minutos más tarde, desde la ventana, Cummins lo vio partir.

—Jan estará aquí pronto, Melissa —dijo acariciando con la mano los cabellos de la niña.

Éstos se extendían sobre la almohada en ondas espesas, y a la vista de ello, Cummins rememoró otra visión que no había de olvidar mientras viviese. Era el mismo cabello de la madre de Melissa, que brillaba débilmente bajo la luz tenue de la estancia; eran los ojos de su esposa que le miraron durante aquel largo día que permaneció sentado a la cabecera del lecho de Melissa.

Por la noche la enferma experimentó un cambio. La fiebre había desaparecido de las mejillas de la niña. Tenía los ojos cerrados y dormía. Durante la noche, Cummins veló, sentado cerca de la puerta de la habitación; pero hacia la madrugada, vencido por el sueño, cayóle la cabeza sobre el pecho y se quedó dormido.

Cuando se despertó, era ya de día. Oyó un ruido y, sobresaltado, se puso en pie. Era Melissa que estaba encendiendo la estufa.

—Ya me siento mejor, padre. ¿Por qué no se va a dormir hasta que tenga preparado el almuerzo?

Cummins no volvía en sí de su asombro. De repente dio un grito, lanzóse de un salto al lado de Melissa, y, tomando a ésta en brazos, se puso a bailar alrededor de la estancia y a gesticular cómicamente, ebrio de alegría, sin preocuparse de las sillas que derribaba ni del humo que llenaba la estancia.

—Lo que viste ayer por la ventana te hizo enfermar, Melissa —exclamó al final, dejando a la niña en el suelo—. Temí que...

Hizo una pausa, y luego añadió, con voz trémula:

—¡Temí que estarías enferma más tiempo, reina mía!

Abrió una de las ventanas para que entrara el aire fresco de la mañana.

Cuando Croisset regresó, no encontró ninguna bandera roja sobre la cabaña de Cummins; tampoco traía ninguna noticia de Jan. Por espacio de tres días había seguido los rastros que se dirigen al Sur, sin encontrar al muchacho. Pero traía otras noticias. Guillermo se hallaba, enfermo de la peste, en una barraca *cree*, en el bajo Porcupine. Nada más habían de saber de Guillermo, sino que murió el mes de marzo y fue quemado por los *crees*.

Croisset emprendió la vuelta a Churchill y encontró a su mujer preparada para recibirle con los brazos abiertos. Después se juntó con Per-ee, que venía del Norte, en busca de Jan. No encontraron rastro ni indicio alguno más allá de Nutria Gris, y Cummins perdió toda esperanza.

No pudieron ocultar por mucho tiempo a Melissa los temores que abrigaban respecto a la suerte de Jan. Fue tan hondo el disgusto que hirió por primera vez el corazón de Melissa, que Cummins llegó a alarmarse y sintió redoblar su tristeza. A Melissa ya no le gustaba jugar con sus cosas dentro de la cabaña. A veces se pasaba días y más días sin abrir los libros que Jan le había traído de Churchill y en los que le había enseñado a leer. Melissa no hallaba ningún interés en aquellas cosas, que, pocas semanas antes, habían constituido toda su vida.

Con creciente desespero. Cummins veía como todos sus esfuerzos fallaban. A medida que los días transcurrían, Melissa gustaba de mezclarse más y más con los niños indios y mestizos, y se pasaba la mayor parte del tiempo en el almacén de la Compañía, escuchando las conversaciones de los hombres, silenciosa, atenta a sus palabras, pero cada vez más huraña. Su corazón le decía que aquel mundo había quedado desierto para ella. Jan, que lo había sido todo para Melissa, que le había hecho de madre y de hermano, que para ella resumía todo cuanto cabe de ternura y de cariño en el mundo, había desaparecido. El mundo había cambiado de una manera terrible y repentina, y la niña había recibido una experiencia atroz.

Pasaron las semanas, y el sol de primavera empezó a fundir la nieve. Cada día, Melissa se parecía más a los niños salvajes de Lago Bain y del bosque. Por atención a Jan había conservado fino y brillante el cabello, pues él se lo alababa y le decía que era muy bello. Ahora dejaba que cayese desordenadamente sobre sus espaldas.

Una noche Melissa olvidóse de rezar, y Cummins no se dio cuenta de ello. Tampoco se dio cuenta la noche siguiente ni la otra. Absorto en su propia tristeza, pasábanle inadvertidas muchas otras cosas, y así, a la risa, a la alegría y a los juegos ruidosos que llenaron la vida de la pequeña cabaña, habían sucedido la tristeza y el recuerdo melancólico de las cosas que se habían ido para siempre.

Un día, a comienzos de primavera, hallábanse comiendo en la estancia inundada de luz, cuando unos pasos rápidos y suaves hicieron que Melissa levantara los ojos en dirección a la puerta abierta. Había allí una figura extraña, de rostro muy pálido, unos ojos muy abiertos y con el vestido destrozado, que extendía los brazos hacia Melissa, como otras veces,

Lanzando un grito de alegría, Melissa corrió como una exhalación hacia el recién llegado, exclamando:

—¡Jan! ¡Jan!... ¡Jan mío!

Emocionado, Cummins, al ver la pálida figura que estrechaba a Melissa contra su pecho, no pudo articular una palabra.

Al final, gritó:

—¡Jan!

Y corrió a abrazarle, juntando en un mismo abrazo al muchacho y a Melissa.

Durante un momento Jan expuso su rostro a la luz, Cummins le miró y comprendió.

—Ha estado usted enfermo —dijo pero no ha quedado ninguna señal.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró Jan, suspirando.

Melissa levantó la cabeza, y cogió el rostro de Jan entre sus manos. Aquella noche se acordó de la plegaria, y al final añadió:

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos, gracias por haberme devuelto a Jan!

Capítulo XV

Casi una mujer

Calmado el terrible azote de la peste, volvió a renacer la tranquilidad. Los habitantes de los bosques respiraron de nuevo sin temor; pero desde la bahía de Hudson a Atabasca y hasta el Sur lejano, cerca del país lacustre de Reindeer, los vientos rumorosos contarían la pena terrible que quedaría entre ellos, hasta que las criaturas llegasen a ser mayores y los mayores se fuesen de este mundo.

La vida había sido destrozada y rota en un cataclismo más espantoso que aquellos que asolan a las ciudades y abren el seno de la Tierra. Poco a poco, las cosas siguieron su cauce acostumbrado. Los habitantes de aquellas tierras no podían contar con la ayuda ni la simpatía de otras gentes; y del mismo modo que soportaron solos sus pasadas penalidades, así también ahora se aprestaban solos a reanudar la lucha, levantando sobre las ruinas del pasado los sueños del porvenir.

Durante meses los *crees* entonaron sus plañideros cantos fúnebres, mientras andaban en busca de los huesos de sus muertos. A menudo algún hombre se presentaba en un campamento, habiendo dejado a su mujer y a sus hijos en las profundidades de las tierras salvajes. Aquí y allá oíanse los aullidos de los perros que en torno de las cenizas de las cabañas lloraban la muerte de sus dueños.

La peste había arrebatado un millar de almas, y, sin embargo, los millones de seres humanos que se agitaban más allá de las tierras desiertas no percibieron más que un débil rumor de aquella catástrofe.

Lago Bain fue el menos perjudicado de los campamentos del Norte, excepción hecha de Churchill, donde los gélidos vientos del Norte empujaron la terrible peste roja hacia el Oeste. Durante las tardías nevadas llegó al campamento la noticia de que Cummins tenía que ocupar el cargo de factor que quedó vacante con la muerte de Guillermo, y Per-ee salió inmediatamente hacia Fondo del Lago en busca de Juan de Gravois, que tenía que actuar de jefe. Croisset abandonó sus cacerías para ocupar la plaza de Mukee.

Estos cambios proporcionaron a Melissa nuevos goces. La mujer de Croisset era una buena mujer que había pasado la adolescencia en Montreal, y en cuanto a Iowaka, madre de un chiquillo travieso y de una niña encantadora, era una joven venusina de voz muy dulce que se había afinado y embellecido con los años, contra lo que suele ocurrir entre las mujeres mestizas.

—Es de muy buena raza, de sangre azul decía Juan con orgullo, en cuanto se le presentaba ocasión Su madre era una princesa, y su padre un francés de pura sangre, y el abuelo de éste fue *chef de bataillon*. ¿Cabe nada mejor que esto, eh? Decidme: ¿cabe nada mejor?

Así, por primera vez en su vida, Melissa experimentaba la dicha de poder alternar con personas de su rango.

Estas nuevas amistades, agradables en extremo, no entibiaron lo más mínimo el afecto que Jan y Melissa se profesaban. Su cariño mutuo era cada día más vivo, más acendrado. Los meses terribles que acababan de transcurrir habían dejado honda huella en su espíritu y había dado a cada uno ese temple que sólo se adquiere a la sombra de los desastres.

Melissa había adquirido una concepción más amplia del mundo, un sentido más cabal de las cosas que la rodeaban. La más severa de estas enseñanzas se la había proporcionado el espectáculo de dolor, de angustia y de muerte que había presenciado, y la experiencia de Melissa sobrepasaba la que cabía a su edad, del mismo modo que los niños indios, por una tradición que alcanzaba a las más remotas generaciones, se iniciaban, desde muy temprano, en los más rudos menesteres de vida.

Ya no consideraba a Jan como un simple compañero de juego, como un ser que se complacía en divertirla y amarla. Jan era ya un hombre. Para Melissa su compañera era un héroe, que había ido a luchar con la muerte, que había ido a combatir la peste de que todavía oía hablar y murmurar en torno de ella. La mujer de Croisset y Iowaka le decían que Jan había realizado la proeza mayor que podía hacer un hombre. Melissa hablaba de Jan con orgullo a los niños indios, quienes calificaban a éste de «portaantorcha». Melissa

observó que Jan era alto como Croisset y mayor que Juan de Gravois, y que la levantaba a ella del suelo tan fácilmente como si fuera una paja.

Juntos, Jan y ella, prosiguieron sus estudios, dedicando a éstos varias horas todos los días; y durante aquel verano, Jan le enseñó a tocar el violín. Durante la canícula reinaba una gran calma en Lago Bain, y Jan la aprovechó para consagrarse a la enseñanza de Melissa. Ésta aprendió a leer los libros que el muchacho estudió en Fuerte Churchill, y a mitad de verano ya podía leer los que había empleado en York Factory. Por la noche se escribían cartas y se las pasaban por encima de la mesa en la cabaña, mientras Cummins les miraba, con la pipa en la boca, y reía alegremente de las cosas que leían en voz alta.

Una noche, en que lo avanzado de la estación justificaba la presencia del fuego que chisporroteaba en la estufa, Jan estaba leyendo una de estas cartas, y Melissa exclamó de repente:

—¡Deténte, Jan... no sigas!

Jan se detuvo, sorprendido, y se sofocó extraordinariamente al leer las líneas siguientes:

Tienes unos ojos muy bellos, y me gustan.

—¿Cómo dice? —preguntó Cummins, interesándose—. Siga leyendo, Jan.

—¡No! —ordenó Melissa, poniéndose de pie y dando la vuelta a la mesa ¡No quiero que leas esto! Arrancó el papel de las manos de Jan y lo echó al fuego.

Jan, rebosante de gozo, escribió al pie de su nueva carta:

Tienes unos cabellos muy hermosos, y me gustan.

Aquel invierno Jan quedó encargado de proveer de carne el campamento, y esto le permitía quedarse muchas horas en casa, pues la caza era muy abundante en la entrada de las tierras desiertas. Jan y Melissa continuaron estudiando los libros hasta que llegaron al final de lo que Jan había aprendido. Después, como exploradores que avanzan por tierras desconocidas, anduvieron cautelosamente en busca de algo con que satisfacer su curiosidad. Así, el verano siguiente familiarizáronse con todos los libros que se hallaban en la pequeña caja del rincón de la cabaña.

Ahora era Melissa quien tocaba el violín y Jan el que escuchaba. Los ojos del muchacho brillaban de orgullo cuando veía la destreza con que los minúsculos dedos de la niña danzaban por encima de las cuerdas. Un día Melissa miró, curiosa, a través del agujero en forma de f del instrumento, y su

boquita se contrajo en una roja o de sorpresa, cuando Jan le arrebató de repente el violín de las manos.

—*Excusez-moi, ma bella Melisse* —dijo, riendo, en francés—. ¡Voy a tocar algo nuevo!

Aquel mismo día sacó del violín el pequeño rollo de tela y lo escondió en otro lugar. Esto le recordó el extraño deseo que había sentido una vez en Fuerte Churchill y también, durante algún tiempo, en Lago Bain. Este deseo había muerto en él, había dejado de aguijonearle. El tiempo había levantado un velo saludable sobre el pasado, y ahora Jan se sentía feliz.

Las tierras desiertas adquirían para Jan un encanto mayor a medida que Melissa crecía. Cada verano traía algo que aumentaba la felicidad de Jan; cada invierno contribuía a ensancharla y a completarla. Todas las fibras de su ser vibraban de júbilo al observar como Melissa pasaba de la infancia a la adolescencia. Jan se fijaba en el más ligero cambio, en la más leve transformación de la muchacha, como si se encontrara ante un verdadero capullo de rosa.

Jan no poseía la febril impetuosidad de Juan Gravois. Los años habían acentuado su carácter silencioso propio de la gente del Norte, y sus entusiasmos eran menos ruidosos y más profundos. Con un ardor que nadie sospechaba, Jan observaba el desarrollo núbil de la muchacha, el bello esplendor de sus cabellos, que, cada vez suaves y abundantes, brillaban en ondas espesas sobre las espaldas de su dueña. El muchacho se dio cuenta, al fin, que éstos eran como los de su madre. Fascinábanle las luces cambiantes de los ojos de Melissa, y regocijóse de nuevo cuando observó que sus pupilas iban obscureciéndose hasta cobrar el tinte azul violeta de las flores que abrían su corola en la cresta de la montaña.

Para él, Melissa constituía un compendio de todas las cosas bellas. Era su mundo, su vida, y en el campamento de Lago Bain no había nada que pudiese separarlos. Al llegar Melissa a los trece años, Jan observó qué a duras penas pasaba por debajo de su brazo levantado. Al año siguiente fue tal el crecimiento de la niña, que sobrepasaba de mucho aquella medida. ¡Muy pronto sería una mujer!

Al pensarlo le dio un brinco el corazón, y, no pudiendo contenerse, lo dijo en voz alta. Era el día que Melissa celebraba su cumpleaños. Por la tarde subieron a la cima de la montaña, en el sitio donde años, atrás Jan se peleó con el misionero, para recoger unos manojos de flores destinados a la fiesta que había de celebrarse aquella noche en la cabaña. Subido a una gran peña, Jan había visto la trepadora planta roja con sus pétalos abiertos al sol, y,

alentado desde abajo por la riente Melissa, Jan no paró de subir hasta que la hubo alcanzado. Luego, desde arriba, fue echando las flores a Melissa.

—¡No echés más! Me voy hacia casa. ¡A ver, Jan, si logras alcanzarme!
—dijo la muchacha, viendo que le llevaba a Jan gran ventaja.

Saltó muy ligera, corriendo a lo largo de la cresta nevada de la montaña y azuzando a Jan con sus alegres carcajadas, mientras éste descendía poco a poco y con cuidado al pie de la roca. Jan salió en persecución de Melissa, apostrofándola en francés, en *cree* y en inglés, y los gritos de ambos repercutían gratamente a través de los locos juguetes.

Jan retardó el paso. Daba gusto contemplar a Melissa con los cabellos sueltos y ondulantes bajo el sol, saltando de roca en roca y atravesando, rauda, los claros que se abrían delante de ella. La esbelta figura de la muchacha parecía resbalar como los pálidos destellos del sol moribundo que iluminaba la vertiente de la montaña. A este paso Jan no la hubiera podido alcanzar; pero al llegar al pie de la montaña, Melissa se detuvo, rendida. Volvióse hacia él, jadeante y risueña, reluciente como una náyade bajo el velo brillante de su pelo revuelto. Su rostro encendido y sus ojos, llenos de luz solar, deslumbraron a Jan. Éste se detuvo delante de ella y no hizo ningún gesto para cogerla. Nunca se le había aparecido tan bella. Melissa seguía desafiándole, trémula y jadeante, con su risa, mientras echaba hacia atrás la madeja de su pelo. Alargando un poco los brazos, Jan exclamó:

—¡Melissa, eres muy bella!... ¡Eres casi una mujer!

El rostro de Melissa se tiñó de rubor, y de sus ojos desapareció la dulce y retadora mirada. Cuando Jan se acercó a Melissa, ésta no hizo ningún esfuerzo por escaparse.

—¿De veras, hermano?

—Si te peinases como las señoras de las ilustraciones de los libros, parecerías una mujer —contestó el muchacho, dulcemente—. ¡Eres más bella que aquellas señoras!

Jan retrocedió un paso, y en los ojos de Melissa volvió a brillar la chispita maliciosa de antes.

—Dices que soy bella y que casi soy una mujer —exclamó, con un gracioso mohín—. ¡Y sin embargo...! —continuó diciendo, encogiéndose de hombros con fingido desdén—. ¡Jan Thoreau, ésta es la tercera vez en una semana que faltas a las reglas del juego! ¡No jugaré nunca más contigo!

Jan se puso a su lado de un salto, cogióle la cara entre sus manos y la besó en la boca.

—Así —dijo ella, cuando Jan la dejó—. ¿No es así como siempre hemos jugado? ¡Cada vez que me alces, tienes derecho a besarme!

—No me atrevo, Melissa —dijo él, gravemente. Eres muy bella y has crecido tanto que no me atrevo.

—¡Que no te atreves! ¡Mi hermano no se atreve a besarme! ¿Y qué harás, pues, cuando sea una mujer..., lo cual será muy pronto, según dices?

—No lo sé, Melissa.

La muchacha se puso de espaldas y echó hacia atrás cabello; y Jan hizo lo que había hecho un centenar de veces: dividir en tres la satinada mata de pelo y tejer una gruesa trenza.

—Me parece que no me quieres tanto como antes, Jan. ¡Querría ser ya una mujer, y así vería si pensabas olvidarme por completo!

Un temblor agitaba las espaldas de Melissa; y cuando Jan hubo terminado su tarea, vio que la muchacha estaba riéndose y que sus ojos brillaban maliciosos, reflejando una intención que ella trataba de ocultar. En aquella risa había algo que no pertenecía a la Melissa que él conocía. Insignificante era el cambio, pero Jan lo notó; y lejos de causarle desagrado, prodújole una vaga sensación de placer que vibraba dentro de su alma como una nueva canción.

Cuando llegaron al campamento, Melissa se dirigió a la cabaña con sus flores, y Jan al almacén de la Compañía. Dejando las flores sobre la mesa, Melissa volvió corriendo a la puerta y contempló a Jan hasta que éste desapareció. Sus mejillas ardían, y tenía la boca entreabierta; y tan pronto como Jan hubo desaparecido de su vista, Melissa atravesó corriendo el espacio descubierto para entrar en casa de Iowaka.

Una hora después, Jan vio a Melissa, cubierta la cabeza con un chal rojo de Iowaka. La muchacha se dirigía a la cabaña lentamente y con paso muy firme.

—¡A ver si le habrá dado por tener mal de oreja! —dijo para sí, mirando con aire sorprendido a la muchacha. Ése es el chal de Iowaka, y Melissa se ha envuelto la cabeza con él.

—Un chal de la lana más rica de Londres —añadió la alegre voz de Juan de Gravois, cuyos pies, calzados con mocasines, no hacían, al andar, ningún ruido.

Siempre le hablaba en francés a Jan.

—En el mundo hay una única persona a la cual este chal sienta mejor que a Melissa, Jan Thoreau, y esta persona es Iowaka, mi mujer. ¡Cielo santo! ¿No es cierto que cada día se está poniendo más bella?

—Sí —dijo Jan—. Pronto será una mujer.

—¡Una mujer! —gritó Juan, que por no llevar su látigo de caribú tuvo que contentarse con saltar para dar mayor expresión a sus palabras. ¿Dice, Jan Thoreau, que pronto será una mujer? Si a los treinta años y con dos hijos (y que Dios nos envíe otros como éstos) no es toda una mujer, ¿cuándo lo será, pregunto?

—Yo hablo de Melissa —dijo Jan, riendo.

—Y yo hablo de Iowaka —dijo Juan ¡Ah, ahí está! Viene a ver si su Juan de Gravois le trae el azúcar que le ha encargado hace una hora. Ya sabe que Iowaka actúa esta noche de *chef de cuisine*. ¡Ah! No me ha visto y se va cruelmente desengañada. ¡Lo juraría por todos los santos del calendario! ¿Ha visto usted a un tipo de mujer como mi esposa, Jan Thoreau? ¿Ha visto nunca un cabello que brille como el suyo, un cabello que como el suyo se parezca más a las plumas de un cuervo que se mordisquea bajo los cálidos rayos del sol? ¡Voy a traerte en seguida el azúcar!

El afortunado Juan se alejó, dando saltos, como un grillo exuberante de vida, llamando en voz alta a su mujer, que iba a su encuentro.

Minutos más tarde, Jan Thoreau sacó, al pasar, la cabeza por la puerta.

—Ya sabía que me iba a zurrar o a hacer algo peor, por haberme olvidado del azúcar dijo, gritando, el francés, mostrando sus brazos desnudos ¡Pasta... pasta... pasta..., estoy amasando pasta para el pan, pasta para las galletas, pasta para los pasteles... pasta, amigo Thoreau, compuesta de harina común y agua, y luego limpiar!... ¡Yo, Juan de Gravois, el jefe de Lago Bain, estoy amasando pasta! Es bella como un ángel y más dulce que el azúcar... me refiero a mi Iowaka; pero su cuerpo está más lleno de carne que el mío, y por esto me veo obligado a amasar pasta, mon ami. Iowaka, cariño mío, cuéntale a Jan lo que estabas diciendo acerca de Melissa y de...

—¡Silencio! —gritó Iowaka en su dulce *cree*—. Ésta es una cosa que Jan debe descubrirla por sí solo.

—¡Es verdad... es verdad! —exclamó el irreprímible Juan, hundiendo los brazos hasta los codos en la vasija de pasta—. Vaya corriendo a la cabaña, Jan, y vea el presente que para el día de su cumpleaños Melissa le reserva a usted.

Capítulo XVI

Cumpleaños

La estancia estaba vacía cuando Jan atravesó silenciosamente la puerta. Detúvose a escuchar, y percibió un suave rumor de risas que negaba del interior; y a fin de anunciar su presencia, tosió ruidosamente y agitó una silla. Prodújose un momento de silencio. La puerta del fondo se entreabrió, luego se abrió del todo, y apareció Melissa.

—¿Qué piensas ahora de mí, hermano mío?

Melissa se puso ante la luz de la ventana, a través de la cual penetraba el sol de la tarde. Llevaba un peinado parecido al de las señoras que habían visto en las ilustraciones. Tenía el rostro encendido, y dirigía a Jan una mirada ardiente e interrogadora.

—¿Parezco... la que pensabas... que parecería, Jan? —insistió Melissa, un poco desconcertada por el silencio de Jan.

Ella volvió la cabeza a fin de que Jan observara los hermosos y satinados rizos que le caían sobre la espalda y el puñadito de flores que brillaba entre ellos.

—¿Estoy bien? —preguntó.

—Estás más hermosa que nunca, Melissa —contestó Jan dulcemente.

La gravedad con que dijo estas palabras hizo que Melissa se acercara a él impetuosamente y con aire medio infantil. Levantó las manos y las posó sobre los hombros del muchacho, tal como solía hacer de pequeña cuando deseaba que Jan la tomara en brazos.

—Si soy tan hermosa... y te gusto... ¿por qué no...?

Melissa terminó la frase haciendo con la boca un mohín delicioso, y Jan, lanzando una exclamación de entusiasmo, la cogió entre sus brazos y besó los labios que ella le ofrecía. No duró más que un instante. Jan sintió como si una oleada de fuego envolviera sus mejillas, y se separó de la muchacha.

—¡Hermanito mío! —exclamó Melissa entre risas, mientras recogía las flores de la mesa—. Me gusta que me beses y cada vez te lo tengo que recordar. Padre me besa todas las mañanas cuando se va al almacén. Antes me besabas cada vez que llegabas a casa; pero ahora se te olvida. ¿Acaso los hermanos quieren menos a las hermanas a medida que éstas se hacen mayores?

—A veces quieren menos a la hermana y quieren más a la otra muchacha, *ma bella* Melisse —dijo una voz rápida desde la puerta.

Y Juan de Gravois penetró de un salto en la cabaña, como un gato juguetón, y empezó a hacer a Melissa tan profundas reverencias que su cabeza casi tocaba al suelo.

—¡Cielo santo, Jan Thoreau! ¡Melissa es toda una mujer, tal como Iowaka me decía!... ¡Y las galletas... el pan... los pasteles! ¡Tendrá que aplazar la cena, señora mía, porque la pasta se me ha caído al suelo! Me he distraído y... ¡adiós pasteles! ¡Mi Iowaka se ha desternillado de risa y me ha tratado de badulaque!

—Está usted terriblemente enamorado, Juan —dijo Melissa, riéndose como una loca—. Es usted un enamorado como los que se hallan en los libros que Jan y yo leemos.

—¡Y lo estaré siempre, mientras la hija de una princesa y la bisnieta de un *chef de bataillon* me permita amasar la pasta!

Melissa, riéndose, se envolvió la cabeza con el chal rojo.

—Voy a ayudarla, Juan.

—*Mon Dieu!* —exclamó Gravois, mirando curiosamente a Jan, tan pronto como la muchacha salió—. ¿He de darle la enhorabuena, Jan Thoreau? Eso significa...

—¿Qué?...

Los ojos del diminuto francés centellearon.

—Que cuando la doncella *cree* se promete, recoge sus cabellos por primera vez y se deja moño, querido Jan. El día que fui a preguntar a mi dulce Iowaka si quería ser mi esposa, me contestó alejándose de mí, y burlándose de tal manera que mi corazón se iba helando poco a poco; pero antes de que me muriera del todo, compareció Iowaka otra vez con las trenzas recogidas sobre la cabeza.

De repente se detuvo, alarmado por el extraño semblante de Jan. Durante un minuto cabal Jan parecía haber perdido la facultad de moverse. Inmóvil y pálido, miraba fijamente por encima de la cabeza del francés.

—¡No... no significa... nada! —dijo al final, hablando como si le arrancaran una a una las palabras. Se dejó caer en una silla al lado de la mesa, como aturcido por un golpe inesperado. Lanzando un profundo suspiro, que sonó como un sollozo, ocultó el rostro entre sus manos.

—Jan Thoreau —murmuró Juan en voz baja—, ¿ha olvidado que maté al misionero por usted y que durante todo este tiempo Juan de Gravois no le ha preguntado nunca nada respecto a la lucha que tuvo lugar en la cúspide de la montaña?

En la voz del francés, dulce como la de una mujer, vibraba un acento de simpatía rayana en el amor, la simpatía de un hombre hacia otro hombre en un inundo donde la amistad no se cotiza.

—¿Lo ha olvidado, Jan Thoreau? Ya sabe que si Juan de Gravois puede servirle en algo...

Se sentó enfrente de Jan, al otro lado de la mesa, y, con su fino rostro entre las manos, observó ávidamente al muchacho hasta que éste levantó la cabeza. Sus ojos se cruzaron, firmes y abiertos, y en aquellas miradas se reflejaba un hondo sentido de la caballerosidad y aparecía el sello de todo lo que el honor del desierto blanco significaba para aquellos dos hombres.

Sin decir palabra, Jan llevó la mano a su pecho y mostró el pequeño rollo que había sacado del violín. Uno a uno, dio a leer aquellos escritos a Juan de Gravois.

—*Mon Dieu!* —exclamó Juan, cuando hubo acabado de leer.

No dijo nada más. Ambos se miraron fijamente, muy pálidos; Jan, hondamente turbado, sentía un nudo en la garganta; los bronceados dedos de Gravois estrujaban el rollo de papel.

—He aquí explicado por qué quise matar al misionero —dijo Jan al final.

Y señalaba con el dedo las hojas escritas más rudamente.

—Y por esto... por esto... he dicho que no significaba nada el nuevo peinado de Melissa.

Jan se puso en pie y se esforzó en contener su emoción. Luego recogió los papeles, enrollándolos cuidadosamente.

—¿Lo comprende todo ahora?

—Lo comprendo contestó Gravois en voz baja. Pero sus ojos brillaron como los de una danzante libélula, mientras apartaba sus brazos de la mesa y los levantaba por encima de la cabeza.

—Lo comprendo, Jan Thoreau, y me alegro por haber sido elegido para matar al misionero sobre el hielo del lago Bain.

—Pero los otros escritos —insistió Jan—, los otros que dicen que yo...

—¡No siga! —exclamó Gravois bruscamente.

Dio la vuelta a la mesa y cogió las manos de Jan entre sus finos, morenos y hercúleos dedos.

—Eso tiene usted que olvidarlo. ¡Eso no tiene ninguna importancia, ninguna, Jan Thoreau! ¿Alguien más que usted y yo lo conoce?

—No. Trataba de decírselo un día a Melissa y a su padre; pero he tardado demasiado. He esperado tanto porque no me atrevía; la idea de decírselo a ella me asustaba. Me esforcé en olvidarlo, y al cabo de unos años creí haberlo conseguido; pero esta tarde... en la montaña...

—¡Bah! Ahora, en esta cabaña, volverá a olvidarlo otra vez, y alejará su recuerdo para siempre. Me siento orgulloso de usted, Jan Thoreau. Le quiero con toda mi alma, y ésta es la primera vez que Juan de Gravois habla así a otro hombre. ¡Ah, he oído que venían!

Haciendo una cómica reverencia en dirección a las voces alegres que llegaban, el diminuto y melodramático francés arrastró a Jan hasta la puerta. En el centro del espacio descubierto estaban Melissa e Iowaka que llevaban entre las dos una ancha canasta india, y se divertían a causa de esto. Cuando vieron a Gravois y a Jan, dejaron su carga en el suelo e hicieron una seña a los dos hombres para que fueran a ayudarlas.

—Usted debería ser el segundo de los mortales más felices del mundo, Jan Thoreau —exclamó Juan—. El primero es Juan de Gravois.

Dirigióse, disparado como una bala, hacia las dos mujeres. Antes de que Jan llegara, Gravois se había cargado la canasta a la espalda.

—¿Acaso te has vuelto viejo, Jan? —dijo Melissa, en tono de mofa, cuando Gravois y su mujer se habían alejado unos pasos—. ¡Has venido tan despacio!

—Creo que he cumplido los veintinueve.

—¡Dice que lo cree!

Los pícaros y alegres ojos de Melissa miraron a Jan con aquel aire de burla de que hizo gala todo el día.

—¿Y por qué dices que lo crees? —añadió.

Jan no había hablado nunca a Melissa en la forma de ahora.

—Nací un día de invierno, Melissa..., como tú. No sé cuál fijamente. Esto es todo lo que sé.

La miró de hito en hito, y la pena que tanto se esforzaba en ocultar se reflejaba en los pliegues de sus labios.

Como un pasajero rayo de luz, se eclipsó la alegría en el rostro de Melissa. Sus ojos se posaron, angustiados, en Jan, expresando un dolor que éste no había observado nunca en la muchacha. Diose cuenta de que ella comprendía su estado de ánimo, y hubiera querido cortarse la lengua. Melissa le cogió por el brazo para que se detuviera, levantó hacia él su rostro suplicante y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Perdona! —murmuró Melissa.

Y estalló en un sollozo.

—¡Mi querido, mi queridísimo Jan, perdóname!

Cogió una de las manos del muchacho entre las suyas y la retuvo en su pecho un momento, de manera que Jan pudo percibir los latidos del corazón de Melissa.

—Hoy es tu cumpleaños, Jan... El tuyo y el mío, el mío y el tuyo... y siempre lo haremos así... siempre... ¿verdad, Jan?

Capítulo XVII

La renuncia

Jan no respiró tranquilo sino cuando llegó la hora de irse todos a la cama. Tan pronto como Juan y Iowaka se despidieron juntamente con Croisset y su esposa, Jan empezó a sentirse aliviado de la tensión de ánimo que sufrió durante toda la alegre velada.

Desde el primer momento Jan se dio cuenta de que una extraña e indefinible sensación se había apoderado de él y le turbaba; era una cosa inexplicable, pero que muy pronto adquirió forma y sentido y acabó por hacérsele intolerable. Jan luchó con todas sus fuerzas, casi de una manera feroz, para impedir que esta inquietud se reflejara en la voz o en el semblante. Nunca había tocado como aquella noche. Su violín vibraba lleno de vida, su voz se destacaba por encima de los cantos salvajes de Juan de Gravois y, al danzar, las puntas de sus dedos tocaban las vigas del techo; y, sin embargo, el rostro de Jan no mostraba el menor entusiasmo, ni sus ojos brillaban de alegría al fijarse en Melissa.

Ella se dio cuenta y se extrañó. Una docena de veces, mientras los demás no observaban, levantó los ojos hacia Jan para interrogarle. Éste contestó con una mirada triste, apagada, que no era la de aquel Jan que la había perseguido aquella tarde por la montaña.

Jan ignoraba que su rostro le delatase. Se sonreía cada vez que Melissa le dirigía una de aquellas miradas, pero por dentro temblaba ante la belleza de las mejillas encendidas, el brillo del cabello recogido y la penetrante mirada de los ojos azules de la muchacha. En el rostro de Jan subsistía la inquietud que tanto desconcertaba a Melissa.

Cuando se fueron los invitados, Cummins se sentó y encendió la pipa. Luego se fue a su habitación. Jan dormía ahora en una de las habitaciones del almacén de la Compañía, y después de unos momentos se levantó sin hacer ruido para coger la gorra y la chaqueta. Abrió poco a poco la puerta del exterior, para no despertar a Melissa, que se había ido a la cama media hora antes.

En el momento en que iba a salir percibió un rumor, una palabra pronunciada dulcemente en voz baja.

—¡Jan!

El muchacho se volvió, Melissa estaba en el umbral de la puerta de su habitación. No se había desnudado y llevaba todavía el pelo recogido y adornado con flores. Acercóse a Jan con aire vacilante; posó las manos en el brazo del muchacho y miró con aire interrogador rostro contraído.

—Jan, esta noche te muestras descontento de mí —murmuró—. Dime, ¿por qué?

—Estoy muy contento de ti, Melissa —contestó Jan.

Tomó entre las suyas una mano de la muchacha, y volvió su rostro hacia la obscuridad que se abría ante ellos. Incalculables estrellas brillaban en el cielo, como aquella noche de catorce años atrás. Desde el sitio donde estaban veíase el pálido fulgor de la aurora que arrojaba sus temblorosas saetas por encima del Polo, con la misma desoladora cantilena que había rodeado la muerte de la mujer. El árbol gigante y solitario se recortaba obscuramente sobre el fondo argénteo del espacio y su densa copa gemía débilmente bajo el viento nocturno como si respondiera a la música lejana del cielo.

Del pecho de Jan Thoreau brotó repentinamente un suspiro que se transformó en un gemido.

—¡Melissa, Melissa, hoy hace catorce años que llegué aquí a través de los bosques, hambriento y moribundo, y toqué el violín cuando tu madre se moría! Tú eras entonces una tierna criaturita, y desde aquella noche nunca me has gustado tanto como ahora.

Soltó la mano de Melissa y volvióse hacia la puerta para ocultar la expresión de su rostro. Oyó un sollozo leve, doloroso, detrás de él, y algo suave se deslizó sobre su brazo.

—¡Jan, Jan mío!

Melissa apretóse contra el cuerpo de Jan, dejando que la masa ensortijada de los cabellos cayera sobre sus hombros. En los ojos de la muchacha brillaba el antiguo orgullo y el antiguo amor, el amor y el orgullo con que Melissa se le aparecía a Jan años atrás, pidiéndole con infantil candidez que la

acompañara en sus juegos y la levantase entre sus brazos robustos y la alegrase con sus risas. Jan se sintió irresistiblemente atraído hacia Melissa y, poseído de alegría, la estrechó entre sus brazos, y los ojos brilláronle de nuevo y el rostro se le llenó con una oleada de vida.

Melissa reía, trémula de gozo, y le ofrecía los labios.

—Hoy no te he gustado —murmuraba—. Nunca más me peinaré así.

Él la besó y después retiró los brazos, que tenía puestos sobre las espaldas de la muchacha.

—Nunca más, nunca más... hasta que hayas dejado de quererme —repetía—. ¡Buenas noches, Jan mío!

Melissa cerró la puerta, y Jan se alejó, atravesó el espacio descubierto, pasó por delante del árbol gigante y se hundió en la fría y silenciosa espesura de la selva. Las últimas palabras de Melissa resonaban todavía en su oído, sentía aún en sus mejillas el tibio calor de los cabellos de la muchacha, y la significación de los acontecimientos de aquel día surgía vivamente en su espíritu, sumiéndolo en una terrible confusión.

¡Catorce años atrás! Se detuvo y miró hacia arriba, hacia el cielo estrellado, cuya luz empalidecía su rostro. Esta noche era igual que aquella otra de antaño. Brillaban las mismas estrellas, como ojos siniestros, que el frío polar endurecía. Había el mismo espacio azul sin nubes, los mismos fulgores sibilantes de la aurora difundiéndose hasta el infinito, los mismos árboles que habían escuchado sus súplicas conmovedoras cuando avanzaba, desfallecido, hacia Lago Bain.

Avanzó hasta llegar a un sitio donde la senda se perdía en un pantano. Recordaba, tan vívidamente como si hubiese ocurrido la víspera, como había cruzado este pantano, como había avanzado, sangriento y muerto de hambre, a través de este paraje intransitable, con el violín debajo del brazo, guiado por los ladridos de los perros, que parecían llegar de un millón de leguas lejos. Jan se internó en el pantano, vadeándolo a través de un camino enmarañado, y no se detuvo hasta llegar a la cúspide de una montaña, desde donde pudo extender su mirada a través de la blanca noche hacia el ilimitado desierto del Norte.

A lo largo de aquellas tierras desiertas había llegado hace años, desafiando cien veces a la muerte, saltando de la cabaña de un trampero a la barraca de un indio, hambriento las más veces, muriendo casi de frío, encendiendo hogueras por la noche para ahuyentar a los lobos y tocando, tocando siempre el violín para sostener su valor... hasta que encontró a Melissa. Catorce años habían transcurrido desde entonces, y el cúmulo de

cosas ocurridas durante este período se desplomaban ante él en este día, Se dio cuenta de esto primeramente cuando Melissa se dirigía hacia él al pie de la montaña; y luego en la cabaña, a cada mirada que dirigía a la muchacha. Ya no era la pequeña Melissa, su hermana, y, sin embargo...

Casi pronunció en voz alta las últimas palabras de Melissa.

—¡Buenas noches, Jan mío!

Ella se le acercó aquel día para que la besase, como lo había hecho centenares de veces; pero él no la besó como antes. Sus labios habían expresado un cariño distinto, y al pensar en lo que había hecho, su rostro se tiñó nuevamente de púrpura. La idea que él tenía del honor era muy otra de la que tenían los hombres que vivían entregados a las pasiones.

Aquello que había removido su sangre y le había hecho temblar con un extraño goce cuando abrazaba a Melissa, constituía para Jan no una sombra de pecado, sino un verdadero sacrilegio contra un ser que le era más precioso que la vida. Melissa se le acercó como una hermana, tiernamente confiada en él, ignorando la tentación que él sentía; mientras que él, Jan Thoreau...

Metió la mano en el interior de la chaqueta y empuñó el rollo de papeles que Juan de Gravois había leído. Luego los fue sacando poco a poco y los estrujó entre sus dedos, mientras, durante unos minutos, contempló fijamente el espectáculo desolador de la grisácea llanura sin árboles.

La mirada de Jan cambió de dirección. Recorría, escudriñadora, las rocas escarpadas que había dejado atrás. Fijábase en los hoyos profundos de la cresta sinuosa de la montaña que dejaba a obscuras la luz de las estrellas. Iba de roca en roca, de árbol en árbol, hasta que al fin se detuvo al pie de un abeto gigante que se erguía el margen de un precipicio, con su copa cimbreante y rumorosa, como si dirigiera algún signo a las rocas negras que surgían entre la nieve quinientos pies más abajo.

Era un árbol extraño, misterioso y oscuro, despojado de ramas y follaje hasta un centenar de pies. Los viajeros solitarios de las tierras desiertas sabían que era un monumento construido por los hombres. Mukee había contado a Jan la historia de este árbol. Un otoño, cuando llegó por primera vez a Lago Bain la mujer de Cummins, Mukee y Per-ee subieron al árbol y lo despojaron de sus ramas hasta no dejar más que la copa. El árbol fue conocido por todos con el nombre de «vara» de la esposa de Cummins. Era un silencioso cenotafio que testimoniaba el respeto y el cariño que aquella mujer inspiraba a la gente de las tierras salvajes.

Jan acercóse al árbol con los papeles en la mano. Hacía dos o tres veranos había visto unos pájaros que depositaban sus provisiones en una hendidura del

tronco, y con los dedos buscaba este escondrijo. Una vez lo hubo hallado, introdujo los papeles, apretándolos cuanto pudo, y cubrió el agujero con trozos de corteza.

—¡Siempre hermana mía... y nada más que esto para Jan Thoreau! —dijo dulcemente en francés, como si hablase a un espíritu yacente en el árbol—. Éste es el honor del desierto blanco, el honor del Polo; esto es lo que Dios nos ha enseñado.

Su voz, que había dejado de temblar, sonaba fuerte y clara, mientras sus brazos se elevaban a lo largo del tronco desnudo y sus ojos miraban la copa silenciosa que oía su juramento.

—Juro que Jan Thoreau no ofenderá nunca a la pequeña Melissa.

Con la faz pálida y resuelta, alejose poco a poco del árbol. A lo lejos, en las desoladas profundidades del pantano, surgía el aullido quejumbroso de un lobo, un grito de hambre espantoso que se extinguía en repercusiones de infinita tristeza. Era como el aullido de un perro al pie de una cabaña donde yace el cadáver de su dueño, y al oírlo Jan, una ola de piedad inundó su corazón. Era el fúnebre lamento de su última esperanza, que había muerto para siempre aquella noche.

Jan escuchaba, y volvió a oír el aullido; pero de pronto, cuando la larga y quejumbrosa voz llegaba a su más alto desespero, prodújose una interrupción brusca, seguida de un chillido agudo como el de un perro a quien se golpea de repente. Un momento después, la selva vibraba con el grito de alerta profunda del lobo que ha descubierto una presa. Apenas se había extinguido el eco de este grito, cuando de lo más profundo del pantano surgió otro, y luego otro de la montaña; y por todos los costados de aquellas tierras desiertas surgieron los gritos de la manada dispersa que respondía a la llamada del compañero que había hallado la caza necesaria con que saciar sus fauces hambrientas.

Todos los gritos eran iguales; en todos aquellos prolongados aullidos vibraba el desespero, excepto en el del lobo que convocaba a los demás a la caza. Transcurrieron unos minutos, y uno de los lastimeros aullidos se trocó en un terrible grito de combate; luego otro y otro y otro, y el ruido de la caza se desplazó rápidamente del pantano a la montaña y luego hacia las tierras desiertas.

—¡Es un caribú! —exclamó Jan, en voz baja—. Un caribú que corre hacia los campos yermos. No hay agua y está perdido.

Jan corrió hacia el árbol y desde allí pudo ver la extensa llanura que se extendía debajo de él. La manada de lobos se dirigió hacia el Oeste y su grito de combate era casi imperceptible. Luego, poco a poco, volvió a subir de

tono, dejándose oír, primero, hacia el Norte, después hacia el Este, y fue acercándose más y más hasta que Jan vio una mancha oscura que corría velozmente a través de la blanca penumbra.

El caribú pasó a la mitad de distancia de un tiro de fusil de Jan; a esta misma distancia le seguían los lobos, desplegados en semicírculo. Sus cuerpos grises avanzaban como espectros formando media luna, y los lobos delanteros se hallaban casi al mismo nivel del caribú a una docena de varas por cada lado.

No se oía ningún grito. Debajo de él, Jan podía ver el pálido brillo del hielo y de la nieve, en un sitio donde en verano había un pequeño lago. El caribú hizo un esfuerzo desesperado por alcanzar este lago. Los lobos avanzaron. La media luna cerró sus puntas extremas hasta convertirse en un círculo. Por la llanura, el lobo delantero se hallaba casi a un paso de la cabeza del fugitivo. Por la montaña avanzaba, muy cerca de la presa, otro lobo. El desenlace fue rápido, decisivo, silencioso.

Momentos después oíase, débilmente, un ruido de mandíbulas que se cierran y de huesos triturados. Maltrecho, desangrándose y todavía palpitante, el caribú sirvió de festín a los lobos hambrientos.

Jan se alejó de aquel lugar, y con el corazón destrozado y sangrante regresó a Lago Bain.

Capítulo XVIII

Mi hermano Jan

Al día siguiente, cuando Jan entró en la cabaña a la hora del almuerzo, su cara mostraba visibles huellas de la lucha que había sostenido la víspera. Cummins ya había salido, y Jan encontró a Melissa sola. Ésta iba peinada como antes, con las trenzas sueltas; y cuando vio entrar al muchacho, cogió las trenzas y las pasó por encima del hombro, haciendo de modo que cayeran por delante. Jan observó este gesto y se sonrió agradecido sin decir palabra.

—¿No te encuentras bien, Jan? —preguntó la muchacha, con ansiedad—. Te veo pálido y con los ojos congestionados.

—Me siento algo mal —repuso Jan esforzándose en mostrarse animoso pero este café me dará nuevos alientos. Tu café es el más rico del mundo, Melissa.

—¿Cómo lo sabes, hermano mío? —dijo ésta. ¿Has probado algún otro fuera del mío desde que regresaste de Churchill y York Factory?

—Sólo el de Iowaka. Pero el tuyo es mejor. Todavía recuerdo la achicoria de la bahía.

—Hace de ello mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó Melissa con dulzura, mirándole por encima de la mesa—. La noche pasada soñé en aquellos tiempos, Jan, aunque no recuerdo nada de tu partida para Churchill. Yo debía de ser muy jovencita. Recuerdo, sin embargo, cuando saliste para Nelson House, y cuán sola me sentí entonces. La última noche que habíamos salido juntos y que juntos nos hallábamos en la bahía contemplando la marea que se llevaba los ataúdes. He visto también el buque que tú me describiste, y soñé

que necesitábamos embarcarnos y no podíamos. ¿No iremos juntos alguna vez a Churchill, Jan, y subiremos a uno de esos buques magníficos?

—Tal vez, Melissa.

—Luego, soñé que tú te habías ido y me quedé sola. Entonces vino a mí un individuo antipático que trataba de llevarme al buque, ¿Qué sueño más absurdo, ¿verdad?

Melissa se rió levemente, mientras se levantaba para darle otra taza de café.

—¿Qué te proponías, Jan Thoreau, al alejarte de mí? —preguntó ella.

—Desquitarme de las veces que tú te alejas de mí en la montaña —contestó Jan vivamente.

Ella se detuvo, con la taza a medio llenar, y Jan, al mirarla, sorprendió en sus ojos una expresión de sorpresa burlona.

—¿Sentías tristeza cuando me alejaba de ti? —inquirió la muchacha.

A despecho de Jan, sus pálidas mejillas se tiñeron de rubor.

—¿A ti qué te parece? —contestó éste en tono equívoco.

—Yo... no... sé —dijo Melissa lentamente, mientras llenaba la taza—. ¿Adónde irás hoy, Jan?

—Hoy iré a Churchill. Ledoq necesita provisiones, y está demasiado ocupado en sus líneas de trampas para que pueda venir.

—¿Quieres llevarme contigo?

—No me atrevo, Melissa. Es un viaje de veinte millas y llevaré mucha carga.

—No importa. Estaré preparada en seguida.

Melissa se alejó de la mesa dando saltos, dirigió a Jan una mirada de gozo y corrió a su habitación.

—Es demasiado lejos, Melissa —exclamó Jan, al verla tan decidida—. Es demasiado lejos, y llevaré mucha carga.

—¿No anduve veinte millas al ir a...? ¡Oh, Jan! ¿No has visto mi nuevo gorro de piel de lince?

—Está aquí fuera, colgado de la pared —contestó Jan, transigiendo, a pesar suyo, ante el entusiasmo de la muchacha—. Pero advierte, Melissa...

—¿Has preparado los perros? —interrumpió ella—. Si no lo hubieses hecho aún, estaré vestida antes de que termines, Jan.

—Estaré aquí dentro de quince minutos —dijo el muchacho, cediendo al fin.

A través de la puerta entornada de la habitación, Jan vio el rostro inundado de alegría de Melissa, que reía ante él, y todo vestigio de oposición

desapareció de su espíritu. Jan recobró el buen humor de otros tiempos y se dirigió corriendo al almacén mientras silbaba una alegre tonada de la selva.

Cuando volvió con el trineo, Melissa le estaba aguardando. Iba envuelta con una plateada piel de lince, y tenía las mejillas, los labios y los ojos encendidos; calzaba unas finas y ajustadas botas de piel de caribú, y llevaba prendido graciosamente en su gorro un brillante manojito de flores rojas.

—He reservado sitio para ti —dijo Jan, saludando y señalando el trineo.

—Que no voy a ocupar durante cinco millas al menos repuso Melissa. ¿No es verdad que hace un tiempo magnífico, Jan? Me parece que voy a poder correr desde aquí hasta casa de Ledoq.

Jan hizo restallar el látigo, lanzó un grito, y los perros avanzaron a través del espacio descubierto. Melissa corría ligera al lado de Jan. Desde su cabaña, Juan y Iowaka les enviaban calurosos saludos de despedida.

—No está lejos el día en que ellos vivirán como tú y yo, Iowaka mía —dijo Juan en su poético *cree*— Apuesto que será antes de su nuevo cumpleaños.

Y Melissa le decía a Jan:

—No creo que exista nadie tan feliz como Juan y Iowaka.

Melissa cobró aliento, y Jan, de un latigazo, lanzó los perros a una marcha desbocada, dejando a la muchacha, jadeante, una docena de pasos atrás. Jan, lanzando un fuerte grito, hizo parar el trineo, y aguardó.

—¡Esto no vale, Jan! Tendré que subir al trineo.

Jan acomodó a Melissa entre las pieles, y los perros prosiguieron su marcha excitados por los latigazos que caían sobre sus lomos, hasta que emprendieron un trote rápido y uniforme a través de la alisada ruta. Jan replegó el látigo y emprendió la carrera al lado del perro delantero. Calzado de mocasines, adoptó el salto corto, rápido y ligero de los corredores del bosque, echó el pecho hacia afuera y fijó la mirada en el camino revuelto que se abría ante sí.

Era un paseo soberbio, y los ojos de Melissa saltaban de alegría. Su cuerpo se estremeció al contemplar el esfuerzo incansable de aquel magnífico y grisáceo tiro de animales. Fijóse en el juego de los músculos de los lomos y de las patas, en el ímpetu ardiente de sus cabezas lobunas, y en los hocicos entreabiertos. Luego miró a Jan. Éste no hacía el menor esfuerzo al correr. Tenía las mejillas un poco coloradas; sus negros cabellos, que flotaban por debajo de su casquete gris, relucían al sol. Lo mismo que los perros, Jan corría de una manera rítmica, y constituía un bello espectáculo de fuerza, de resistencia y de virilidad concentradas en un ser nacido para la vida de los

bosques. Melissa contemplóle con orgullo. Mientras le miraba, su rostro se tiñó de carmín, y Melissa pensó que en el mundo no existía otro hombre como Jan Thoreau.

Milla tras milla avanzaba rápido el trineo, y hasta que no llegaron al pie de la montaña en cuya cima tuvo lugar la lucha con el misionero, Jan no puso los perros al paso. Entonces Melissa saltó del trineo y corrió vivamente al lado de Jan.

—Te desafío a correr hasta arriba, ahora exclamó la muchacha Y si me alcanzas... Sus ojos le miraban con un aire de reto seductor.

Melissa subió escapada por la ladera del monte. Jadeante y sin aliento, Jan la persiguió juntamente con los perros. Pero ella le llevaba demasiada ventaja para que pudiera alcanzarla. Cuando llegó a la cima, vio que la muchacha le aguardaba riéndose burlona.

—¡Eres hermosa como una hada, Melissa! —exclamó Jan, brillándole de admiración los ojos—. ¡Eres más bella que el hada del cuento!

—¡Muchas gracias! ¿La de los cabellos de oro?

—Sí, todos de oro —contestó Jan.

—No puedo concebir una muchacha con cabellos de oro. ¿Y tú, Jan?

Y antes de que él contestara, añadió maliciosamente:

—¿Has visto algunas hadas en Churchill o en York Factory?

—No he visto ninguna que pueda compararse contigo, Melissa.

—¡Muchas gracias, muchas gracias, hermano mío! Veo que todavía me quieres un poco.

—Te quiero más que nunca exclamó Jan vivamente, sin poderse contener.

Mientras proseguían su camino, Jan sintió decaer su alegría y renacer en su corazón la tristeza y la torturadora inquietud de la víspera. «¡Hermano mío, hermano mío, hermano mío!». Estas palabras martilleaban incesantemente su cerebro; parecía que resonaban en sus oídos al ritmo de su paso al lado del trineo. Los pensamientos de la noche precedente se agitaban de nuevo en su espíritu y cobraban ante él cierto relieve.

Por fin llegaron a la cabaña del trampero. Ledoq estaba limpiando el pelo de una piel de zorra. Cuando vio a la hija del factor de Lago Bain acompañada de Jan, corrió vivamente a su encuentro, lanzó su casquete a través de la puerta de la choza y empezó a inclinarse ante Melissa haciendo las mayores reverencias. Años atrás, en la provincia de Lago Bain, asegurábase que Juan de Gravois había perdido a un hermanito; decíase que éste había desaparecido en los bosques. Algunos insinuaban que Ledoq era

este hermanito, pues Gravois y Ledoq tenían la misma estatura y la misma jovialidad y eran como dos gotas de agua en cuanto a vivacidad de lenguaje.

Melissa se rió de buena gana cuando vio que Ledoq seguía inclinándose ante ella y la aturdí con su inagotable y deliciosa charla, expresada en francés.

—¡Ah, estoy encantado de su visita, señorita Melissa! —dijo al final, hablando un momento en inglés.

Luego, irguiéndose como movido por un resorte, se volvió a Jan y dijo:

—¿Ha encontrado a unos forasteros?

—No hemos encontrado a nadie.

Ledoq se quedó perplejo. Desde la cabaña percibíase, a media milla de distancia, la cresta nevada de una montaña. El trampero señaló hacia allí.

—Hace una hora he visto que iban hacia el Oeste a lo largo de la montaña... tres hombres y seis perros. ¿No ha partido nadie de Lago Bain?

—Nadie —contestó Jan—. Debe ser el nuevo agente que viene de Churchill. Le aguardábamos a entrada de invierno. ¡Regresemos en seguida, Melissa, para ver si nos han traído los libros y las cuerdas de violín!

—Ustedes tienen que comer conmigo —objetó Ledoq.

Jan sorprendió una rápida seria de Melissa.

—Hoy no es posible, Ledoq. Todavía es temprano, y traemos provisiones para el camino. ¿Qué opinas, Melissa?

—Si no te encuentras fatigado, Jan...

—¡Fatigado!

Jan descargó el último bulto del trineo, hizo restallar su largo látigo y, juntamente con Melissa, se despidió del diminuto francés.

—¡Cansado! —repetía, corriendo al lado de la muchacha y riéndose silenciosamente, mientras los perros emprendían, ágiles y acompasados, el camino de regreso.

—¿Cómo es posible que me canse, sabiendo que tú me miras, Melissa?

—Yo no me preocuparía si tú te preocupases un poco de ello, Jan. ¿No hay sitio para los dos?

Melissa movió ligeramente los hombros con aire de coquetería, y Jan se colocó, de un salto, en el trineo, y se puso detrás de ella, de rodillas.

—¡Siempre, siempre te lo tengo que pedir! —dijo Melissa, algo enojada. Si no te gusta estar a mi lado, no te acerques.

Su voz vibraba con un tono de reto tan dulce e irresistible, que Jan estuvo unos instantes a punto de ceder a su encanto. Inclínose hacia Melissa, hundió la barba en la plateada piel de lince de su chaqueta y, al tomar aliento, sintió

en su mejilla el suave contacto del rostro de la muchacha. Luego, de repente, lanzó un grito a los perros, un grito tan fuerte que hizo estremecer a Melissa, al tiempo que el látigo, al restallar, se retorció, a veinte pies sobre sus cabezas, como un ser viviente.

Jan saltó del trineo y se puso a correr de nuevo al lado de los perros y a azuzarlos para que corrieran más de prisa, hasta que al llegar a la cresta del monte en la cual Ledoq había visto, dos horas antes, a los extranjeros que se dirigían hacia Lago Bain, moderaron su marcha, fatigados y jadeantes.

—¡Alto! —exclamó Melissa, aprovechando la oportunidad para saltar del trineo—. ¡Eres despiadado con los perros, Jan! ¡Míralos qué cansados están! ¡Jan Thoreau, no te había visto correr así desde aquella noche que fuimos perseguidos por los lobos en las tierras desiertas!

—¿Y no me has visto nunca correr más de prisa? —exclamó Jan, dejándose caer, rendido de fatiga, en el trineo.

Respiró profundamente y dejó caer los brazos para que penetrara mayor cantidad de aire en sus pulmones.

—¿No fue aquella noche cuando oímos a los lobos aullar detrás de nosotros? —preguntó Melissa.

—No, de esto hace ya muchos años. Fue cuando, hallándome lejos, hacia el Sur, supe que mi pequeña Melissa se estaba muriendo de la peste.

Melissa fue a sentarse en el trineo al lado de Jan sin decir palabra, y puso tímidamente una de sus manos entre las manos grandes y morenas del muchacho.

—Cuéntame eso, Jan.

—Esto es todo... No hice más que correr.

—¿Te atreverías a correr tanto por mí ahora?

Jan la miró con decisión, y vio que su rostro había perdido el color.

—Ahora precisamente he corrido por ti... y no te ha gustado —contestó.

—No quiero decir eso —repuso Melissa, levantando los ojos hacia Jan y apretando su mano. —Luego añadió—: Tiempo atrás... hace años y años y años, Jan... tú saliste a combatir la peste y estuviste a punto de perder la vida por mí. ¿Lo harías otra vez?

—Haría más aún, Melissa.

Ella miró a Jan con aire de duda; mirábale como si buscara en su rostro una prueba que confirmara las palabras que el muchacho acababa de pronunciar y que ella no creía del todo sinceras. Jan se levantó poco a poco y levantó al mismo tiempo a Melissa; y cuando lo hubo hecho cogió el rostro de la muchacha entre sus manos y la miró de hito en hito.

—Algún día haré por ti algo de más importancia que todo eso, Melissa, y entonces...

—¿Qué? —exclamó ella, mientras Jan vacilaba.

—Entonces sabrás si te quiero tanto ahora como hace años y años y años —dijo, repitiendo cariñosamente las palabras de Melissa.

Había algo tan extraño en la voz de Jan, que Melissa se quedó un momento pensativa. El muchacho se acercó a los perros; pero cuando volvió al lado de Melissa para arreglarle el asiento del trineo, ésta murmuró:

—¡Deseo que lo hagas pronto, hermano mío!

Capítulo XIX

El nuevo agente y su hijo

Jan y Melissa no comieron nada durante el camino, pero llegaron al campamento a la hora de la cena. Juan de Gravois y Croisset salieron del almacén a recibirlos.

—¡Tiene usted visita! —dijo Juan a Melissa—. Son dos caballeros que acaban de llegar de Londres en el último buque. Uno de ellos es más joven y guapo que su Jan Thoreau. Ambos aguardan en la cabaña donde su papá está preparándoles la cena. Éste les ha dicho que de haber estado usted aquí les habría hecho un café exquisito.

—¡Dos caballeros! —exclamó Jan, cuando Melissa los hubo dejado.

—¿Quiénes son?

—¡El nuevo agente señor Timoteo Dixon, rojo como la viruela y más gordo que un tonel! ¡Y su hijo, que ha venido por capricho, según dice! Pero creo que de permanecer aquí algún tiempo encontrará lo que busca, Jan Thoreau, pues ha mirado con mucho descaro a mi Iowaka, cuando ésta salía del almacén.

—*Mon Dieu!* —dijo riendo Jan, al ver que Gravois hacía tantos aspavientos—. ¿Por qué lo censura, Juan? Sepa que yo miro a Iowaka cada vez que me tropiezo con ella.

—¿No vale realmente la pena? —exclamó Juan en un arrebatado de entusiasmo—. Las miradas de usted no son tomadas nunca a mala parte, Jan Thoreau. En cambio al extranjero lo despellejaría y lo asaría vivo cada vez que mira pérfidamente a mi mujer.

Croisset intervino:

—Una vez llegó un forastero... ¿Se acuerda?

—¡Ya lo creo! —dijo Jan.

Éste miró la cruz blanca que se alzaba sobre la tumba de Mukee en la entrada del bosque, donde un gran abeto proyectaba su sombra al atardecer, a fines de verano.

—Y ese extranjero... murió —dijo Juan de Gravois, apretando los puños—. Que Dios me perdone, pero odio esos cogotes colorados de ultramar.

Croisset se encogió de hombros.

—¡Fomentadores de carne impura, abyecta! —exclamó Croisset ferozmente—. La *charogne*^[9]! Hay dos en Nelson House, dos en la Wholdaia y uno en...

Jan lanzó un grito terrible. Al volverse Croisset rápidamente hacia Jan, vio que éste se hallaba entre sus perros, pálido como la cera y con los negros ojos inflamados, como si delante de él hubiera visto algo terrorífico.

Viendo que Croisset se acercaba, alarmado por la extraña mirada del muchacho, Gravois dio una patada en el suelo.

—¡Válgame Dios! ¡Ha sido una sencilla torcedura de mano! —exclamó gritando—. ¡Otra vez procure que el trineo no vuelque como ahora!

Luego, mientras fingía examinar la mano de Jan, añadió en voz muy baja:

—No hay necesidad de que Croisset se entere.

Jan estuvo a punto de reír cuando vino Croisset a ver lo que había ocurrido.

—¿Quiere encargarse de los perros, Enrique? —preguntó Juan—. No ha sido más que una ligera luxación en el puño; Iowaka se la curará con una untura.

Mientras andaban, el rostro de Jan tenía la misma grisácea blancura de la nieve que brillaba a sus pies. Gravois dijo al muchacho:

—¡No sea loco, Jan Thoreau! En su cabaña hay demasiada gente. Es mejor que se venga a cenar conmigo.

—La *charogne*! —murmuró Jan—. Les bates de *charogne*!

Juan le cogió por el brazo.

—¡Le repito que esto no quiere decir nada, nada! —exclamó, repitiendo lo que le había dicho el día anterior en la cabaña—. Usted es un hombre. Haga un esfuerzo y olvídalo. Nadie, fuera de usted y yo, lo sabe.

—¿No revelará usted nunca a nadie lo que leyó en los papeles? —exclamó Jan, impetuosamente—. ¿Lo jura?

—¡Por el santo nombre de mi madre, lo juro!

—¡En este caso —dijo Jan lentamente—, Melissa no sabrá nunca una palabra!

—¡Nunca! —contestó Gravois.

El moreno rostro de Juan se llenó de alegría al oír la dulce voz de Iowaka, que dentro de la cabaña entonaba un canto *cree* para adormecer a un pequeñuelo.

—¡Algún día Melissa imitará a mi Iowaka; y esto lo hará por usted, Jan Thoreau, del mismo modo que Iowaka canta ahora para mí!

Una hora después, Jan atravesaba poco a poco el espacio abierto para dirigirse a la cabaña de Cummins. Al llegar a la puerta se detuvo un instante y oyó una risa desconocida; luego abrió para entrar, y se quedó perplejo y sin saber qué hacer. Melissa se había levantado de la mesa al oír el ruido de sus pasos. Jan miraba alternativamente el rostro encendido de Melissa y la cara del joven que se hallaba sentado a la parte opuesta de la mesa. El muchacho notó que a Melissa le temblaba nerviosamente la voz al decir:

—Señor Dixon, éste es mi hermano Jan.

El forastero se levantó del asiento y alargó una mano.

—Celebro mucho conocerle, Cummins.

—Thoreau —corrigió Jan, con voz tranquila, mientras estrechaba la mano del otro—. Jan Thoreau.

—¡Oh, le ruego que me perdone! Yo creía.

El señor Dixon miró interrogativamente a Melissa. Ésta, muy ruborizada, empezó a retirar los platos.

—No existe ningún parentesco entre ella y yo —siguió diciendo Jan, recalcando fríamente las palabras, movido por un extraño impulso—. Sólo que, desde que ella vino al mundo, hemos vivido juntos bajo este mismo techo, como si fuéramos hermanos.

—La señorita Melissa me ha contado la magnífica excursión que han hecho esta mañana —exclamó el joven inglés, enrojeciendo ligeramente al observar la turbación de la muchacha ¡Me habría gustado asistir a ella!

—Pronto tendrá ocasión de hacerlas en abundancia —contestó Jan, seducido por el aire de afabilidad de su interlocutor—. Dentro de quince días nuestros corredores saldrán para la región de los tramperos.

—¿Y podré ir con ellos?

—Puede ir conmigo, si está dispuesto a correr. Saldré pasado mañana por la mañana.

—Muchas gracias dijo Dixon, yéndose hacia la puerta.

Cuando éste hubo salido, Melissa permaneció con la cabeza inclinada sobre el pecho. Débilmente exclamó:

—Te hemos aguardado para cenar, Jan. ¿Por qué no has venido más pronto?

—He cenado ya con Gravois —contestó—. Juan me ha dicho que no habría comida suficiente para los cinco, Melissa, y por esto he aceptado su invitación.

Descolgó de la pared la chaqueta de piel que Melissa le había remendado uno o dos días antes, y, echándosela sobre el brazo, se dispuso a salir.

—¡Jan!

Él se volvió lentamente. Sabía que, aunque se esforzara, su actitud era demasiado extravagante para que Melissa dejara de advertirlo.

—¿Por qué partes pasado mañana... dos semanas antes que los demás? Nada me habías dicho.

—Voy a un centenar de millas lejos, hacia el Sur —contestó.

—¿Hacia Nelson House?

—Sí.

—¡Oh! —exclamó Melissa apretando levemente los labios, mientras observaba a Jan. Luego se echó a reír, diciendo:

—Ya comprendo, hermano mío. Perdona que te haya hecho esa pregunta. Había olvidado que la hija de Mac Veigh vive en Nelson House. Iowaka asegura que es dulce y bonita como una flor de la selva. Espero que nos la traigas para que nos haga una visita, Jan.

El semblante de Jan se tiñó de rojo; luego se cubrió de palidez. Melissa no sorprendió más que el primer efecto de su salida caprichosa, y se apresuró a recoger los platos de la mesa.

«Daré una vuelta por la región lacustre de los *crees* antes de ir a ver a los Mac Veigh», estuvo a punto de decir; pero las palabras no brotaron de sus labios, y se quedó silencioso.

Minutos después, Jan estaba hablando con Juan de Gravois. El semblante del diminuto francés aparecía atrozmente sombrío. Mientras Jan le refería por qué había salido una vez para el Sur, Gravois echaba furiosas bocanadas de humo sobre su pipa.

—¡Escaparse! —repetía por décima vez en francés, torciendo sus finos labios en una risa burlona—. Siento que le haya dado mi palabra, Jan Thoreau; de otro modo iría yo mismo a contarle a Melissa lo que leí en los papeles. ¡Pse! ¿Por qué no procura olvidar?

—Algún día... podré —dijo Jan—. Por esto salgo para el Sur dos semanas antes. Así estaré de vuelta después de la fiesta del caribú. Si permaneciese aquí otra semana, se lo contaría todo a Melissa, y entonces...

Jan agitó los hombros desesperadamente.

—Y entonces... ¿qué?

—Desaparecería para siempre.

Gravois hizo castañetear los dedos y se rió sordamente.

—Quédese otra semana, Jan Thoreau, y si eso vuelve a aparecerle como usted dice, juro que haré una atrocidad.

—Partiré pasado mañana.

A la mañana siguiente Iowaka se lamentaba ante Melissa de que su esposo estaba de un humor de mil diablos.

—Le habrá ocurrido algo extraño —decía—. No hace más que agitar las espaldas y decir: «*Le diable!* y ¡el loco!». La última noche no he podido dormir a causa de su mal humor. ¡Parece que le hayan dado un bebedizo!

Melissa expresaba las mismas quejas respecto de Jan. Apenas le había visto en todo el día. A mediodía, Dixon le dijo que había desistido de acompañar a Thoreau en su pequeño viaje para el Sur.

Al día siguiente, por la mañana, Jan había partido antes de que Melissa estuviera levantada. Esto hirió profundamente a la muchacha. Antes, cada vez que salía para un pequeño viaje consagraba a Melissa los últimos momentos. Y esta vez la muchacha había encargado a su padre que entretuviese al nuevo agente y a su hijo en el almacén la víspera al anochecer, a fin de que Jan pudiera despedirse de ella a solas.

Fuera de los momentos en que pensaba en Jan, los días y noches siguientes transcurrieron para Melissa muy agradablemente. El buen humor del nuevo agente corría parejas con su gordura, y su simpatía hacia Melissa era inmensa. En cuanto al joven Dixon era un muchacho bien parecido y de una salud exuberante, y pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de Melissa. A veces, ésta se estaba horas y horas escuchando las cosas que el joven le refería acerca de las tierras maravillosas de ultramar. Del mismo modo que Mac Donald se lo había contado a Jan en Fuerte Churchill, así ahora Dixon se lo contaba a Melissa. El joven inglés llenaba el cerebro de la muchacha con descripciones de las grandes ciudades; trazaba cuadro tras cuadro, pintura tras pintura, hasta que, sobreexcitada por tantas bellezas y maravillas, la imaginación de Melissa bullía tumultuosamente, sin medio de coordinar las ideas que se forjaba de aquel mundo desconocido para ella.

Un día, una semana después que Jan hubo partido, Dixon le habló de las mujeres de su país.

—¿Todas las mujeres son bellas allí? —le preguntó Melissa llena de curiosidad, cuando él hubo acabado.

—Hay muchas bellas, pero no hay ninguna tan bella como usted, Melissa —contestó Dixon, inclinándose hacia ella, con los ojos excitados—. ¿Ignora usted que lo es?

Estas palabras la asustaron de tal modo que Melissa inclinó la cabeza para ocultar la emoción que se reflejaba en su rostro. Jan había expresado a menudo aquellas mismas palabras... le había dicho un centenar de veces que era bella..., pero nunca, al oírlas, se había sentido turbada como ahora.

Eran raras las cosas que Iowaka y Melissa no se contasen, en secreto, entre ellas. Así, un día o dos después, Melissa contó a su amiga lo que Dixon había dicho...

Por primera vez Iowaka abusó de la confianza de su amiga, y se lo dijo a Juan.

—*Le diable!* —exclamó Juan, obscureciéndose su faz. No dijo nada más hasta llegada la noche, cuando los niños estuvieron acostados. Entonces llamó a Iowaka a su lado en el banco que había cerca de la estufa, y preguntó de improviso:

—*Mon ange*^[10], si uno ha hecho un juramento y lo rompe, ¿qué ocurre?

Juan no quiso ver la turbación que se reflejaba en los grandes ojos negros de su esposa.

—Ocurre —siguió diciendo— que será condenado por toda una eternidad, a menos que vaya a confesarse en seguida ante un sacerdote, ¿no es verdad, *ma chérie*^[11]? Y si resulta que no hay un sacerdote a menos de cuatrocientas millas, se corre un gran peligro, ¿no es cierto? Pero... —y añadió, sin aguardar una respuesta— si uno pudiese dejar roto el juramento, sin ser uno mismo quien lo rompiera, ¿qué te parece?

—No sé —dijo Iowaka simplemente, mirándole muy extrañada.

—Ni yo tampoco —exclamó Juan encendiendo la pipa ¡Pero el demonio le haría romper a Juan de Gravois un millar de juramentos si se tratara de ti, Iowa-ka mía!

Brilláronle dulcemente los ojos a Iowaka.

—El alma abandona el cuerpo de una doncella cuando ésta llega a ser la esposa del hombre a quien ama —murmuró tiernamente en *cree*, mientras apoyaba la cabeza sobre el hombro de Juan—. Esto es lo que creen en mi

país, Juan; y si te he dado mi alma, ¿cómo no habría de romper por ti un juramento?

—¿Por mí nada más, Iowaka?

—Por ti nada más.

—¿Y no por un amigo?

—Por nadie más en el mundo, Juan. ¡Tú eres el único a quien el dios de mi país me autoriza a sacrificarlo todo!

—¡Pero yo no creo en ese dios, Iowaka!

—Algunas veces es mejor creer en el dios de mi país que en el tuyo —contestó dulcemente—. Yo creía en él hace quince años cuando vivía en Churchill. ¿Quieres que recobre lo que entonces te di?

Lanzando un profundo grito de alegría, Juan estrujó su cara contra la fina mejilla de su esposa.

—¡Cree en él siempre, Iowaka mía, y cortaré la garganta al primer misionero que diga que tú no irás al paraíso! Pero... volvamos a lo de antes. ¿Estás segura que no romperías un juramento por nadie más que por mí?

—Y por los niños. Ellos son una parte de ti, Juan.

Oyéronse gruñidos y ladridos de perros y Gravois se acercó a la puerta. Luego se dejó sentir la ronca voz de Croisset y el fuerte chasquido de su grande látigo.

—Volveré pronto —dijo Juan, cerrando la puerta tras de sí; pero en vez de reunirse con Croisset y con su feroz jauría, se fue en dirección de la cabaña de Cummins.

—¡El demonio cargue con un juramento! —gruñó entre dientes—. Ni un dios ni el otro me permitirán romperlo, y Iowaka menos que nadie.

Al oír la risa del joven Dixon, que resonaba fuertemente en la cabaña, Juan hizo rechinar los dientes.

«¡Dos locos!...» —prosiguió, hablando consigo mismo—. «Cummins... Jan Thoreau... ¡un par de locos!».

Capítulo XX

Un beso y sus consecuencias

Durante la semana siguiente, los negros ojillos de Juan no se apartaron nunca de la cabaña de Cummins. Sin que nadie lo advirtiera, Gravois vigilaba a Melissa y a Dixon. Ni a Iowaka dijo una sola palabra de las sospechas que abrigaba y que eran mayores cada día. Dixon era un muchacho que se había hecho simpático a casi todos los hombres del campamento. La arrebatadora franqueza de su voz y de su trato, la fuerza que revelaban sus anchas espaldas, y, en general, el aire de camaradería que irradiaba de su persona habían seducido a todos excepto a Juan.

Los corredores de las líneas de trampas empezaron a salir del campamento a fines de la segunda semana. A partir de entonces, Melissa y el joven inglés estuvieron más juntos que nunca. Dixon no mostraba ningún deseo de acompañar a los trineos, y cuando todos hubieron partido, él y Melissa empezaron a dar grandes paseos por el bosque, a la hora en que el sol era más cálido.

Uno de aquellos días, Juan estaba corriendo las inmediaciones del pantano, situado entre las tierras desiertas y la región elevada del bosque. Mientras estaba examinando las huellas de un lince que había cruzado recientemente el sendero marcado por un trineo, oyó, delante de él, rumor de voces. Un momento después pudo reconocer la voz de Melissa y de Dixon. A Juan se le ensombreció la faz, y sus ojos despedían chispas.

—¡Ah si yo fuera tan sólo Jan Thoreau... un Jan Thoreau con el corazón de Juan de Gravois..., qué sorpresa le daba a ese forastero! —se dijo a sí mismo, ocultándose rápidamente entre los árboles.

A través de la maleza, Juan vigilaba todos los movimientos de la pareja. Cuando vio que Dixon osaba poner la mano en el brazo de Melissa, su noble corazón palpitó de ira. Andaban muy lentamente, y el joven se encorvaba hasta tocar con la suya la cabeza de la muchacha y hablaba a ésta con inusitado calor. De repente, el joven se detuvo, y, antes de que Gravois pudiera explicarse lo que había mediado, se echó sobre Melissa y la besó.

Lanzando un grito apagado, Melissa se desasíó de Dixon. Durante un momento, ella miró altivamente y con ojos indignados al joven inglés, que se reía ante ella. Luego se volvió y se puso a correr rápidamente hacia el campamento.

Un nuevo grito de espanto escapó de los labios de la muchacha al encontrarse cara a cara con Juan de Gravois. En la faz del diminuto francés se dibujaba una sonrisa. Sus ojos fulguraban como negros diamantes.

—¡Juan, Juan! —dijo Melissa sollozando, mientras corría hacia él.

—Dixon la ha ofendido —dijo Juan, en voz baja, sonriéndose ante el rostro demudado de la muchacha—. Corra hacia el campamento, *ma belle Melisse*.

Vuelto a medias hacia el asombrado inglés, Juan siguió a Melissa con la mirada, hasta que desapareció en una revuelta del camino, un centenar de metros más lejos. Entonces se encaró con Dixon.

—Es la primera vez que alguien insulta a nuestra Melissa —díjole, hablando tan serenamente como si se hallara ante un niño—. Si Jan Thoreau estuviera aquí, le mataría. Como está fuera, le mataré yo en lugar de él.

Juan avanzó mostrando a través de su sonrisa los blancos y brillantes dientes. Hasta que se hubo lanzado como un gato a la garganta de Dixon, éste no creyó que intentara atacarle. Al convencerse de ello, Dixon se echó a un lado con la rapidez del relámpago y asestó a Juan un tremendo puñetazo en la cabeza, que lo tumbó de espaldas.

Gravois se levantó medio aturdido. No oyó el chillido de terror que había llegado de la revuelta del camino, ni volvió la cabeza para mirar si Melissa estaba allí. Pero Dixon, que había oído a la muchacha, se reía de Juan de una manera provocativa, mientras éste, más precavido que antes, se dirigía de nuevo hacia el inglés.

Era la primera vez que Juan se las había con la ciencia. De nuevo se lanzó contra su adversario, saltando ágilmente como un gato, y recibiendo otro golpe que le hizo ver las estrellas. Pero esta vez se mantuvo firme sobre sus pies.

—¡Bah! ¡Esto es como si luchase con un chiquillo! —exclamó Dixon—. ¿Por qué trata de pelear conmigo, Gravois? ¿Acaso es un crimen besar a una muchacha?

—¡Voy a matarle! —dijo Juan tan fríamente como antes.

En su voz había un acento de calma y de firmeza que daba miedo. Juan no estaba excitado, ni espantado. Sus dedos no iban en busca del largo cuchillo del cinturón. Poco a poco la risa fue desapareciendo del rostro de Dixon, y su rostro se contrajo cuando vio que Juan daba vueltas en torno de él.

—¡Vamos, Juan! ¿Por qué hemos de querellarnos así? —insistió Dixon—. Sentiría que Melissa se disgustase.

—Voy a matarle replicó Juan.

Sus ojos revelaban claramente que su intención era ésta. Aquellos ojos le inspiraban a Dixon un miedo terrible. Los ojos de Juan le seguían incesantemente y aparecían cada vez más inflamados. Las mejillas del francés se tiñeron de púrpura, y éste se rió sordamente cuando, al embestir a su adversario, el inglés marró el golpe.

La ciencia del hombre de la selva se imponía ahora a la del hombre civilizado. Juan había jugado por gusto con lince heridos; poseía la vista y el instinto certeros del hombre adiestrado en el manejo del fusil, la vista y el instinto de los perros de trineo cuyos agudos colmillos causan instantáneamente la muerte.

Juan se acercó por tercera y cuarta vez al inglés, logrando escapar a sus golpes. Luego, tiró a medias del cuchillo; a este gesto, Dixon dio un salto atrás y se cayó al suelo. Sonriéndose, Gravois desenvainó la daga y la tiró al suelo detrás de él. Sus ojos miraban fijamente al inglés como los de una serpiente, y los músculos de su cuerpo, tensos como cuerdas de acero, se disponían a entrar en juego a la primera ocasión.

En ésta, como en todas las luchas, hubo sus artimañas, y Dixon fue víctima de una de ellas. Éste había dejado caer los brazos a ambos costados, dando ocasión a que Juan se le acercase. Súbitamente el pequeño francés se enarcó. Sus relucientes ojos miraron alternativamente al inglés y al suelo, detrás de sí, y sus labios dejaron escapar un penetrante chillido. A pesar suyo, Dixon tembló, volviendo a medias el rostro, y antes de que hubiese podido ponerse en guardia, Gravois se deslizó por debajo de sus brazos, lanzándose con toda la fuerza de su cuerpo contra las rodillas de su antagonista.

Ambos rodaron por el suelo. No prevalecía ahora más que una ciencia... la del hombre del bosque. Los dedos flexibles y morenos, capaces de estrangular a un lince, agarrotaron el cuello del inglés, y de la garganta de éste

salía un quejido ahogado, que iba debilitándose a medida que la presión aumentaba.

—¡Le mataré! —dijo Juan nuevamente.

Los brazos de Dixon cayeron inertes a ambos lados. Los ojos se le salían de sus órbitas y abría la boca desesperadamente, pero Juan nada veía. Con el rostro hundido en el pecho del otro, Gravois concentraba toda su energía y atención en las manos. Y no habría levantado la cabeza durante un largo minuto si de repente no se hubiese visto interrumpido por los gritos de terror de Melissa y por los frenéticos estirones que sentía en sus alanos.

—¡Está muerto! —gritó la muchacha—. ¡Lo ha matado, Juan!

Gravois aflojó los dedos y se incorporó. Melissa retrocedió, temblorosa, con las manos cruzadas sobre el pecho y con el rostro lívido y desencajado.

—¡Lo ha matado!

Juan miró los ojos de Dixon.

—No, todavía vive —dijo, levantándose y acercándose a Melissa—. Ve, *ma chère*^[12], corre a mi casa, al lado de Iowaka. No le mataré.

El esbelto cuerpo de Melissa temblaba, sacudidos todos sus miembros por los desesperados sollozos que salían de su pecho, mientras Juan la conducía hacia el camino para que regresara al campamento.

—Corre al lado de Iowaka —le repetía cariñosamente—. No lo mataré, Melissa.

Juan volvió al lugar donde yacía Dixon, y, cogiendo un puñado de nieve, frotó con ella el rostro del muchacho.

—*Mon Dieu!* ¡Un poco más y se muere! —exclamó, al observar que los ojos de Dixon empezaban a dar señales de vida—. ¡Un poco más, y acaba como el misionero!

Arrastró al inglés hasta el borde del camino, y lo dejó sentado de espaldas contra un árbol. Cuando vio que su adversario empezaba a respirar más fuertemente, se fue poco a poco detrás de Melissa.

Sin que nadie le viera, penetró en el almacén y se limpió la sangre del rostro. Al mirarse en el pequeño espejo colgado sobre el lavabo, Gravois se puso a reír, enormemente satisfecho de su hazaña.

—¡Ah Iowaka mía, Si supieras que Juan de Gravois acaba de recibir en la cabeza un par de tortas morrocotudas que por poco le dejan seco! ¡Por todo el oro del mundo no querría que lo hubieras presenciado!

Momentos después, Juan entró en su cabaña. Iowaka y los niños se hallaban en la cabaña de Croisset, y Juan se sentó y encendió la pipa. No bien

acababa de echar las primeras bocanadas de humo, abrióse la puerta y entró Melissa.

—¡Hola, *ma chérie!* —exclamó, riéndose alegremente, envuelto en una nube de humo.

De un gesto, Melissa se quitó el chal de la cabeza se puso de rodillas a los pies de Juan. Sofocada, casi sin aliento y trastornada por los continuos sollozos, la muchacha alzó su pálido rostro con aire suplicante.

—¡Juan, Juan! —exclamó, alzando los brazos ¡Prométame que no lo diré nunca a Jan... prométame que no lo diré nunca a Jan... nunca, nunca, nunca!

—Yo no le diré nada, Melissa.

—¿Nunca?

—Nunca.

Lanzando un profundo suspiro, Melissa dejó caer la cabeza sobre las rodillas de Juan. Luego, de súbito, atrajo hacia sí el rostro de Gravois y lo besó.

—¡Gracias, Juan, por lo que ha hecho!

—*Mon Dieu!* —exclamó Gravois, cuando Melissa hubo salido. ¿Qué habría ocurrido si Iowaka se encuentra aquí?

Capítulo XXI

Un corazón destrozado

Un día después de la lucha en el bosque, Dixon encontró a Juan de Gravois que iba solo y se dirigió hacia él.

—Gravois, ¿quiere estrechar mi mano? —preguntó Dixon—. He de darle las gracias por lo que hizo usted ayer conmigo. Me lo tuvo bien merecido. He ido a pedir a Melissa que me perdone..., y necesito estrecharle a usted la mano.

Juan se quedó aterrado. Nunca había encontrado tipo así.

—¿Por qué no? —exclamó, una vez vuelto de asombro—. ¡Sí, quiero que estrechemos nuestras manos!

En lo sucesivo, durante muchos días, Juan pudo ver que Melissa evitaba su presencia. Ésta no iba a visitar a Iowaka cuando Juan se hallaba en la cabaña.

Melissa y Dixon no salieron de nuevo a pasear por el bosque.

El joven inglés se pasaba la mayoría del tiempo en el almacén; y antes de que los tramperos empezasen a llegar al campamento, salió con Croisset para un viaje de tres días.

Este cambio encantó a Juan. La primera vez que desde el día de la pelea encontró a Melissa, sus ojos brillaron de placer.

—Jan estará seguramente de vuelta muy pronto —le dijo gritando—. ¿Qué pensará Jan si los pájaros le cuentan lo que ocurrió en la montaña?

Melissa se puso colorada.

—Tal vez los mismos pájaros nos cuenten lo que ha ocurrido allá lejos, en Nelson House, Juan —replicó la muchacha.

—¡Pse! ¡Jan Thoreau no daría la punta del dedo meñique por la hija de Mac Veigh! —repuso Juan, presto a la defensa de su amigo.

—Mac Veigh es bonita —dijo Melissa, riendo y me consta que a los hombres como... les gusta que... Ya me entiende.

Juan se cuadró ante ella, pavoneándose.

—¿Soy guapo yo, Melissa?

—No...o...o...

—Entonces, ¿por qué —Juan hizo un sugestivo movimiento de hombros — en la cabaña...?

—Porque es usted valiente, Juan. Y a mí me gustan los hombres valientes.

—¿De modo que está usted contenta de que castigase al forastero?

Melissa no contestó, pero Juan pudo observar que, al marcharse, apuntaba la sonrisa en el rostro de la muchacha.

—Vuelve, Jan Thoreau —murmuró para sí, al dirigirse al almacén—. Vuelve, vuelve, vuelve, porque la pequeña Melissa está hecha una pícara que ha aprendido a hacer jugar los ojillos.

Entre los primeros tramperos que llegaron al campamento cargados con sus pieles se hallaba Mac Veigh.

Éste te trajo la noticia de que Jan se había ido hacia al Sur y que trataba de pasar la fiesta del año en Nelson House. Cummins dijo a Melissa de quién partía la noticia, y, sin advertir el ligero cambio que se había producido en el semblante de su hija, prosiguió:

—No me explico esto de Jan. Él hace falta aquí durante la fiesta del caribú. ¿Sabes tú tal vez por qué se ha ido a Nelson House?

Melissa movió negativamente la cabeza.

—Mac Veigh dice que allí le han ofrecido el cargo de jefe —continuó diciendo el factor—. ¡Me extraña que no me haya dicho una palabra!

Jan regresó a Lago Bain una semana después de la fiesta del caribú. Melissa lo vio llegar por el camino de Churchill; pero aunque su corazón palpitaba con toda su fuerza, la muchacha se esforzó en aparentar ante Jan la misma tranquila indiferencia con que éste había partido seis semanas antes. La frialdad con que Jan se había despedido depositó en el pecho de Melissa un dejo de amargura. Jan no la había besado, ni le había consagrado siquiera la última velada.

Pero cuando Jan Thoreau penetraba lentamente por la puerta de la cabaña, Melissa estaba muy lejos de sospechar el cambio que en él se había operado. Llevaba los cabellos muy largos y la cara cubierta de pelo. De pie ante Melissa, sus ojos revelaban un íntimo goce, pero no brillaban con el ardor de

otros tiempos. En su actitud había algo extraño y en su mirada una visible inquietud, que despertaron cierto recelo en la muchacha, aun antes de que Jan hablase. Ella no había conocido nunca a ese Jan, y su coraje la abandonó al acercarse a él, extrañada, silenciosa, con los brazos levantados para abrazarle.

—¡Jan! —exclamó.

Tenía la voz trémula, los labios temblorosos. Los ojos le miraban a Jan con la dulce y suplicante expresión de otras veces; ante esta mirada, Jan inclinó su desgreñada cabeza y estrechó fuertemente entre las suyas las manos de la muchacha. Ambos permanecieron silenciosos un minuto, que les pareció un siglo. Al fin, Jan rompió a hablar.

—Estoy contento de verte de nuevo, Melissa. Me parecía que llevaba ya un siglo sin hablarte.

Jan levantó los ojos. Ante su mirada, la muchacha retrocedió involuntariamente, desasiendo sus manos de las de Jan. En aquella mirada no había la menor expresión de cariño ni de camaradería. Inescrutables, sin reflejar la menor emoción, los ojos de Jan se posaron luego en el violín colgado de la pared.

—Hace tanto tiempo que no lo he tocado —dijo volviéndose hacia Melissa—, que temo lo haya olvidado por completo.

Descolgó el instrumento, y los dedos se le movían torpemente. Brillándole los dientes a través de la barba, exclamó:

—¡Ah, tendrías que tocar en lugar mío, Melissa! Jan Thoreau ya no se acuerda.

Y entregó el instrumento a la muchacha.

—No, ahora no, Jan —dijo ella, un poco trémula—. Tocaré por la noche.

Melissa se dirigió a la puerta de su habitación y se quedó un momento vacilante, de espaldas a Jan. Al fin, dijo:

—¿Vendrás a cenar, Jan?

—Seguramente, Melissa, si me preparas algo.

Jan colgó el violín mientras ella cerraba la puerta de su cuarto, y salió de la cabaña. Juan de Gravois y Iowaka acechaban su salida, y Juan corrió a su encuentro atravesando el espacio descubierto.

—Vengo a ofrecerle mi navaja —gritó alegremente—. Iowaka dice que si los tramperos le ven lo tomarán por un oso.

—Un oso es un buen espantamoscas —repuso Jan—. Se acerca el verano y las moscardas se enamoran de mí. Vámonos afuera, Gravois; he de hablar con usted.

Fuéronse al fondo del bosque, al sitio donde acostumbraban cortar leña, y se sentaron el uno frente del otro. Jan hablaba en francés.

—Desde que salí de Lago Bain he ido muy lejos —dijo—. Primero fui a Nelson House, y de allí me dirigí a Wholdaia. Los encontré en Nelson House, pero no en Wholdaia.

—¿Qué? —preguntó Juan, a pesar de saber lo que el otro quería decir.

—A mis hermanos, Juan de Gravois —contestó Jan—. ¡Mis hermanos, *les bêtes de charogne*^[13]!

—El diablo cargue con Croisset por haberle dicho dónde están —rugió Juan.

—Los vi en Nelson House —continuó Jan—. Uno de ellos es medio idiota, y el otro —al decir esto Juan encogió de hombros— es algo peor. Petraud, uno de los que estaban en Wholdaia, fue muerto el pasado invierno por el padre de una *cree* a la cual había deshonrado. El otro desapareció.

Juan permaneció un momento silencioso, con la cabeza hacia adelante, metida entre las manos.

—¡Ya ve usted, Juan de Gravois, qué género de criatura es su amigo Jan Thoreau!

Gravois levantó la cabeza hasta que sus ojos estuvieron al mismo nivel que los de su compañero.

—Veo que está usted más loco que nunca —dijo tranquilamente ¡Jan Thoreau, me dan ganas de romper el juramento y de decírselo todo a Melissa!

Ambos se miraron impertérritos. Los ojos de Jan centellearon. Poco a poco desenvainó su largo cuchillo y lo colocó a sus pies sobre la nieve, con la afilada punta de la hoja dirigida hacia Gravois. Lanzando un grito, Juan se levantó de un salto.

—¿Qué significa esto, Jan Thoreau? ¿Pretende desafiar a quien ha arriesgado la vida por usted y que le quiere como a un hermano?

—Sí —dijo Jan con decisión—. ¡A usted, Juan, le quiero más que a ningún otro hombre en el mundo; sin embargo, le mataré si intenta traicionarme cerca de Melissa!

Púsose de pie y alargó la mano al pequeño francés.

—Juan, ¿no es verdad que usted haría lo mismo? ¿No es verdad que habría hecho lo mismo por Iowaka?

Gravois permaneció unos instantes silencioso.

—Yo habría compartido su amor sin decirle palabra —contestó—. Esto no afecta para nada a nuestro honor, Jan Thoreau. Yo habría ido hacia ella, como usted debiera ir hacia Melissa, y ella me hubiera abierto los brazos, del

mismo modo que Melissa le abriría los suyos. Esto es lo que yo hubiera hecho.

—Y esto es precisamente lo que yo no haré nunca —dijo Jan con decisión; dirigiéndose hacia el campamento—. Antes me mataré. He aquí todo cuanto le tenía que decir, Juan. ¡Nadie, fuera de usted y de mí, debe saber nunca una palabra!

—¡Cómo me gustaría apretarle el pescuezo a ese estúpido de Croisset por haberle hecho ir a Nelson House y a la Wholdaia para conocer a aquella gentuza!

—¡Ha sido mejor para mí!

Cuando regresaban del bosque vieron a Melissa que acababa de visitar a Iowaka. Ambos la saludaron con las manos, y Jan atravesó el espacio descubierta y penetró en el almacén.

Tan pronto como estuvo seguro de no haber sido visto, Juan se dirigió a la cabaña de Cummins. Al saludar lo hizo con menos zalamería que de costumbre, observando que Melissa no estaba tampoco de muy buen humor. Ésta tenía los ojos enrojecidos, lo cual demostraba que acababa de llorar.

—Melissa —díjole al fin, fija la mirada en el sombrero que tenía entre las manos se ha producido en Jan un cambio enorme.

—Un cambio muy grande, Juan. Juraría que Jan ha sufrido en Nelson House un terrible desengaño.

Gravois notó un acento extraño en la voz de la muchacha, cuyos labios temblaban al hablar. Permaneció un instante ante ella sin decir palabra; luego, dejó caer al suelo su sombrero y cogió los brazos de Melissa.

—¡Sí, Jan Thoreau ha sufrido un gran disgusto! —exclamó Gravois, con los ojos inflamados—. Pero ese disgusto no se debe a ningún individuo de Nelson House. ¡Este disgusto es debido a... usted!

—¡A mí! —exclamó ella, a tiempo que retrocedía y lanzaba un gemido—. ¡Qué tengo yo la culpa de...!

—No he dicho eso —interrumpió Juan—. He dicho solamente que Jan sufre ese disgusto a causa de usted. *Mon Dieu!* Si al menos se lo pudiera explicar claramente...

—¡Dígalo... dígalo, Juan! ¿Por qué no me lo dice? —preguntó Melissa. Y al decir esto cogía a Juan por los hombros—. ¡Dígame qué es lo que he hecho..., qué es lo que puedo hacer, Juan!

—Yo no puedo decir más que esto, y nada más que esto —repuso Juan, con tranquilidad—. Sepa únicamente una cosa, *ma chérie*... que Jan Thoreau sufre un dolor terrible, y que este dolor es la causa del cambio que en él se ha

producido. Yo sé de qué se trata, pero juré que nunca diría una palabra. ¡Usted es quien debe averiguarlo por sí misma, pero al hacerlo procure demostrarle que sigue queriéndole lo mismo!

El rostro de Melissa, que aparecía blanco como la cera, volvió a recobrar el color.

—¿Que yo siga queriéndole lo mismo?

—Sí. Y no como una hermana, Melissa, sino como una mujer.

Capítulo XXII

La promesa de Melissa

Gravois no se detuvo en mirar el efecto de sus últimas palabras. Comprendió únicamente, mientras se dirigía hacia la puerta, que Melissa le seguía con la mirada y que, si él se hubiera vuelto, la muchacha le habría dirigido nuevas preguntas. Apresuróse, pues, a cerrar la puerta tras de sí, temiendo haber dicho ya demasiado.

Cummins y Jan llegaron juntos a la hora de cenar. El factor estaba de un humor excelente. Por la mañana, un indio llegado de Porcupine había traído dos zorras plateadas... y el día antes había regresado Jan: un par de acontecimientos que le alegraban infinito.

Melissa se sentó a la mesa, al lado opuesto de Jan. Llevaba un manojito de flores rojas prendido en sus finas trenzas y otro manojito en el pecho, pero Jan no dio muestras ni hizo señal alguna de haberse dado cuenta. Limitóse a sonreír ante Melissa, pero en el fondo de sus ojos negros notábase una manifiesta frialdad que dejó cohibida y confusa a la muchacha.

—¿Ha preparado Mac Veigh su nueva línea de trampas? —inquirió Cummins, después de hacerle varias preguntas relacionadas con su último viaje.

—No lo sé —contestó Jan—. No fui a ver a los Mac Veigh.

A intento, al decir esto, desvió la mirada. Melissa adivinó el esfuerzo de Jan, y de súbito sus mejillas se cubrieron de rubor.

—Fue Mac Veigh quien nos trajo noticias de usted siguió diciendo el factor, ignorando el efecto que podían causar estas palabras.

—Lo encontré en la región lacustre de los *crees*, pero no me dijo una palabra de su línea de trampas.

Jan se levantó de la mesa al mismo tiempo que Cummins, dispuesto a salir con él. Melissa se interpuso. Durante un momento su mano descansó sobre el brazo de Jan.

—Quédate, Jan dijo Melissa, sonriendo Me ayudarás a arreglar los platos. Luego, tocaremos el violín.

Cuando Cummins hubo salido, Melissa hizo sentar a Jan en una silla, y ató un delantal a sus espaldas.

—Cierra los ojos... y no te muevas —ordenó la muchacha.

Luego, riéndose de la cara de sorpresa que ponía Jan, corrió a su habitación. Poco después volvió, con una mano en la espalda. La sangre se le alborotó a Jan cuando sintió que las manos de Melissa se posaban suavemente sobre sus largos cabellos. Oyó el ruido de unas tijeras, acompañado de una leve risa nerviosa, y luego un continuo tijereteo.

—¡Están muy largos, Jan! —dijo Melissa acariciando el barbudo rostro del muchacho.

—¡Uf! —exclamó luego, estremeciéndose—. Tienes que quitarte ese pelo...

—¿Por qué? —preguntó Jan, no sabiendo qué decir.

Melissa inclinó la cabeza hasta tocar con las suyas las mejillas de Jan.

—Porque parecen cerdas murmuró.

La muchacha, que estaba muy encarnada, se quedó silenciosa, y las tijeras brincaron más rápidamente entre sus dedos.

—Este verano iré a vigilar el gran pantano a lo largo de las tierras desiertas —dijo de pronto Jan, riéndose para descargar su ánimo—. La barba me protegerá contra las moscardas.

—Ya te crecerá otra para entonces —repuso Melissa.

Ésta le quitó el delantal y se lo mostró para que viera el resultado de su trabajo. Jan levantó los ojos, sonriendo.

—Gracias, Melissa. ¿Recuerdas la última vez que me cortaste el pelo?

—Si... fue en la montaña. Habíamos tomado las tijeras para cortar flores. Pero tú, con el pelo largo, tenías un aspecto tan salvaje, que te hice sentar en una roca y te lo corté.

—Y me cortaste, además, la oreja —exclamó Jan.

—Eso fue porque me hiciste enfadar —replicó Melissa vivamente.

Ésta se dirigió al bufete, situado detrás de la estufa, y sacó el jabón y la navaja de afeitar de su padre.

—Me he empeñado en que te afeites —dijo Melissa, con aire resuelto, mientras agitaba el jabón que había echado en la vasija—. ¡Con este pelo me das miedo!

—¿Te doy miedo?

Jan se miró en el pequeño espejo que tenía ante sí, y volvió la cabeza de un lado para otro. Melissa le entregó la pequeña vasija y la navaja.

—No te pareces en nada al Jan que estaba acostumbrada a ver de vez en cuando. Estás muy cambiado desde... desde...

La muchacha vacilaba.

—¿Desde cuándo, Melissa?

—Desde el día que fuimos a la montaña y cambié mi peinado. —Y añadió con graciosa sencillez—: No he intentado hacerlo nunca más, Jan.

A través del espejo, Melissa advirtió que Jan la miraba furtivamente con ojos inquisidores. Cuando, éste se dio cuenta de que ella le observaba, desvió la vista en un instante. Melissa se fue a colgar los platos que había lavado, mientras Jan se afeitaba. Luego descolgó el violín y empezó a tocar, en tanto que con su voz dulce y suave entonaba una melodía *cree* que Iowaka la había enseñado durante el viaje de Jan a Nelson House y a la Wholdaia.

Jan la miró sorprendido y con ojos, encandilados. Los labios de Melissa desgranaban las notas de un canto de amor, tierno lamento de una doncella, india enamorada, impregnado de infinita tristeza y desespero. Jan conocía este canto. Era un canto *cree*. Él lo había oído otras veces, pero no como ahora, exhalando sus quejas a través de los apagados sonos del violín y de la voz trémula, hondamente emocionada, de Melissa.

Jan permaneció silencioso hasta que ella hubo terminado, fija su mirada en el rostro inclinado de la muchacha. Cuando ésta levantó los ojos, Jan pudo ver que los tenía bañados de lágrimas.

—¡Es maravilloso, Melissa! Has tocado muy bien.

—¡Gracias, Jan!

Melissa volvió a tocar, susurrando con exquisita delicadeza la música sin palabras que Jan le había enseñado. Al final la muchacha le cedió el violín.

—Ahora tienes que tocar tú.

—Lo tengo casi olvidado, Melissa.

La muchacha se quedó sorprendida de ver cuán torpemente Jan manejaba las cuerdas del instrumento. Mientras le observaba, temblábale el corazón, presa de inquietud. No era el Jan de antes el que tocaba ahora delante de ella, sino un Jan muy distinto. Los ojos del muchacho reflejaban una profunda tristeza y desencanto, y el violín sonaba ahora fríamente entre sus dedos.

Saltó, distraído, de una música a otra, y al cabo de unos minutos abandonó el instrumento.

Sin decir palabra, Melissa se levantó de la silla y colgó el violín en la pared.

—Tendrás que ejercitarte mucho dijo ella tranquilamente.

Jan se había levantado también de su asiento; y cuando la muchacha se volvió hacia él, Jan tenía el sombrero en la mano. En los ojos de Melissa dibujóse la más viva sorpresa.

—¿Te vas, Jan?

—Estoy fatigado —exclamó él, excusándose—. Llevo dos días sin dormir, Melissa. ¡Buenas noches!

Al llegar a la puerta dirigió una sonrisa a la muchacha, pero sus «Buenas noches» habían sonado muy fríamente. Al salir, Jan tiritaba. Por la luz de las estrellas conoció que había salido de la cabaña bastante tarde.

Ahogando, el dolor que le había causado su último encuentro con Melisa, Jan atravesó el almacén de Compañía.

Cummins penetró en la cabaña ya muy entrada la noche. Melissa no se había acostado todavía. Él miró vivamente a su hija por encima del hombro, mientras colgaba la chaqueta y el sombrero.

—¿Ha ocurrido algo entre tú y Jan? —preguntó de golpe. ¿Cómo es que llorabas?

—No haga caso. Muchas veces se me vienen las lágrimas a los ojos cuando toco el violín, padre. Pero entre Jan y yo no ha ocurrido nada. Sólo que yo... yo no me explico...

Ella se detuvo, esforzándose en contener los sollozos que se le agolpaban en la garganta.

—Ni yo tampoco me lo explico —exclamó el factor, acercándose a la estufa para encender la pipa—. Esta noche ha presentado su dimisión como empleado de la Compañía. —Pero, ¿se irá... del campamento?— preguntó Melissa.

—Ha abandonado el trabajo —replicó Cummins—. Esto significa que no permanecerá mucho tiempo en el Lago Bain. Jan ha dicho que se iba hacia los bosques probablemente a la región de Atabasca, donde vivía Gravois. ¿Te ha dicho a ti algo?

—Ni una palabra contestó Melissa.

Ésta, de rodillas ante la pequeña estantería de libros: tenía los ojos nublados por las lágrimas y contenía el aliento, luchando con todas sus fuerzas para dominarse antes de mirar de nuevo a su padre. En aquel

momento el factor penetró en la habitación, y la muchacha aprovechó esta oportunidad para deslizarse a la suya... lanzando un «Buenas noches» a través de la puerta entornada.

A partir del día siguiente, Croisset quedó encargado de ir a lo largo de las tierras desiertas en busca de carne. Gravois encontró a Jan en plan de llenar de provisiones su zurrón. Era la primera vez que se veían desde que Gravois se había enterado de que Jan abandonaba los servicios.

—*Diable!* —gruñó Gravois, de pie ante Jan, mientras éste metía la harina y la sal en un saco de caucho—. *Diable!*, repito, señor Jan Thoreau.

Jan levantó los ojos, sonriéndose, para ver al diminuto francés, que temblaba de ira.

—*Bon jour*, señor Juan de Gravois —contestó Jan, riendo, vuelto de espaldas a su amigo—. Ya lo ve; me voy a vivir entre las zorras.

—¡Entre los diablos! —vociferó Juan.

—No, entre las zorras, querido Juan. Estoy cansado de vivir en el campamento. Creo que emplearé mejor el tiempo entre los pantanos del Oeste. ¡Piénselo bien, Juan! ¡Hace muchos años que usted ha abandonado aquella región, y las zorras la estarán devastando!

Los finos labios de Juan ahogaron un gruñido.

—¡Por todos los santos! ¡Y yo que...!

Gravois giró sobre sus talones y se fue derecho a ver a Melissa.

—Jan Thoreau abandona el campamento dijo ferozmente a la muchacha, avanzando el pecho y mirándola con expresión acusadora.

—Así me lo ha dicho mi padre dijo Melissa.

La muchacha tenía el rostro descolorido y los ojos ribeteados de rojo, pero hablaba con una calma extraordinaria.

—*Mon Dieu!* —exclamó Juan, gruñendo de nuevo ¡Veo que se lo toma con bastante frescura!

Momentos después, Melissa vio a Jan que salía del almacén. Cuando éste entró en la cabaña, su cara revelaba la lucha que estaba sosteniendo consigo mismo, pero su voz delataba la mayor tranquilidad.

—Vengo a despedirme de ti, Melissa —dijo Jan—. Me voy hacia las tierras desiertas para encargarme de una importante línea de trampas.

—¡Que tengas mucha suerte, Jan!

La voz de Melissa vibraba también con una dureza casi metálica.

Por primera vez en su vida Jan alargó la mano a Melissa. Ésta sintió un ligero estremecimiento, y de repente la sangre se le agolpó al rostro. Luego, alargó la mano a Jan y lo miró de frente, sin bajar los ojos.

—Aguarda un momento solicitó Melisa.

La muchacha corrió a su habitación, y reapareció al cabo de un instante. Tenía ahora las mejillas encendidas y brillábanle intensamente los ojos. Había deshecho sus trenzas y lucía un nuevo peinado —el que correspondía a una mujer—, en el que se destacaban unas cuantas florecillas rojas. Melissa se acercó a él de nuevo y volvió a darle la mano.

—No creo que tengas nada que reprocharme —exclamó Melissa fríamente, aunque riéndose ante él—. Yo he cumplido mi palabra, ¿no es cierto?

Jan sintió como si de repente se le helara la sangre, y sólo a costa de un esfuerzo supremo logró contener los sollozos. —Me habías prometido...— Jan no pudo continuar.

—Prometí que no cambiaría nunca más mi peinado hasta que tú hubieses dejado de quererme —dijo Melissa, completando la frase iniciada por Jan—. Desde ahora, me peinaré así.

Jan inclinó la cabeza, y Melissa pudo ver como por debajo de la gruesa chaqueta de caribú le temblaban al muchacho los hombros. Ella entreabrió los labios y levantó los brazos como si fuera a estrechar a Jan; pero éste le habló de nuevo, con la misma calma de antes, aunque con acento de profunda sinceridad.

—No he dejado de quererte, Melissa. Nunca dejaré de querer a mi hermanita. Pero ahora eres ya una mujer, y es preciso que te peines como una mujer.

Volvióse otra vez, sin mirarla de nuevo, dejándola con los brazos medio abiertos hacia él, y se alejó de la cabaña.

—¡Adiós, Jan!

Estas palabras fueron seguidas de un profundo gemido, pero Jan estaba ya demasiado lejos para poderlas oír. A través de la ventana, Melissa vio cómo Jan estrechaba las manos de Cummins delante del almacén de la Compañía. Siguióle con la mirada cuando se dirigió a la cabaña de Iowaka y de Juan. Luego vio cómo Jan empujaba el trineo y, con la cabeza inclinada, desaparecía lentamente en las profundidades del negro bosque de abetos.

Capítulo XXIII

El retorno de Jan

Jan permaneció toda la primavera y el verano en los enmarañados pantanos donde se guarece el caribú y en los pequeños montes que bordean las tierras desiertas. Los meses antes había aparecido de nuevo en el campamento, pero sólo estuvo el tiempo preciso para hacerse unos remiendos y recoger nuevas provisiones.

Durante estos dos meses, Melissa sufrió en silencio una pena profunda, de la que nadie se percató. Ni a Iowaka confió su secreta desgracia. Y, sin embargo, aun en los momentos en que su tristeza era mayor, alentaba en ella la esperanza. Hasta que, al realizar Jan su última visita a Lago Bain, esta esperanza se desvaneció por completo.

La misma noche de su llegada de los pantanos del Oeste, Jan entró en la cabaña. La barba habíale crecido de nuevo. Los cabellos, largos y desgredados, le llegaban hasta los hombros. De sus hermosos y grandes ojos había desaparecido la alegría de antaño. La cara de Jan tenía el aire taciturno de los hombres del bosque. Con firmeza, aunque dulcemente, Jan rehuía todas las chanzas y mimos que Melissa intentaba emplear en él, alejando a ésta de sí de una manera tan inflexible como sistemática.

Esta vez Melissa comprendió que había muerto para ella toda sombra de esperanza. Jan ya no era nada para ella. Del pasado no quedaba más que el viejo violín colgado en la pared de la cabaña, como un espectro de lo que Jan y ella habían sido el uno para el otro.

Cuando él hubo partido, el violín vino a ser para Melissa lo que fue antaño para Jan. Tocaba el instrumento como él lo había tocado; en las horas de

mayor pesadumbre exhalaba su nostalgia y su amargura a través de la música, tal como Jan acostumbraba hacerlo años atrás.

«¡Si tú pudieras decirme... si tú pudieras...! —murmurábale un día al instrumento, cuando se acercaba el otoño—. ¡Si tú pudieras revelarme lo que le ocurre a Jan, y lo que podría hacer por él..., violín de mi alma!».

Un día, durante el otoño, Jan llegó al campamento para abastecerse de víveres y de trampas. Trataba de pasar el invierno doscientas millas lejos hacia el Oeste, en la región de Atabasca. Jan había ido a Lago Bain por una semana, y durante este tiempo llegó el correo de Fuerte Churchill.

El correo trajo algo inusitado en la vida de Melissa: una carta. Era una misiva del joven Dixon, una misiva de veinte y pico de páginas, en la que le anunciaba--que iría a pasar una parte del invierno próximo en Lago Bain.

Melissa estaba terminando de leer la carta cuando Jan entró en la cabaña. Ante esta visita inesperada, la muchacha se turbó ligeramente.

—¡Es una carta! —exclamó, estrechando las hojas entre sus manos—. ¡Es una carta... para mí, Jan, una carta que llega de Fuerte Churchill!

—¿Quién será...? —empezó a decir Jan, sonriendo; y se detuvo.

—Es del señor Dixon —contestó Melissa, con las mejillas muy encarnadas—. Vendrá a pasar parte del invierno entre nosotros.

—Me alegro, Melissa —dijo Jan tranquilamente—. Es un muchacho que me gusta, y siento no haberle tratado más a menudo. Supongo que traerá libros... y cuerdas.

—Y al decir esto dirigió una mirada al viejo violín. ¿Tocas mucho?

—Bastante —contestó ella—. ¿Quieres tocar algo en obsequio mío, Jan?

—Tengo las manos encallecidas; y además, no me acuerdo de nada.

—¿Ni siquiera de aquello que tocabas cuando yo era chiquitina?

—Creo que tampoco, Melissa. Pero tú no debes olvidarlo nunca.

—No lo he de olvidar... jamás —contestó Melissa con dulzura—. Puede que algún día te lo enseñe a ti de nuevo.

Jan no volvió a verla hasta seis meses más tarde, cuando regresó con sus pieles y asistió a la fiesta del caribú. Entonces supo que Melissa recibió una segunda carta en la que Dixon decía que se iba a Londres en lugar de ir a Lago Bain.

Un día después de la fiesta del caribú, Jan volvió hacia la región de Atabasca. Durante la primavera no se dejó ver en Lago Bain. Al llegar el verano, nadie tenía ninguna noticia del muchacho. Al iniciarse las inundaciones, Gravois fue por vía marítima a Atabasca y encontró la cabaña de Thoreau abandonada. Hacía mucho tiempo que allí no había vivido nadie.

Los indios dijeron que, al iniciarse el deshielo, Jan había desaparecido de allí. Un mestizo, a quien Gravois encontró en Fondo del Lago, contó que cerca del río Castor había hallado la osamenta de un hombre blanco, con un fusil de la bahía de Hudson y un cuchillo al lado.

Gravois regresó a Lago Bain muy apesadumbrado.

—No me cabe la menor duda de que ha muerto —dijo a Iowaka—. No creo que la noticia afecte gran cosa a Melissa cuando tú se la comuniques.

Un día, a primeros de septiembre, una extraña figura llegó al campamento, a la hora en que la gente de la Compañía estaba comiendo. Conducía un trineo tirado por seis perros. Era Jan Thoreau.

—He estado en las tierras civilizadas —dijo Jan por toda explicación—. Vuelvo para pasar el invierno en Lago Bain.

Capítulo XXIV

El salvamento

Al iniciarse las primeras nieves, salió el joven Dixon de Fuerte Churchill. Juan de Gravois lo encontró por el camino cerca de la cabaña de Ledoq. Tan pronto como el inglés reconoció al diminuto francés, salió de su trineo y avanzó hacia él con la mano abierta y la cara iluminada de alegría.

—¡Qué alegría, si es mi viejo amigo Juan! —exclamó Precisamente ahora estaba pensando en usted, Gravois, y en la tunda que me dio hace dos años. Desde entonces, viviendo con ustedes entre las nieves, me he enterado de muchas cosas relacionadas con las costumbres de este país, y nunca más volveré a hacer lo que hice.

Dixon se reía satisfecho ante Juan, mientras ambos se estrechaban la mano. Luego, con acento de profunda sinceridad, el inglés preguntó:

—¿Cómo siguen la señora Gravois y los pequeños...? Y Melissa, ¿qué tal? —añadió, antes de que Juan contestara.

—Muy bien, señor Dixon —contestó Gravois—. Los pequeños se han vuelto ya unos hombrecitos.

Una hora más tarde Juan le decía a Iowaka:

—No puedo dejar de tenerle simpatía a ese muchacho y, sin embargo, no lo querría. ¿A qué se deberá eso? ¿Tú lo sabes?

—¿No será porque temes que ese muchacho le guste a Melissa? —exclamó su mujer, sonriendo maliciosa.

—¡Pues claro, creo que será eso! —dijo Juan, persuadido—. Odio a los forasteros... y Melissa pertenece a Jan.

—Le perteneció algún tiempo, pero no ahora, Juan.

—Es posible, pero lo dudo, *ma bien aimée*^[14]. Si Jan quisiera...

—Una mujer no puede esperar toda la vida —interrumpió Iowaka dulcemente—. ¡Jan Thoreau ha aguardado demasiado!

Ocho días después, cuando ambos se hallaban frente a la puerta de la cabaña, vieron a Dixon y a Melissa que se paseaban lentamente por el linde del bosque. Iowaka se echó a reír ante Juan.

—¿No te dije que Jan había aguardado demasiado?

El rostro congestionado de Gravois demostraba que éste desaprobaba lo que veía.

—¿Entonces tú habrías aceptado a un forastero si yo hubiera permanecido en la región de Atabasca un año o dos más? —preguntó Juan dubitativamente.

—Tal vez sí —replicó Iowaka con malignidad entrando en la cabaña.

—¡Son el diablo! —gruñó Gravois sordamente, marchando hacia el almacén.

Gravois se sentía irritado por la frescura con que Jan tomaba el asunto.

—Dixon y Melissa están juntos tarde y noche, y se van a pasear todos los días por el bosque —díjole a Jan—. ¡Pronto habrá un casamiento en Lago Bain!

—Melissa merece un muchacho distinguido —replicó Jan, Impasible—. Dixon me gusta.

En lo más profundo de sí mismo, Jan se daba cuenta de que pronto iba a perder lo que más quería en este mundo. Él no dijo a Melissa que había vuelto a Lago Bain para vivir de nuevo al lado de ella; tampoco se lo dijo a Gravois. Jan tenía previsto que su permanencia en el campamento durante este invierno constituiría para él un doloroso placer; pero no había previsto la llegada de Dixon. Día tras día vio cómo Melissa y el joven inglés iban juntos, y aunque este espectáculo no provocó en su corazón los celos terribles que podía haber suscitado en el pecho de Juan de Gravois la idea de que la muchacha iba a dejar de pertenecerle para siempre, acentuó la pena que destrozaba su corazón.

Dixon no trató de ocultar sus sentimientos. Amaba a Melissa. Francamente lo dijo a Juan un día, al encontrarse en el camino de Churchill. En términos muy serios le contó ciertas cosas que desvanecieron en el espíritu de Juan sus viejos prejuicios y le llevaron a reconocer que Dixon era muy otro de lo que él se había figurado.

«*Diable*, empiezo a querer a ese muchacho se dijo a sí mismo —y, sin embargo, preferiría verle en la tumba antes de que le quitara a Jan su Melissa».

Las grandes nevadas empezaron.

Era a primeros de diciembre. Dixon había salido solo, muy de madrugada, para la barraca de Ledoq. A mediodía el cielo se puso muy oscuro, y poco después empezó a nevar con tal furia, que no se distinguía nada a doce pasos de distancia. Aquel día el inglés no volvió al campamento. Al día siguiente tampoco había regresado. Entonces Gravois marchó a lo largo del collado hasta llegar a la barraca del francés. Allí averiguó que Dixon había partido para Lago Bain la noche anterior. Juan trajo esta noticia al campamento. Luego se fue a ver a Melissa.

—Ir en busca de él es exponerse a morir —dijo—. Los perros están fatigados. ¡Los zuecos se hunden en la nieve como pesados balines, y alejarse diez millas del campamento equivale a ser pasto de las zorras!

Cuando Thoreau entró en la cabaña había oscurecido. Al verle entrar cubierto de nieve, Melissa exhaló un grito y se echó a sus pies. Llevaba a la espalda un pequeño paquete y empuñaba un fusil.

—Voy a salir en su busca —dijo en voz baja Si lo encuentro con vida, te lo traeré.

Melissa se acercó a él poco a poco; Jan oía palpar su propio corazón como si fuera el lejano aleteo de una perdiz. ¡Ah! ¿Cómo había de poder olvidar nunca esta visión? Veía delante de él a Melissa con los ojos resplandecientes como antaño, los brazos a punto de estrecharle y los labios entreabiertos. Jan sabía que una vez se le había aparecido a Mukée el Gran Espíritu, y que una blanca niebla a modo de velo níveo se había interpuesto entre los ojos del mestizo y el ser maravilloso que estaba contemplando. Este mismo velo se alzaba ahora entre Jan y la muchacha. Como en sueños, Jan vio el rostro de Melissa tan cerca de sí que casi percibía el dulce aliento de la muchacha; luego, sintió que ésta estrechaba entre las suyas una de sus manos rudas; y un momento después, ella lo estrujaba contra su pecho.

—Jan, héroe mío...

Jan se desasíó de la muchacha, sofocando un gemido, y se hundió de nuevo en la obscuridad de la noche. Oyó la voz de Melissa que le llamaba, pero el salvaje lamento del bosque y la tempestad desencadenada en su cerebro ahogaban las palabras de la muchacha. ¡Jan había descubierto en los ojos de Melissa la sublime llama de amor... de su amor por Dixon! ¡Y él iba en busca de éste! En fin, Jan Thoreau probaría a Melissa que su antiguo amor no había muerto; él realizaría esta noche... mañana... el día siguiente y hasta que cayese muerto... lo que se había propuesto al salir con su trineo hacia la barraca de Ledoq. Y una vez lo hubiera conseguido...

Jan se dirigió a la barraca de Ledoq siguiendo la cresta, de la montaña, y llegó allí ya muy entrada la noche. El francés le miró extrañado cuando supo que había salido en busca de Dixon.

—No lo encontrará —dijo lentamente en francés— pero puesto que le veo tan decidido, yo iré con usted. Será muy raro que no volvámos.

—No hay necesidad de que me acompañe —objetó Jan—. Uno solo hará lo mismo que dos, a menos que cada cual siga un rumbo distinto. Yo he venido a verle para saber si había empezado a nevar antes de que Dixon se hubiera despedido de usted.

—Una hora después de haberse ido nevaba de tal modo que no se veía nada a un palmo de la nariz —contestó Ledoq, preparando su paquete—. No cabe duda de que quedó cercado en los alrededores de Lago Bain. Iremos juntos hasta allí, y luego nos separaremos.

Avanzaron por la montaña, y se detuvieron cuando el instinto les dijo que se hallaban al lado opuesto del bosque de abetos lindante con el lago. Entonces se separaron. Jan avanzó cuanto pudo hacia el Noroeste, y Ledoq se dirigió lentamente y desesperanzado hacia el Sur.

Esta lucha a través de la nieve para devolver a Melissa la tranquilidad, no constituía para Jan ningún sacrificio.

De Ledoq no se supo nunca más una palabra. Al fundirse las últimas nevadas, los habitantes de Lago Bain, hallaron los restos que las zorras y los lobos habían dejado del cuerpo de Ledoq, lejos, hacia el Sur.

Intrépidamente, Jan se hundió en la blanca superficie del lago. Ni un árbol ni una roca le servían de guía; por doquier se extendía el blanco sudario de la nieve. Las balsaminas se doblaban bajo la espesa capa que las envolvía; los abetos, igualmente sepultados bajo la nevada, adquirían formas monstruosas; todo el paisaje se retorcía, en una tortura silenciosa, bajo la incesante caída de la nieve. A través de aquel espectáculo terrible y desolador, la voz de Jan repercutía en sonos extraños. Una y otra vez disparó su fusil y se detuvo a escuchar larga y atentamente. El eco de los disparos sonó como risas burlonas, y el fúnebre silencio dentro del cual se desarrollaba la tormenta iba cada vez en aumento.

Al hacerse de día reinó una luz un poco más intensa que durante la noche. Jan atravesó el lago; sus zuecos se hundían por completo en la nieve, y cada media hora disparaba el fusil. Oyó algunas descargas hacia el Sur, y reconoció que eran de Ledoq; estas detonaciones se oyeron cada vez más débilmente, hasta que su sonido se extinguió por completo.

A través del lago, Jan penetró de nuevo en el bosque, y sus continuas llamadas resonaron inútilmente en el fondo de aquellas misteriosas espesuras. En torno de él no había señal alguna de persona viviente, ni se oía otro ruido que el del leve aleteo de la nieve que caía. A cinco pies debajo de esta nieve yacía, cómodamente sepultada, la fauna salvaje; estrechamente apretados contra los troncos de los abetos, bajo la cubierta de sus anchos ramajes, los pájaros aguardaban, inmóviles, que pasara la tormenta.

A mediodía Jan hizo un alto y comió ligeramente. Luego continuó su marcha, con el fusil colgado en el hombro derecho. De este modo los pasos de su pierna derecha serían más cortos y describirían, al andar, una especie de círculo, tal como creía que Dixon había hecho.

Al acercarse la noche, la tormenta arreció, y Jan abrió un hoyo en la nieve, lo llenó de ramas de balsamina y se echó a dormir. Al despertar, unas horas más tarde, se puso en pie, sacó la cabeza al exterior y se encontró sepultado de nieve hasta los sobacos. Con ayuda de sus anchos zuecos logró salir del hoyo y remontar a la superficie, donde la nieve le llegaba a las rodillas.

Luego levantó el zurrón. Al balancearlo ante sí, para pasar el brazo a través de una correa, lanzó un grito de terror. ¡Casi la mitad de un costado del zurrón había sido destruida!

Introdujo la mano a través del agujero, y un rugido de desesperación surgió de sus labios cuando vio que sus provisiones habían desaparecido. Un fino hilillo de harina se escurría entre sus dedos. Sacó una lonja de jamón medio roída y un poco de té... Era todo lo que le quedaba.

Con la lonja de jamón en la mano miraba ante sí con ojos extraviados. En ella se veían las huellas dejadas por los agudos incisivos de algún animalucho. ¡Mientras dormía, una comadreja había hecho presa en sus provisiones!

Con uno de sus zuecos empezó a dar furiosos golpes en la nieve. Luego destruyó el lecho de ramas de balsamina. Cerca de allí, no muy lejos, el animalucho habría ocultado la presa. Jan fue cavando, cavando en la nieve hasta que dio con la tierra endurecida. Estuvo trabajando una hora y no encontró nada.

Entonces se detuvo. Encendió una fogata, fundió un poco de nieve para preparar el té, y asó un pedazo de jamón, que comió, junto con las migajas de galleta que halló en el zurrón. Luego, recogió con el cuchillo todas las partículas de harina que halló sobre la nieve y las metió en los profundos bolsillos de su chaqueta de caribú. Hecho lo cual reanudó la marcha, dirigiéndose hacia donde creía que se hallaba Lago Bain.

De vez en cuando llamó a Dixon e hizo algunos disparos. A mediodía contaba hallarse en el lago. Llegó el mediodía, transcurrió la tarde, y sorprendióle la noche en plena caminata. Hizo una hoguera, y comió los dos tercios del jamón que le quedaba, sin tocar para nada el puñado de harina.

Era todavía de noche cuando interrumpió su descanso y siguió adelante. No sentía ya el menor desaliento. En su corazón renacía la esperanza y el coraje. Por segunda vez arriesgaba la vida por Melissa. Y al fin y al cabo, esta vez la lucha era menos terrible. Temió morir cuando la peste; ahora, en cambio, no abrigaba ningún temor ante la idea de sucumbir bajo aquella tempestad de nieve. Por el contrario, esta idea suscitaba en él un extraño placer. Si muriese, habría sido por Melissa, y ésta se acordaría de él toda su vida.

Después de comer el último pedazo de jamón que le quedaba, púsose a meditar lo que tendría que hacer en el caso de verse en el trance de morir. En la culata del fusil grabaría unas palabras dedicadas a Melissa. Escribiría «Melissa, te quiero». Mientras avanzaba con paso vacilante, Jan repetía mentalmente estas palabras, y aquella misma noche, al lado del fuego, empezó a grabar el nombre de su amada.

—Mañana —murmuró en voz baja— haré el resto.

Jan sentía un hambre devoradora, pero no quiso echar mano de la harina. Durmió por espacio de seis horas, y luego bebió una buena taza de té caliente.

—Andaremos hasta que se haga de día, Jan Thoreau dijo, hablando consigo mismo —y si entonces no se presenta ninguna novedad, levantaremos nuestra última tienda de campaña y comeremos la harina. Entonces habremos agotado los recursos, ya que, a causa de la nieve, no habrá caza por muchos días.

Como los zuecos le impedían avanzar, resolvió abandonarlos, juntamente con una de las dos mantas de que iba cargado y que pesaban como el plomo. Contó los cartuchos; no le quedaban más que diez. Entonces hizo otro disparo.

¿Era un eco de la descarga lo que llegaba hasta él?

Un repentino estremecimiento recorrió todo su ser. Jan agudizó el oído para escuchar de nuevo. Otra vez percibió el rumor de antes, que no era precisamente un vago eco.

—¡Ledoq! —gritó Jan, en voz muy alta.

A su espalda llegó el ruido seco y lejano de una descarga. Jan avanzó rápidamente en aquella dirección. Un momento después oyó una nueva señal, que sonó más cerca que antes, y Jan contestó con una descarga. Al cabo de un

centenar de pasos llegó a un montículo y se puso a gritar con todas sus fuerzas. Un nuevo disparo sonó a poca distancia de allí.

Con nieve hasta la cintura, Jan empezó a ascender por la montaña, agarrándose a los arbustos y matas. Se paraba a cada cinco o diez pasos, dejándose caer, exánime, sobre aquella blanda masa, a través de la cual se esforzaba en avanzar. Al llegar a la cima del monte, Jan hizo una nueva llamada. De la parte opuesta, a través del lecho de nieve, llegó un débil grito; pero, no obstante haber sonado muy débilmente, Jan reconoció que la voz partía de muy cerca.

—Algo le habrá ocurrido a Ledoq —dijo para sí— pero él contará seguramente con víveres y podremos sostenernos hasta que pase la tormenta.

La marcha por la cresta del monte era más fácil, Jan avanzó rápidamente hacia el sitio de donde había partido la voz, hasta que apareció ante él un enorme peñascal. Percibíase en el aire una vaga humareda, y Jari siguió andando a través de las rocas, entre las cuales él humo era cada vez más denso.

—¡Eh, Ledoq! —gritó.

Contestó una voz a pocos pasos de allí. Lentamente, a medida que avanzaba, fue descubriendo la chispa de vida que brillaba en medio de aquella tétrica blancura —un poco de humo elevándose débilmente bajo la tormenta de nieve y al pie de la negra entrada de una cueva—, y luego, entre la cueva y la espiral de humo, un ser viviente que avanzaba a gatas hacia él, como un cuadrúpedo.

Jan se lanzó hacia allí, pero se sentía tan desfallecido que, de no haber sido por la nieve, habría dado con su cuerpo en el suelo. Dio un paso más, y de sus labios brotó un grito de espanto. No era Ledoq, sino Dixon, quien aparecía ante él, con la faz lívida y desencajada y los ojos fijos en la nieve.

—¡Dios mío, estoy muerto de hambre... y de sed! —murmuró el inglés, casi sin alientos, y lanzándose en los brazos de Jan—. ¿Es usted, Thoreau? ¡Gracias a Dios!...

Dixon se tambaleó un momento y cayó en la nieve. Jan lo arrastró hasta la cueva.

—Le daré agua... y algo de comida... muy pronto dijo Jan.

Su voz era casi imperceptible. Los ojos se le nublaban, y al quitarse el zurrón para agitar el fuego de la hoguera se movía torpemente, como si hubiera perdido la visión. Puso en el fuego dos pequeños potes llenos de nieve; en el uno echó el puñado de harina que guardaba en el bolsillo, y en el otro un poco de té. Quince minutos después los llevó a Dixon.

Éste se incorporó, con los ojos extraviados. Ávidamente, apuró el contenido de ambos potes. Jan le miró, con ojos hambrientos, hasta que hubo terminado. Inmediatamente volvió a llenar de nieve los potes, echó en ellos un poco de té y fue a reunirse de nuevo con Dixon. Los ojos del inglés volvían a brillar, animosos.

—Ha llegado muy a tiempo, Thoreau —exclamó Dixon agradecido y alargando el brazo para estrechar la mano de Jan—. Otra noche más y... — Súbitamente se detuvo—. ¡Dios mío, qué habría sido de mí!

De pronto, Dixon observó la mortal angustia que se reflejaba en el semblante de Jan. Éste, desfallecido, dejó caer la cabeza sobre el pecho. Sus manos estaban yertas.

—No es nada —murmuró Jan, débilmente ¡Lo único que tengo es... que me muero también de hambre, Dixon!

Jan hizo un esfuerzo sobre sí mismo y dirigió una sonrisa a su compañero, que le miraba con ojos alarmados.

—No queda nada de comida —exclamó Jan, al ver que el otro contemplaba el zurrón—. Lo único que me quedaba se lo he dado a usted. No tenemos más que... té y sal.

Diciendo esto, se echó sobre las ramas de balsamina y lanzó un suspiro de cansancio.

—¡Déjeme dormir! —murmuró.

Dixon fue a coger el zurrón. Sacó, uno por uno, los versos objetos que contenía, para ver si encontraba algo de comida. Después que hubo bebido otra taza de té, internóse en la cueva y se tumbó al lado de Jan.

Era ya muy entrado el día cuando Dixon se despertó; Al ver que había cesado de nevar llamó rotundamente a su compañero.

Jan no hizo ningún movimiento. Dixon se inclinó para ver si su compañero respiraba todavía, y luego salió lenta y penosamente al exterior. La hoguera se había apagado. El cielo tenía un color plomizo; pesaba en el ambiente un silencio profundo, pavoroso.

De repente Dixon percibió un leve sonido. Era tan leve que, en pleno bosque, a través del suave murmullo del viento, hubiera pasado inadvertido; pero en medio de aquella quietud, el oído de Dixon, agudizado por el hambre, lo percibió tan claramente, que el muchacho se puso al acecho y miró en torno de él para descubrir de dónde partía. A pocos pasos de él, detrás de los potes un ave saltaba sobre la nieve. Piaba tristemente, en busca de alimento, mientras con sus ojazos, parecidos, a los del búho, escrutaba el semblante de Dixon. Poco a poco, doblando algo las piernas y tan sigilosamente como

pudo, el muchacho retrocedió, paso a paso, hacia la cueva. En la entrada se hallaba el fusil. Cogió el arma e hincó las rodillas para asegurar el blanco. Al ruido de la detonación, Jan se estremeció ligeramente, pero no abrió los ojos. Y cuando Dixon, loco de alegría, le dijo había dado caza a un ave, Jan no hizo el menor movimiento. Había oído a Dixon y trataba de levantarse, pero una fuerza superior a su voluntad le tenía clavado en el suelo. Al recobrar la conciencia y escuchar la voz de Dixon parecía que desde que se echó a dormir había transcurrido una eternidad. Luego, sintió que le levantaban y, con la cabeza apoyada en los hombros de Dixon, abrió los ojos.

—Beba esto, Thoreau —oyó que le decían.

Jan bebió, y se dio cuenta de que no era té lo que tomaba.

—Es caldo —oyó de nuevo—. ¿Qué tal lo encuentra?

Jan volvió en sí completamente. Dixon le sirvió en un plato de estaño y cortada en pedacitos el ave a que había dado caza, y Jan fue comiendo en silencio. De repente, cuando no quedaban más que dos o tres pedacitos, se detuvo.

—¡*Mon Dieu*, me lo he comido todo! —exclamó.

Dixon dibujó una sonrisa.

—Yo me he tomado la harina, Thoreau, y usted se ha comido el ave. ¿No es justo?

Jan dejó caer el plato a sus pies. Ambos se estrecharon la mano caballerosamente, mientras del corazón de Jan brotaban ardientes palabras de gratitud, palabras que estuvieron a punto de estallar en sus labios y que constituyeron una muda plegaria.

—¡Melissa, doy gracias a Dios por haberte deparado un novio como éste!

Con paso vacilante y sin decir palabra, Jan salió de la cueva.

—Tal vez eso no es más que una pequeña tregua y la tormenta vuelva a arreciar dentro de poco. No hay tiempo que perder. ¿Cuántas horas anduvo antes de refugiarse aquí?

—Cerca de diez —dijo Dixon—. Marché directamente hacia el Oeste guiándome por la brújula. Luego conocí que había sobrepasado Lago Bain y me dirigí hacia el Norte.

—¡Ah! ¿Lleva usted brújula? —exclamó Jan, brillándole los ojos—. Señor Dixon, puesto que no anduvo más que diez horas, nos hallamos muy cerca de Lago Bain. Dígame hacia dónde cae el Norte.

—Allí es el Norte.

—Entonces vayamos hacia el Sur... hacia el Sudeste. Si usted se dirigió primero hacia el Oeste y luego hacia el Norte, nos encontramos al Noroeste

de Lago Bain.

Jan no dijo nada más. Fue a la gruta a recoger el fusil y metió en el zurrón el té y los dos potes, abandonando la manta restante sobre la nieve. El inglés avanzaba detrás de él, encorvándose ligeramente bajo el peso del fusil. Lentamente escalaron la cumbre de la montaña, y cuando Jan se detuvo para inspeccionar el tiempo, Dixon cayó extenuado sobre la nieve.

—He tropezado con los arbustos —murmuró éste—. Temo que no tendré fuerzas para seguir andando, Thoreau.

Sus ojos brillaban animosamente; en su voz no se notaba ningún desmayo. De súbito el rostro de Jan se iluminó.

—Conozco esta montaña —exclamó éste—. Estamos a una milla de Lago Bain. Será mejor que abandone usted el fusil.

Dixon, ayudado de Jan, se levantó. Volvieron a andar lentamente, descansando a cada cincuenta pasos. Cada vez que, tras unos minutos de reposo, volvían a reanudar la marcha, el rostro de Dixon se contraía de dolor.

—La harina y el té me han sentado mal —dijo Dixon, haciendo una extraña mueca ¡Siento calambres en el estómago!... ¡Ay!

—Llegaremos a la hora de cenar —aseguró Jan, alegremente.

Dixon se apoyó pesadamente en el brazo de Jan.

—Es mejor que se vaya usted solo —dijo el inglés—. Así podría mandar a alguien que venga en mi ayuda...

—Prometí a Melissa que le traería a usted si le encontraba —replicó Jan, desviando la mirada—. Además si estallara de nuevo la tormenta, estaría usted perdido.

—Diga... diga —oyó que decía Dixon con voz apasionada—. ¿Melissa le pidió que saliera en busca de mí, Thoreau?

El acento con que pronunció estas palabras atrajo la mirada de Jan. Éste vio que las flacas mejillas de Dixon se habían coloreado y que los ojos le resplandecían.

—¿Es ella quién le ha mandado?

Jan hizo grandes esfuerzos para dominarse.

—No me lo dijo claramente, señor Dixon. Pero comprendí que si lograba traerle a usted sano y salvo al campamento se sentiría muy feliz.

Jan no oyó el profundo suspiro que se escapó del pecho de Dixon. Momentos después se detuvo y encendió una fogata para preparar un poco de té. La bebida les dio ánimos, y continuaron avanzando. Unos pasos más lejos Jan colgó su fusil en la rama de un arbusto.

—Recogeremos las armas dentro de uno o dos días —dijo. Dixon se apoyaba cada vez más pesadamente en el brazo de Jan, y las distancias que recorrían eran a cada momento más pequeñas. Detuviéronse tres veces para encender una hoguera y beber té. Había anochecido cuando descendieron de la montaña para internarse en la nevada llanura de Lago Bain. Era más de medianoche cuando Jan, llevando casi a cuestas a Dixon, penetraba, a través del bosque de abetos, en el espacio abierto del campamento. No brillaba ninguna luz, y Jan, sosteniendo el cuerpo exánime de su compañero, se dirigió al almacén de la Compañía. Allí llamó a Croisset, que salió a ayudarle.

—Encárguese de Dixon —dijo Jan— y no despierte a nadie. Mañana habrá tiempo de sobra para contárselo a los demás. En la estufa de su propia habitación, Jan asó un pedazo de carne y preparó su café. Luego permaneció sentado largo rato delante del fuego sin decir palabra. Había salvado a Dixon.

—Al día siguiente por la mañana Melissa se enterará. ¡Primero iré a ver al inglés, luego... luego... vendrá a verme a mí! —dijose a sí mismo.

Jan se puso de pie y se acercó a la tosca mesa que había en el rincón de su aposento.

—No, Melissa no debe venir a verme —murmuró para sí—. Ella no debe ver nunca más a Jan Thoreau.

Tomó papel y pluma y se puso a escribir. Rompió y echó al fuego varias páginas. Al final, rápida y desesperadamente, dejó escritas una docena de líneas. Tierna y sencillamente dijo, en francés:

Te he traído a Dixon, Melissa mía, y hago votos para que seas muy feliz. Te dejo mi viejo violín; cada vez que lo toques recordarás cuánto te ha querido Jan Thoreau.

Dobló el papel y lo encerró en uno de los sobres de la Compañía. Luego, muy quedamente, se dirigió al almacén. Sin encender ninguna luz encontró un nuevo zurrón, un poco de comida y municiones. La carta dirigida a Melissa la dejó en un sitio donde pudiese ser vista al día siguiente por Croisset o por el factor. Fue en seguida por sus perros, que se hallaban encerrados en una barraca, detrás del almacén, y al penetrar en ella los llamó rápida y sigilosamente por sus nombres. Dóciles y silenciosos, los perros marcharon tras de su dueño hasta el linde del bosque. Jan se detuvo al pie del abeto gigante que guardaba la sepultura, y sin decir palabra extendió los brazos hacia la pequeña cabaña. Los perros le observaban. Kazán, el perro tuerto delantero, miraba fijamente hacia la negra oscuridad del bosque y dejó escapar un leve gruñido. A través de las copas de los árboles el viento lanzaba sus notas suaves y quejumbrosas, y de los labios de Jan brotaron las tiernas

palabras que dieciséis años antes escuchara al pie de aquella misma sepultura, cuando la voz sollozante de Guillermo pronunció la última oración ante el cadáver de la mujer.

—¡Dios guarde a Melissa!

Acto seguido, avanzó hacia el sitio donde tuvo lugar la pelea entre Juan de Gravois y el inglés, lanzó los perros y el trineo a través del enmarañado sendero del pantano y se detuvo finalmente al pie del árbol que, inclinado al borde de la enhiesta montaña, en el linde de las tierras desiertas, balanceaba su copa sobre el largo tronco desnudo. Con su cuchillo, Jan extrajo los papeles que tenía ocultos allí.

Casi al amanecer llegó al sitio donde había abandonado el fusil, y recogió el arma. Poco después empezó a nevar. Esto le alegró, porque borraría las huellas de su paso.

Durante trece días marchó con sus perros, a través de las grandes nevadas, hacia el Sur. Después de catorce días de marcha llegó a Le Pas, que era el límite de las tierras civilizadas. Cuando salió del bosque ya había obscurecido, y así pudo ver el débil resplandor de las luces que brillaban en la ribera opuesta del Saskatchewan.

Jan se detuvo unos momentos para que los perros descansaran y volvió sus ojos hacia el horrible desierto del Norte, donde la aurora empezaba a iluminar el cielo. Aquella luz, que llegaba a él como un saludo, parecía decirle que allá, en la cúspide del planeta, le aguardaría siempre el mismo género de vida que en el decurso de los siglos conocieron sus más remotos antepasados.

—Que Dios te bendiga y te preserve de todo mal y te haga muy feliz, Melissa —murmuró Jan.

Luego, avanzó lentamente, a la cabeza de los perros, a través del río, y penetró en el mundo civilizado.

Capítulo XXV

Jorge Thornton

Aquella noche había música en Le Pas. Jan la oyó, antes de que percibiera las luces que brillaban diseminadas por la población. Ante aquel sonido los perros irguieron las orejas. Kazán, el perro tuerto, gemía sordamente, y Jan sentía aumentar su pesadumbre cuando el perro, bajo la luz de las estrellas, levantaba hacia él la cabeza. Era una música extraña, que Jan no había oído nunca. Era también extraña para Kazán, que seguía gimiendo y levantaba su hocico con aire interrogador, hasta tocar las manos de su dueño. Pasaron como sombras por delante de una espaciosa construcción de madera, cuyo interior estaba iluminado. Dentro de ella sonaba la música, entre un tumulto de risas, de patadas, de gritos y de canciones obscenas. Abrióse una puerta y salió una pareja. El hombre iba echando maldiciones, mientras la mujer se reía con una risa de mofa que Jan no había oído nunca en su vida. Éste, para escuchar mejor, contuvo la respiración. Luego, fueron saliendo otras parejas. Algunas pasaban tranquilamente. Una muchacha que salió acompañada de dos individuos gritaba alegremente, mientras lanzó en dirección de la borrosa figura de Jan un objeto que fue a estrellarse contra el trineo. Era una botella. Kazán lanzó un gruñido. Los otros perros corrieron a ocultarse detrás del perro delantero. Con un pequeño grito, Jan les excitó a proseguir la marcha.

Asentada sobre la orilla, donde el Sasketchewan seguía su curso describiendo una curva hacia el Sudoeste, levantábase una pequeña construcción, delante de cuya puerta brillaba una luz que iluminaba un letrero algo humorístico, que decía: «Hotel del Rey Eduardo». Más lejos, a cien pasos, aparecía el bosque, y allí, entre la maleza, Jan dejó atados a los perros

junto con el trineo. No se le ocurrió que ahora, al penetrar en un país civilizado, se hallaría en una tierra donde todo son cerraduras y cerrojos y donde abundan los bandidos y ladrones. Sin embargo, reinaba allí tal soledad que juzgó prudente desatar a Kazán y llevárselo consigo.

Al entrar en el hotel, Kazán mantenía un aire receloso. La puerta, que daba acceso a una gran sala iluminada por una lámpara de aceite, se cerró dulcemente. En aquel aposento no había más que una persona sentada en una silla, delante de una gran ventana que miraba hacia el Norte. Sin hacer el menor ruido para no molestar a su vecino, Jan se sentó también delante de la ventana. Kazán colocó su lobuna cabeza sobre las rodillas de su dueño, mirando a éste, fija e interrogativamente, con su único ojo. Nunca en toda su vida Jan había sentido una soledad tan intensa como la que le rodeaba en aquellos instantes, mientras miraba hacia el Norte. A sus pies, el blanco Saskatchewan se deslizaba silencioso; más allá se veía la mancha oscura del bosque, y lejos, muy lejos, en los confines, brillando en el horizonte, la estrella polar. En aquellos momentos, ésta fulguraba débilmente, casi lo mismo que las otras estrellas que veía, y la aurora despedía tan sólo un vago resplandor.

Jan sintió un nudo en la garganta, que le ahogaba, y cerró los ojos, mientras con los dedos apretaba la cabeza de Kazán. A despecho de los rudos esfuerzos que había hecho para olvidar, su espíritu volaba hacia atrás... hacia los lugares que acababa de abandonar, a través de los espacios silenciosos e infinitos; volaba, rápido e infatigable, por encima de las montañas y a través de las selvas, hasta que una vez más sintió que la estrella polar brillaba en todo su esplendor sobre su cabeza, e imaginó hallarse en Lago Bain. Olvidóse que estaba muerto de hambre y de fatiga, debido al cúmulo de esfuerzos realizados durante trece días de viaje a través de los bosques. Jan se hallaba de nuevo al lado de Melissa y con el viejo violín entre sus manos; se hallaba entre los seres que tanto había amado. En aquellos instantes olvidó que había otro individuo en la estancia; no oyó el ruido que hizo éste al cambiar de posición para fijarse en él y en Kazán. Fue el sordo y profundo gemido que escapó de sus propios labios lo que le volvió de nuevo a la realidad.

Jan contrajo instintivamente su cuerpo y vio que Kazán mostraba sus agudos colmillos. El otro individuo se había levantado. De pie ante Jan y con la cabeza inclinada, miraba a éste fijamente bajo la turbia luz de la lámpara. Al levantar la mirada, Jan observó que en la pálida e inquieta faz de aquel hombre se reflejaba una pena tal vez parecida a la suya. Durante unos instantes se miraron sin decir palabra, y Kazán erizó los pelos del lomo. Algo

había en aquel hombre que impresionó vivamente a Jan. Éste conoció que no procedía de los bosques. Aquel hombre era de otro país. Su rostro tenía el sello de los habitantes del Sur, de las tierras civilizadas, y, sin embargo, algo atraía el uno hacia el otro, por encima de todas las fronteras, y hacía que se sintieran amigos aun antes de haberse hablado. El forastero alargó la mano, y Jan la estrechó entre las suyas. En aquel largo apretón de manos dejaron traslucir la honda soledad que minaba su espíritu y el loco afán por encontrar un alma amiga.

—Acaba usted de llegar, ¿verdad? —dijo el forastero, interrogándole a medias—. ¿Aquel trineo es... de usted?

—Sí —contestó Jan.

El forastero se sentó de nuevo al lado de Jan.

—¿Viene del campo? —preguntó aquél vivamente.

—¿De qué campo, señor?

—Del lugar donde están colocando la nueva línea férrea, más allá del Wekusko.

—No sé nada de todo eso —exclamó Jan sencillamente—. No conozco más línea férrea que la que llega hasta Le Pas. Vengo de Lago Bain, del linde de las tierras desiertas.

—¿No había estado nunca aquí? —preguntó el forastero en voz baja, con aire de extrañeza.

—Estuve un día —dijo Jan—, hace mucho tiempo. He pasado toda la vida... allá arriba.

Jan señalaba hacia el Norte, y la mirada del forastero se fijó en la estrella polar, que brillaba pálidamente en el cielo.

—Y yo he pasado toda mi vida allá abajo —contestó, inclinando la cabeza hacia el Sur—. Hace un año que vine aquí... en busca de salud y de tranquilidad —añadió, riéndose nerviosamente—. He recobrado ambas cosas. Pero voy a perderlas de nuevo. Me voy a mi país mañana por la mañana. Me llamo Thornton —siguió diciendo, tendiéndole la mano de nuevo—. He venido de Chicago.

—Yo me llamo Thoreau... Jan Thoreau —dijo Jan—. Leí algo respecto de Chicago en un libro que contenía varios grabados de la ciudad. ¿Es más grande que la ciudad de Winnipeg?

Jan miró a Thornton, y éste volvió un poco la cabeza, de modo que la luz dejó de iluminar su rostro. Con sus dedos estrechaba la mano de Jan.

—Sí, es más grande.

—Los agentes de la gran Compañía y le *Comissionnaire* están en Winnipeg, ¿no es cierto, caballero?

—Sí... los de la Compañía de la bahía de Hudson.

—Y para hacer una operación..., una importante operación, señor, ¿no sería mejor dirigirse a le *Comissionnaire*? —preguntó Jan.

Thornton miró bruscamente el inquieto y concentrado semblante de Jan.

—Las oficinas centrales están más cerca, en Prince Albert —dijo.

—No es muy lejos —exclamó Jan, levantándose—. ¿Y allí podía hacerse una importante operación?

Jan dejó caer su mano sobre la cabeza de Kazán, vuelto un poco de cara hacia la puerta.

—Quizá mejor en las oficinas de la Compañía que en casa de le *Comissionnaire* —contestó Thornton—. Eso depende... de la operación.

Mientras permanecían en silencio uno enfrente de otro, llegó hasta ellos el lejano aullido de un perro.

—Están llamando a Kazán —dijo Jan tranquilamente, mientras trataba de explicarse el exacto sentido de las últimas palabras de Thornton—. ¡Buenas noches, señor!

Cuando Jan y Kazán llegaron al bosque, los perros les aguardaban sentados sobre las patas traseras. Jan les hizo avanzar hacia dentro del bosque, donde la maleza era más espesa, y encendió una hoguera. Colocó sobre el fuego el pote de café y un grueso pedazo de carne de caribú helada, y lanzó pescado helado a los hambrientos perros. Luego arrancó unas ramas de abeto, extendió su pesada manta en el suelo, cerca del fuego, y aguardó que la carne y el café estuvieran preparados. Cuando empezó a comer, los perros se hallaban a su alrededor, sentados sobre sus patas, prestos a disputarse los pedazos que él les echaría. Mientras comía, Jan observó que los perros habían perdido su antiguo y salvaje instinto combatiente. Ni gruñían ni disputaban. Al echarles los pedazos de carne no se produjo entre ellos ninguna pelea. Jan preguntóse, extrañado, si ellos participaban también de la honda pena que devoraba su propio corazón.

Junto a esta pena y a la torturante soledad que pesaba sobre su alma, despertóse ahora en él un extraño anhelo, un ardiente impulso de emprender de nuevo la marcha para lanzarse, a despecho de su cansancio, hacia aquel lugar que Thornton le había dicho de... Prince Albert. De este modo se libraría de una vez del terrible peso que le oprimía desde hacía tantos años, desde aquella noche en que, muerto de hambre y de fatiga, llegó a Lago Bain y tocó el violín ante el cadáver de la mujer de Cummins. Jan palpó su

chaqueta de piel y sintió que en el interior estaban los papeles que sacó del escondrijo, donde habían estado ocultos tanto tiempo. Allí, en la hendidura del tronco medio desnudo de aquel árbol memorable, estuvieron a salvo. Jan los había guardado por espacio de veinte años. Mañana los llevaría a la gran Compañía, en Prince Albert. Y una vez hecho esto... una vez hubiese hecho esto, ¿qué sería de Jan Thoreau? Acaso la Compañía podría emplearle; en este caso, se quedaría allí, en las tierras civilizadas. Eso sería lo mejor... para él. Jan lucharía contra la voz que le invitaba a volver hacia los bosques, del mismo modo que durante años y años había resistido la voz que le llamaba del otro mundo y que le llenó algún tiempo de loca inquietud. Él había vencido eso. Si algún día volviese a los bosques, se dirigiría hacia el Oeste o hacia el Este. Ninguno de los que le habían conocido vería nunca más a Jan Thoreau.

Kazán se deslizó poco a poco sobre la manta, hasta que su lobuna cabeza descansó sobre el brazo de Jan.

Hacía diez años que Jan había tomado a Kazán, un perrito medio ciego, que él y Melissa escogieron entre media docena de cachorros. Kazán era todo lo que ahora le quedaba. Jan quería a los demás perros, pero no como quería a Kazán. Con su brazo rodeó la cabeza del perro. El cansancio y el calor de la hoguera le amodorraron, y poco después se durmió con la cabeza apoyada en el árbol.

Jan se despertó unas horas más tarde. Al abrir los ojos, vio que la hoguera seguía ardiendo. Algo alejado de ella, detrás de los perros, se hallaba sentado Thornton. Miró al cielo, donde las estrellas se iban amortiguando, y Jan vio que apuntaba el alba. Entonces se sentó. Ante él, Thornton se reía y lanzaba nubes de humo de su pipa.

—Usted estaba helado —dijo Thornton, cuando Jan se fijó en él— y parecía un cadáver. Esperaba que volvería al hotel, pero al ver que no era así fui en su busca. Yo había pensado... —Thornton vacilaba, mientras daba golpes con la pipa para echar las cenizas. Luego miró franca y resueltamente a Jan—. Oiga, buen hombre; si se encuentra apurado... sin recursos... y le falta dinero... ¿me permitirá que le ayude?

—Gracias, señor... dinero no me falta —dijo Jan—. Prefiero dormir en el exterior, al lado de los perros. *Mon Dieu!* Me habría muerto de frío si no llega a venir usted. ¿Ha estado aquí toda la noche?

Thornton inclinó la cabeza.

—Y ya es de día —exclamó Jan, levantándose y mirando por encima de los árboles—. Es muy bondadoso, señor. Me gustaría hacer algo por usted.

—Le será muy fácil —dijo Thornton, tranquilamente—. ¿Adónde se dirigirá usted... al salir de aquí?

A las oficinas de la Compañía de Prince Albert. Partiremos dentro de una hora.

—¿Quiere llevarme con usted? —preguntó Thornton.

—¡Con mucho gusto! —exclamó Jan—. Pero será un viaje muy penoso, señor. Tengo que andar muy de prisa, y usted no estará tal vez acostumbrado a correr tras de los perros.

Thornton se levantó y alargó la mano.

—Estoy hecho a las fatigas —dijo Mi deseo es...

Thornton se detuvo; su voz había vibrado de un modo que atrajo la mirada de Jan. Durante unos minutos, ambos se contemplaron en silencio. Jan pudo observar de nuevo en el rostro de Thornton la misma expresión de melancolía y de pesar que había notado por primera vez en el vestíbulo mal iluminado del hotel. El tono angustioso, casi desesperado, de la voz de Thornton le había impresionado tan vivamente, que retuvo la mano de éste entre las suyas un largo momento. Luego, se fue a preparar el trineo.

—Traigo carne, café y galletas secas —dijo Jan—. ¿Almorzará usted conmigo?

Aquel día Jan y Thornton recorrieron cincuenta millas hacia el Oeste a través de la helada superficie del Saskeram, y acamparon de nuevo al margen del Saskatchewan. Al segundo día siguieron el río, cruzaron el Sipanock y se dirigieron hacia el Sudoeste a través de la nieve, en dirección de Prince Albert. El cuarto día por la tarde llegaron por fin a la ciudad.

—Vayamos a las oficinas de la Compañía —exclamó Jan—. No perdamos tiempo.

Ahora era Thornton quién guiaba a Jan. El antiguo edificio de la Compañía se hallaba al extremo de la ciudad, hacia el Oeste. Thornton condujo a Jan a una oficina llena en su mayor parte de señoritas, que estaban escribiendo a máquina. Thornton entregó una pequeña tarjeta a un empleado algo canoso que se hallaba delante de un pupitre. Al leer la tarjeta, el empleado se levantó de la silla, hizo un saludo con la cabeza y estrechó la mano del visitante. Momentos después abrióse una puerta, y Jan Thoreau entró, solo, hacia dentro, con el corazón tembloroso, el alma angustiada y la mano puesta sobre los papeles que guardaba en el bolsillo.

Fuera, aguardaba Thornton. Pasó una hora y la puerta no se abría. El empleado que había recibido a Thornton miraba a éste curiosamente. Dos mecanógrafas se preguntaban en voz baja quién podía ser aquel extraño

individuo del Norte que estaba hablando desde hacía una hora con el subdirector. Jan tardó en salir cerca de dos horas. Thornton, nada impaciente, se levantó al abrirse la puerta. Vio entonces el rostro estupefacto del subdirector. Luego salió Jan. Éste había envejecido cincuenta años en dos horas. Tenía el aire muy cansado y el semblante cubierto de una extraña palidez. A Thornton le pareció que el delgado rostro de Jan había enflaquecido aún más. Con la cabeza inclinada y la mirada fija, perdida en el espacio, Jan salió hacia afuera, y cuando la puerta se hubo cerrado detrás de ellos y se encontraron en la calle, iluminada por la pálida luz del sol, Thornton oyó la sorda y desesperada angustia que agitaba el pecho de su compañero. Sus dedos apretaron el brazo de Jan, mientras le miraba con ojos excitados.

—¡Si le ha ocurrido un gran fracaso —exclamó Thornton exaltadamente—; si se encuentra apurado y no puede lograr lo que desea, dígalos y yo les meteré mano a éstos, vive Dios! Buscarle querrela a Jorge Thornton es como buscarle las pulgas al propio diablo. ¡Si necesita dinero para que lo atiendan, sepa que dispongo de medio millón!

—Gracias, caballero —murmuró Jan, con voz ahogada—. Esto no es nada. No necesito dinero. Haría falta precisamente medio millón para poder adquirir... eso, a que acabo de renunciar en este momento.

Durante un instante, Jan estrujó con su mano el bolsillo vacío donde había guardado los papeles.

Capítulo XXVI

Tentación

Aquella noche, después de dejar a Thornton cenando en el pequeño y antiguo Hotel Windsor, Jan salió de la ciudad y, acompañado de Kazán, cruzó el helado Saskatchewan para refugiarse en el bosque de abetos, cerca de la orilla, al norte del río. Necesitaba estar solo, meditar, luchar consigo mismo contra un deseo que le dominaba cada vez con mayor fuerza. En cierta ocasión, hace tiempo, había confesado sus penas a Juan de Gravois, Juan le había confortado. Aquella noche ardía en deseos de dirigirse a Thornton, como antes se había dirigido a Juan, y contarle la historia de su vida y lo que había ocurrido aquella tarde en la oficina del subdirector.

Thornton le inspiraba algo más que un puro sentimiento de amistad. Por él, Jan se sentía capaz de jugarse la vida, del mismo modo que se la habría jugado por Juan de Gravois. A ello contribuía la idea que Jan se forjaba de que Thornton se sentía abrumado, como él, por una honda pena. Y, no obstante, Jan se resistía a abrirle su corazón; hartó sufría Thornton con sus propias preocupaciones.

Jan cruzó de nuevo el río y se internó en la ciudad, hasta situarse en las cercanías de las oficinas de la Compañía. Todas las ventanas del edificio estaban oscuras, a excepción de la del despacho del subdirector. Éste era fiel a la palabra. Estaba trabajando. Dos horas más tarde Jan pasó de nuevo por delante del edificio y vio que todavía había luz.

El director le dijo que tardaría en resolverse el asunto una semana o tal vez diez días. Hacia el Norte, algo atraía siempre la mirada de Jan. Éste volvía ahora sus ojos hacia allí, pensando en lo que sería de él una semana más tarde.

Cuando Jan y Kazán volvieron al hotel, las luces de la ciudad estaban apagadas y no transitaba nadie por las calles. Pero Thornton permanecía sin acostarse, sentado de cara a una ventana, tal como Jan le había sorprendido por primera vez en Le Pas. Jan se sentó a su lado. A Thornton le temblaba la voz de una manera extraña cuando dijo:

—Jan, ¿ha querido nunca a una mujer... hasta sentirse dispuesto a morir por ella?

Lo imprevisto de la pregunta condujo a Jan a revelar la verdad. Por un instante supuso que Thornton había adivinado su secreto. En voz baja, turbada por la emoción, exclamó:

—Sí, señor.

Thornton se inclinó hacia él; su semblante reflejaba una desesperación sin límites. Jan no recordaba haber visto un caso igual.

—Yo estoy enamorado así de una mujer —continuó diciendo, con acento frenético—. Se trata de una muchacha... no de una mujer, y es de su país, Jan... del Norte; es una muchacha inocente y pura como una flor, más bella para mí que todas las mujeres que he visto en mi vida. Está en Oxford House. Y me voy a mi tierra... para librarme de ella.

—¡Para librarse de ella! —exclamó Jan—. *Mon Dieu!*, caballero... ¿ella no le quiere a usted?

—¡Me seguiría hasta el fin del mundo!

—Entonces...

Thornton se incorporó y limpió con el pañuelo su rostro pálido y sudoroso. Luego, se puso en pie, obligando a Jan a seguirle. Ambos anduvieron rápidamente, a través de las calles oscuras, hasta hallarse fuera de la ciudad. Se detuvieron en un sitio desde donde podían ver los bosques lejanos iluminados por la pálida luz del Sur.

—¡Aquello es un infierno para mí! —dijo Thornton, señalando hacia el Mediodía—. Es lo que nosotros llamamos las tierras civilizadas... pero que son un infierno para la mayoría y lo son sobre todo para mí. Es un infierno de grandes ciudades llenas de luchas, de iniquidades y de crímenes. Nunca me había dado cuenta de ello hasta que vine aquí... entre ustedes. ¡Quiera Dios que no tenga que volver nunca más a mi país!

—Puesto que usted la quiere —murmuró Jan—, podría quedarse aquí.

—No puedo —gimió Thornton—. A menos que...

—¿Qué, señor?

—A menos que lo abandone todo... por ella.

—¿Y qué representa todo lo del mundo ante el amor de una mujer? —repuso Jan, vivamente ¡Dios mío, yo sé...!

—¡Todo! —exclamó Thornton—. ¿Me comprende? ¡He dicho todo! —y se volvió casi furiosamente hacia su compañero—. Renunciaría a mi nombre por ella. Me enterraría allí, en los bosques, para no salir nunca más de ellos... por ella. Abandonaría mi fortuna, mis amigos; me perdería a mí mismo para siempre... por ella. Pero no puedo. ¡Dios mío! ¿No lo comprende usted?

Jan le miraba fijamente, con aire desconcertado.

—He vivido diez años... con una mujer siguió diciendo Thornton —diez años de crueles torturas y sufrimientos. Ha sido algo peor que un infierno. En nuestro país esos casos se dan con mucha frecuencia. Vine aquí para alejarme algún tiempo de ella. Ahora... ya lo sabe. Esa mujer es... mi esposa. Ella estaría contenta si no volviese nunca más a su lado. Ahora se siente feliz porque estoy lejos. Y yo también he sido feliz... durante algún tiempo. Ahora sé lo que es querer y ser querido. ¡Que Dios me perdone, pero me dan tentaciones de volver a... Oxford House, al lado de la muchacha a quien adoro!

Thornton se calló ante el cambio de actitud que observó en Jan. Éste, de pie ante él, manteníase rígido y silencioso y con los ojos encendidos. Aquellos ojos intimidaron a Thornton. Nunca en su vida había visto fulgurar unos ojos humanos como aquellos que se posaban sobre él a través de la obscuridad de la noche. Thornton tembló ligeramente y aguardó que Jan hablase. La voz de éste no revelaba nada de lo que expresaban sus ojos. Jan hablaba tranquila y suavemente, pero su voz infundió a Thornton mayor pánico que si hubiera vibrado como el acero.

—Caballero, ¿hasta dónde llegaron esos amores... con la muchacha?

Thornton comprendió el significado de la pregunta y extendió los brazos hacia Jan.

—Hasta donde podían llegar con el ser más puro de la Tierra —exclamó Thornton—. He pecado... al quererla y al dejar que me quiera, pero eso ha sido todo, Jan Thoreau. ¡Juro que no ha habido más!

—¿Y usted volverá al Sur?

—Sí, voy a volver al Sur.

Al día siguiente, Thornton no se fue. Al segundo día no hizo tampoco ninguna señal de que pensase partir. Y así pasó el tercero, el cuarto y el quinto día. Todos los días por la tarde, Jan iba a las oficinas de la Compañía para hablar con el subdirector, y siempre le acompañaba Thornton. A veces, cuando Jan no se daba cuenta, Thornton seguía con extraordinaria avidez cada

uno de los movimientos de su compañero. Una o dos veces Jan se volvió de improviso hacia Thornton y sorprendió que éste acababa de desviar la vista. Diose cuenta de que Thornton estaba obsesionado con lo que él le había dicho. Jan se compadeció de él y se llenó de pesadumbre. De sus labios iba a escaparse su propio secreto. A Jan se le hacía un poco inexplicable el sacrificio de Thornton, y el desespero de éste le llevó a preguntarse si la confesión de sus propios infortunios contribuiría a aliviar el espíritu de su amigo. Hacíase esa pregunta una y otra vez en el curso de la tarde del noveno día, cuando iba solo a las oficinas de la Compañía. Esta vez Thornton se quedó en casa. Jan lo dejó sentado en un rincón oscuro del hotel.

El noveno día finía el plazo señalado por el subdirector. A Jan le brillaron los ojos cuando el subdirector le dijo que su trabajo estaba terminado. Ambos se dieron un apretón de manos. Cuando Jan salió de las oficinas de la Compañía había anochecido. Bajo el pálido resplandor del crepúsculo, las estrellas empezaron a brillar con una luz espectral, avivada un poco hacia el Norte por el naciente fulgor de la aurora polar. Jan se detuvo un momento a la orilla del río. Más lejos, al fondo de la orilla opuesta, se levantaba el bosque negro y silencioso que extendía sus raíces hasta los últimos confines de la Tierra, y por encima de él, como una señal luminosa que le invitara a volver a su país, la aurora que despedía sus rayos de rosa y oro. Y al escuchar, llegó hasta él el lejano y débil aullido de los perros, y Jan lanzó un profundo gemido. Delante de él, a la otra parte del río, llamábanle aquellos que eran los únicos que formaban parte de su vida, y él, Jan Thoreau, podía volver ya libremente hacia ellos. Aquella misma noche se sepultaría de nuevo en los bosques, y cuando se acostase lo haría bajo el dosel del cielo y entre los simpáticos y cariñosos murmullos de los árboles. Jan iría... ahora mismo. Se despediría de Thornton... y se reintegraría a su mundo.

Jan se puso a correr sin darse cuenta, y Kazán corría a su lado. Cuando llegó a una calle ya iluminada de la ciudad se hallaba casi sin alientos. Se dirigió de prisa al hotel y encontró a Thornton sentado en el mismo, sitio de antes.

—Ya está concluido, caballero —exclamó en voz baja—. Ya está listo, y me voy a ir. Me voy a ir esta misma noche.

Thornton se puso de pie.

—¡Esta noche! —repitió éste.

—Sí, esta noche... ahora mismo. Voy a recoger mis cosas. ¿Viene usted?

Jan se fue detrás de Thornton a una pequeña y desnuda habitación, donde habían dormido aquellos días. Hasta que hubo encendido la lámpara no se dio

cuenta del cambio que se había producido en el semblante de Thornton. Éste le miraba con aire ceñudo. Su rostro tenía una expresión desagradable, los ojos le brillaban de un modo raro, y los labios, muy contraídos, revelaban un gran enojo.

—Yo... yo también me voy esta noche exclamó.

—¿Parte para el Sur, señor?

—No, para el Norte.

Thornton pronunció estas palabras con vehemente rudeza. Hallábase al lado opuesto de Jan, inclinado sobre la mesa, en la cual estaba la lámpara.

—He roto los lazos que me sujetaban —siguió diciendo—. Yo no vuelvo al Sur... yo no quiero volver a aquel infierno. No pienso volver nunca más al Sur. He muerto para los míos... he muerto para siempre. Nunca más volverán a saber una palabra de mí. Que se queden con mi fortuna... con todo. Nada me importa. Yo me voy al Norte. ¡Me voy a vivir entre los suyos... al lado de ella!

Jan se dejó caer en una silla, y Thornton, enfrente de él, hizo lo mismo.

—Me voy al lado de mi amada —repetía éste—. Nadie sabrá nunca una palabra.

Thornton no se daba cuenta de la extraña mirada de Jan, ni del amenazante gesto de las manos que avanzaban a través de la mesa. Pero el ojo único de Kazán acechaba a Thornton más de lo que éste pudiese imaginar, y la bestia estaba a punto de echársele encima. Thornton no podía comprender que aquellas manos se disponían a estrangularle.

—Usted no hará eso —dijo Jan, con toda calma.

—Sí, lo haré —replicó Thornton—. Estoy bien resuelto. Nada puede impedirlo sino....., la muerte.

—Hay otro ser que puede y quiere impedirlo dijo Jan, con la misma calma de antes Soy yo, Jan Thoreau.

Thornton se levantó poco a poco, fijando la mirada en el rostro de Jan. Sus ojos centelleaban.

—No lo impediré —repitió Jan, levantándose también Y yo no soy la muerte.

Jan se acercó a Thornton y puso ambas manos en los hombros de su compañero. Sus ojos brillaban dulcemente. Thornton sorprendió en ellos aquella mirada noble y bondadosa que tanto le atraía y que hubo de inspirarle un cariño que nunca había sentido antes por hombre alguno.

—Yo lo impediré —dijo Jan de nuevo, hablándole como hablaría a un hermano—. Siéntese. Voy a contarle una cosa. Y cuando se la haya contado,

usted me estrechará la mano y dirá: «Jan Thoreau, doy gracias a Dios de que haya ocurrido un caso así y de que haya podido saberlo a tiempo para salvar a la persona a quien quiero». Siéntese, señor.

Capítulo XXVII

La historia de Jan

Jan había envejecido cinco años durante las horas que permaneció en el despacho del subdirector. Y ahora, mientras Thornton le miraba, parecía haber envejecido de nuevo. En sus ojos había la misma expresión de fatiga y de desengaño, y en su cara el mismo sello de amargura. Sin embargo, produjose en su semblante un cambio inesperado. Sentado al lado opuesto de Thornton, sus mejillas se colorearon súbitamente. Luego bajó un poco la luz, y los ojos le brillaron más vivamente y con una expresión terrible. Aquellos ojos revelaban una extraordinaria excitación. Ante ellos Thornton permaneció lívido y silencioso.

—Señor —empezó diciendo Jan en voz baja—, voy a contarle una historia que sólo conocen dos únicas personas. Es la historia de otro individuo... de un individuo perteneciente a las tierras civilizadas, como usted. Este individuo vino, hace ya muchos años, a nuestro país y allí encontró a una mujer, del mismo modo que encontró usted a esa muchacha de Oxford House, y quedó prendado de ella, tan locamente como usted, y tal vez más. Es singular la semejanza que existe entre ambos casos.

Esto es precisamente lo que me induce a contarle esta historia. Cuando vino a las tierras del Norte, este hombre dejó, como usted, abandonada a su esposa... y a sus dos hijos. Señor, que Dios le perdone por haber dejado a un tercer hijo... un bastardo.

Jan ocultó el rostro entre las manos.

—Pero no es precisamente esto, sino lo que sigue, lo que me interesa contarle a usted, señor —continuó diciendo Jan—. El amor de la mujer era

una pasión excelsa, y el amor de aquel hombre habría sido también excelso si no hubiera cometido una vileza. Él lo había abandonado todo, había incluso renegado de su Dios... como usted renunciaría ahora mismo a sus riquezas y a su Dios... por la muchacha de Oxford House. Pero deje que le hable ahora de la mujer. Ésta era muy bella. Era uno de los tres seres más bellos que Dios había creado, y ella se enamoró de aquel hombre. Ambos se casaron, y ella, que tenía absoluta fe en su marido, hubiera dado la vida por él y lo habría seguido hasta el fin del mundo, tal como suelen hacerlo nuestras mujeres con el hombre a quien quieren. ¡Dios mío! ¿Sabe lo que entonces ocurrió? ¡Nació un hijo!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un acento tan terrible, que Thornton retrocedió espantado, como si le hubieran asestado desde la sombra un tremendo golpe.

—¡Nació un hijo! —repitió Jan, y Thornton veía como, al decir esto, clavaba las uñas en la mesa—. Esto era la primera maldición de Dios. ¡Un hijo! ¡La carroña... los animales impuros, la carne abyecta (así los llamamos nosotros), los seres nacidos del pecado! ¡Dios mío, esto es lo que había ocurrido! ¡Nació un hijo de aquella unión impura, y Dios había lanzado su maldición sobre él!

Jan se detuvo. Sus uñas se hundían más profundamente en la mesa. Respiraba anhelosamente, como si hubiera estado corriendo.

—En el país de usted aquel hijo habría sido un hombre —siguió diciendo Jan, hablando con mayor calma—. Así lo oí contar... hace tiempo. En su país, los hijos nacidos de uniones impuras, los seres nacidos de uniones ilegales, son frecuentes. Y dicen que en su país no se considera eso como una desgracia irreparable, ni siquiera como una gran desgracia. Pero en nuestro país es muy distinto. La maldición pesa eternamente sobre esos seres. Día tras día, año tras año, la desgracia se ceba en ellos. Y un hijo así, más desgraciado y abyecto, que los seres salvajes, nació de aquella unión. ¿Se ha hecho usted cargo? Si el viento hubiera difundido aquel secreto, nadie se habría acercado a él; las mujeres indias hubieran preferido mil veces habérselas con la peste. Aquel muchacho habría sido expulsado de su país; todos le habrían despreciado mientras viviese. Por doquier que hubiera dirigido sus pasos, se habría visto señalado y escarnecido y tratado peor que los perros más inmundos. Tal es, en nuestro país, la maldición que pesa sobre los seres nacidos así...

Jan aguardó que Thornton hablase, pero éste permaneció silencioso en su asiento, al otro lado de la mesa.

—La maldición dejóse sentir muy pronto, señor. Primero fue el remordimiento que hizo presa en el ánimo del padre. Ese tormento no le dejaba vivir. Aquel hombre iba de un sitio a otro, huyendo con la mujer y el niño. La inocencia y el cariño de la mujer contribuían a aumentar su sufrimiento, y al final comprendió que la maldición de Dios había caído sobre su cabeza. La mujer se daba cuenta de la turbación y desespero de su esposo, pero ignoraba la causa de ello. La maldición no tardó en alcanzar también a la mujer. Entonces se fueron muy lejos, hacia el Norte, más allá de las tierras desiertas, y la maldición continuó persiguiéndolos. Devorado por el remordimiento, aquel hombre no tardó en sucumbir. La muerte sobrevino seis años después de haber nacido el niño.

La lámpara empezó a chisporrotear y a despedir humo, y con un gesto rápido Jan quitó la mecha y se quedaron a oscuras.

—Entonces la maldición empezó a pesar sobre la mujer y el niño. ¿No cree usted en la máxima que dice que los pecados de los padres recaen sobre los hijos? ¡*Mon Dieu*, es muy cierto... muy cierto! Pasaron muy pocos días... y entonces... la maldición... dejóse sentir súbitamente... de esa manera...

La voz de Jan vibraba ahora como un silbido. Thornton, inclinado sobre la mesa, pudo sentir el vivo calor de su aliento. En la oscuridad, los ojos de Jan brillaban como ascuas.

—¡La máxima quedó confirmada una vez más! —murmuró Jan, lanzando un profundo suspiro—. En el campamento había un nuevo misionero..., un..., cristiano llegado del Sur. Este misionero se hizo muy amigo de la mujer, y ella creía en él, porque le veía rezar fervorosamente. El niño era todavía muy joven, y, aunque veía ciertas cosas, nada comprendía al principio. Poco después se dio cuenta de que el misionero codiciaba el cuerpo de su madre y que por conseguirlo realizaba toda clase de esfuerzos. Inútilmente, porque hasta la muerte la mujer había de permanecer fiel al hombre a quien se entregó por vez primera. ¡Dios mío, entonces se produjo la catástrofe!... Fue una noche en que toda la gente se hallaba reunida en torno de las hogueras levantadas para celebrar la fiesta del caribú. Cerca de la pequeña y solitaria cabaña donde vivían el muchacho y su madre no había nadie. El muchacho asistía también a la fiesta, pero no bien hubo obtenido un pedazo de carne para su madre, salió corriendo hacia su casa... Poco antes de llegar oyó los gritos desesperados que lanzaba su madre, y se precipitó como un loco dentro de la cabaña. El misionero le derribó de un golpe y luego comió su fechoría. El muchacho volvió en sí poco después y salió en persecución del misionero gritando desesperadamente que éste había matado a su madre.

—Había una calma terrible en la voz de Jan. —Lo que el muchacho decía era verdad. A partir de aquella noche la mujer se marchitó como una flor. Poco después dejó de existir, dejando al muchacho solo con la maldición. Este muchacho, señor, era Jan Thoreau. La mujer era su madre.

Reinó entonces un silencio profundo. Luego se percibió el leve ruido de algo que se movía. Era Thornton que tentaba en la oscuridad, por encima de la mesa. Jan sintió que el brazo de Thornton tocaba su mano. Entonces ambos alargaron el brazo y se cogieron las manos fuertemente.

—¿Y eso... es todo? —preguntó Thornton roncamente.

—No, eso no es más que el comienzo —dijo Jan en voz baja—. La desgracia ha continuado persiguiéndome hasta hacer de mí el hombre más desdichado de la Tierra. Hoy he hecho todo cuanto tenía que hacer. Mi padre, al morir, dejó unos documentos que mi madre debía entregarme cuando yo fuese mayor de edad. Al morir mi madre estos documentos pasaron a mis manos. Afortunadamente, mi madre no supo nunca una palabra de lo que en ellos estaba escrito. Esto me tranquilizó. Estos documentos narraban la historia que le acabo de contar, y desde su sepulcro mi padre me rogaba que llevara a cabo la restitución que acabo de hacer. Cuando él vino al Norte para siempre, trajo consigo la mayor parte de su fortuna, que era muy importante, y la colocó donde nadie pudiera encontrarla... en los depósitos de la Gran Compañía. La mitad de ella, dijo, debía pertenecerme a mí. La mitad restante tenía que restituirse a los otros hijos y a su esposa legítima, si ésta vivía aún. Yo he hecho más que eso: lo he cedido todo... pues nada me pertenecía. Todo ha ido a parar a manos de los niños que él abandonó. La madre... ha... muerto.

Al cabo de un momento, Thornton preguntó:

—¿Hay más, Jan?

—Sí, todavía hay más —dijo Jan—. Tanto, que si no se lo dijera le sería difícil comprender por qué Jan Thoreau es el hombre más desdichado de la Tierra. Hasta ahora no le he contado más que el comienzo. No le he contado aún cómo la maldición ha seguido pesando sobre mí, hasta robarme lo que hay de más caro en la vida; como una sombra funesta, hasta arrebatarme mis esperanzas, tronchar mis ilusiones y echarme al fin de mi país como un proscrito, dejándome sin nadie, sin amigos, sin... aquello... que usted habrá de abandonar en Oxford House... ¿No es cierto, caballero? Usted no volverá a Oxford House. Usted regresará a su país, y algún día Dios se lo tendrá en cuenta.

Jan oyó que Thornton se levantaba.

—¿Quiere que encienda la luz? —preguntó Jan.

—No contestó Thornton a su lado.

En la oscuridad, sus manos se estrecharon. La voz de Thornton vibraba ahora clara y enérgica.

—Jan —dijo éste dulcemente le doy gracias por haberme revelado el culto de su tierra. Hasta ahora no tenía de ello la menor sospecha. Nosotros enviamos misioneros para que los conviertan, les consideramos a ustedes como gente bárbara e inculta... y estamos ciegos. Usted me ha instruido inmensamente más de lo que hubieran podido hacerlo mil sermones, y la pureza y la honestidad de su país me ha vuelto mejor de lo que había sido hasta ahora. Regreso... al Sur. Algún día volveré, y entonces me reintegraré a su tierra, y seré uno de ustedes. Vendré, y no traeré ninguna maldición. Si usted pudiera decirle esto a ella, y pedirle que me perdone, contándole lo que soy y lo que todavía espero ser... volvería a mi país más tranquilo.

—Descuide —repuso Jan—. Yo le contaré todo eso, señor, y todavía haré más; le explicaré la suerte que Jan Thoreau ha tenido al encontrar a un amigo tan bueno, tan cordial como el señor Thornton. Ella es de mi tierra, y le perdonará y le querrá aún más de lo que le quería. Ésta es la virtud que el Dios *crea* ha otorgado a ese país que mantiene un culto tan puro del honor. Ella seguirá amándole a usted; mientras quepa una esperanza, ese amor arderá como una llama en su corazón.

Thornton dejó escapar un profundo gemido, y exclamó:

—¿Y a usted... a usted le veré de nuevo?

—Ellos sabrán adónde iré cuando parta de Oxford House. Dejaré unas líneas para usted —dijo Jan.

—¡Adiós! —exclamó Thornton, con rudeza.

Jan se detuvo a escuchar hasta que el ruido de los pasos de Thornton se extinguió por completo. Luego permaneció largo tiempo sentado y con la cabeza hundida entre sus brazos, sobre la mesa. A su lado, Kazán gemía sordamente, como si comprendiera que en aquel oscuro aposento acababa de producirse un hecho que había destrozado por fin el corazón abrumado de su dueño.

Capítulo XXVIII

Otra vez la música

Aquella noche, Jan Thoreau volvió a refugiarse en los bosques. Toda la noche no hizo más que viajar. A cada milla que dejaba tras de sí ensanchábase su pecho y aumentaba su valor. Y cada vez que, según su vieja costumbre, hacía restallar el látigo y azuzaba a los perros, sentía renacer en su sangre el ardor salvaje de las tierras desiertas. Una vez más se internaba en su país. Para Jan, los bosques habían sido siempre un verdadero hogar, arrullado con los dulces murmullos de los vientos y de los árboles, y aquella noche lo parecían más que nunca. Lleno de desolación y de amargura, y sin otro deseo que el de vivir más aislado cada día, sintió que resucitaban en su corazón el entusiasmo, la simpatía y el amor hacia aquellas soledades. Éstas parecían compartir su dolor y alimentar sus esperanzas, a través de la eterna compañía de árboles y montañas y de todos los seres salvajes que allí se cobijaban.

Arriba, en el cielo, veía brillar las estrellas como millones de luces encendidas por unas manos bondadosas a través de su camino... las estrellas que, niño aún, inspiraron a Jan aquella música y aquietaron su espíritu y le mostraron el poderoso silencio de Dios más elocuentemente de lo que hubiese podido hacerlo la palabra del hombre. Jan Thoreau comprendió que, desde aquel instante de su vida, su Dios estaría entre aquellos seres. Millares de veces había soñado en ellos, y había imaginado que aquellas estrellas y aquellos árboles y aquellas rocas y hasta las mismas montañas cobraban vida y forma ante sus ojos. Ahora aquello no era una simple fantasía. A medida que avanzaba, estos seres aparecían ante Jan cada vez más reales. Las estrellas, brillaban ante sus ojos como nunca habían brillado, y los árboles y

las rocas animábanle más y más con su presencia, a lo largo de su incesante marcha. Por doquier aparecían los viejos amigos de siempre, invariables e inmutables. Los negros abetos que se inclinaban silenciosos a su paso, eran los mismos que se inclinaron la noche anterior... cien noches antes; las estrellas eran también las mismas; y los mismos murmullos del viento a través de las copas de los árboles. Como ayer y como años atrás, todo permanecía igual, inalterable. Jan había amado antes la vida del bosque; ahora la adoraba. En medio de aquel profundo silencio, Jan seguiría poseyendo a Melissa. Los murmullos del bosque le recordarían los pasados amores y, con ellos, los días y años de felicidad; allí reviviría aquellos tiempos venturosos; y todas las noches, al acostarse, soñaría en su amada.

Jan tardó casi un mes en llegar a Oxford House y entrevistarse con la dulce muchacha que Thornton amaba. Después de cumplir el encargo de Thornton, Jan prosiguió su viaje... hacia el Nordeste. Ahora no tenía ninguna misión, excepto la de rondar por los bosques. Descendió el Hayes, para hacerse con algunas provisiones en los campos indios, y al fin, a comienzos de primavera, se detuvo a orillas del Cutaway. Aquí levantó una tienda de campaña y vivió durante algún tiempo abriendo zanjias para cazar osos. Luego se dirigió al Nordeste, procurando no acercarse nunca a Lago Bain. Cuando los primeros vientos fríos de la bahía anunciaron el invierno, le entraron vivos deseos de dirigirse hacia el Oeste, a fin de volver una vez más a las tierras desiertas. Sin embargo, resolvió encaminarse de nuevo hacia el Sur, y así ocurrió que un año después de haber salido de Lago Bain se había construido una cabaña en las profundidades del bosque del Río de Dios, a cincuenta millas de Oxford House, y se dedicaba otra vez a cazar para la Compañía. Jan no echó en olvido la promesa dada a Thornton, y en Oxford House indicó dónde se le podía encontrar en el caso de que volviera aquel señor.

A mediados de invierno, Jan volvió a Oxford House con sus pieles. La noche del mismo día que llegó al campamento, oyó a un francés procedente del Norte que hablaba de Lago Bain. Nadie advirtió el menor cambio en el rostro de Jan cuando se detuvo en el interior del almacén de la Compañía. Poco después siguió al francés fuera de allí, y lo llamó donde nadie pudiera oírles.

—Perdone, señor; usted ha hablado de Lago Bain —dijo Jan, en francés. ¿Ha estado usted allí?

—Sí —contestó el otro Estuve allí una semana aguardando la salida del primer trineo.

—Es el lugar donde yo vivía —dijo Jan, tratando de conservar la serenidad—. Me gustaría saber si ha habido alguna novedad. ¿Vio usted..., a Cummins... el factor?

—Sí, estaba allí.

—¿Y... a Juan de Gravois, el jefe del campamento?

—Se hallaba fuera. *Mon Dieu!* ¡Oiga qué alboroto! ¡Los perros se están peleando!

—Un momento —suplicó Jan, cuando el francés hizo un movimiento, como si intentara irse en dirección del tumulto—. El factor tenía una hija... Melissa...

—Salió hace tiempo de Lago Bain —interrumpió el trampero, haciendo un esfuerzo para mantenerse correcto, mientras se ladeaba un poco para escuchar el ruido de la pelea—. El señor Cummins dijo que no la había visto desde hacía mucho tiempo... creo que dijo un año. *Sacré*^[15]! ¡Oiga qué ruido! Se están despellejando unos a otros, y son mis perros. Distinguiría sus voces entre varios centenares.

El francés se lanzó a través de la obscuridad y Jan intentó seguirle. Luego se detuvo y volvió al almacén de la Compañía. Enganchó los perros al trineo y Kazán brincó de contento.

Aquella noche, mientras viajaba, Jan no contempló la estrellas ni las sombras familiares del bosque.

«¡Un año!» —se repetía a sí mismo, una y otra vez.

Cuando Kazán rozó su cuerpo contra la pierna de Jan y levantó la mirada hacia él, éste exclamó:

—¡Ah, Kazán, nuestra Melissa se ha ido con el inglés! ¡Que Dios los haga muy felices!

Ahora, el bosque le atraía a Jan más que nunca. Éste no pensaba en volver a Oxford House; prefería vender sus pieles a uno de los mestizos que pasan por allí durante la primavera y el verano. Era en enero, en el período en que las nieves son muy profundas, cuando regresó a su cabaña. Tres días antes había estado en el campamento de la bahía de Hudson, sobre el Lago de Dios, para abastecerse.

Por el camino, cuando estaban cruzando el lago Kazán, que iba a su lado, dio un salto y fue a coger algo que había en la nieve. Jan vio aquel movimiento, pero no hizo ningún caso, hasta que, poco después, Kazán se detuvo y se dejó caer sobre sus patas, mordiendo los arreos y gimiendo dolorosamente. Los extraños mordiscos de Kazán sugirieron en seguida a Jan algo malo, y con un sordo grito de espanto se puso de rodillas al lado del

perro. Kazán seguía gimiendo y su espesa cola barría la nieve, mientras Jan levantaba la enorme cabeza lobuna entre sus manos. Sin decir una palabra, Jan tomó al perro en brazos, como si se hubiera tratado de una criatura. Entonces Kazán dejó de gemir. Su único ojo miraba fijamente el rostro de su dueño, aguardando la menor señal de éste. A pesar del fuego terrible que, entre enormes torturas, devoraba su vida, Kazán no tenía más idea que la de servir a su dueño. Pero en aquel ojo Jan vio el mismo velo espeso y rojizo que había observado centenares de veces en los ojos de las zorras y lobos muertos envenenados.

Un sollozo de dolor brotó del pecho de Jan. Éste apretó la cabeza del perro contra su rostro, mientras Kazán acercaba el cálido hocico a sus mejillas y ponía en juego sus músculos poderosos, en un postrer deseo de luchar contra cualquier peligro que amenazara la vida de su dueño. Jan mantuvo largo tiempo levantada ante sí la hirsuta cabeza del animal, hasta que al fin comprendió que aquel ser, que era su único amor y su único compañero en medio de aquel mundo solitario, había dejado de existir. Kazán había muerto.

Jan sacó una manta del trineo y envolvió a Kazán:

Luego fue a dejar el cadáver a un centenar de metros lejos del camino. Con la cabeza inclinada entró poco después, detrás de sus cuatro perros, en God's House. Media hora más tarde se dirigía de nuevo, con sus vituallas, hacia las soledades del bosque. Había anochecido cuando volvió al sitio donde había dejado a Kazán. Colocó el cadáver dentro del trineo, y los cuatro perros lanzaron continuos gemidos al arrastrar aquella carga que olía a muerto. Detuviéronse en las profundidades del bosque, más allá del lago, y Jan levantó una hoguera.

Aquella noche, como todas las noches de su vida solitaria, Jan mantuvo a Kazán junto a sí, temblando al ver que los perros se echaban recelosamente hacia atrás y al notar que la hoguera y las ramas de los árboles interrumpían el silencio del bosque. Jan contempló el chisporroteo de las llamas y las sombras que danzaban caprichosamente a su alrededor, y en aquellos momentos se figuraba que estas sombras habían cesado de ser las sombras amigas de otras veces y se mofaban de él... ante el cadáver de Kazán, y le decían que estaba solo, solo, solo. Luego, dejó apagar la hoguera, removiéndola un poco solamente al sentirse aterido de frío. Cuando, al final, cayó en un estado de semisomnolencia, parecíale oír aún que las ramas de los árboles seguían murmurando que Kazán había muerto, y que al morir había roto el último y frágil vínculo que existía entre Jan Thoreau y Melissa.

Jan prosiguió la marcha al apuntar el día, llevándose el cadáver de Kazán. Se había propuesto llegar a la cabaña por la noche. Al día siguiente enterraría a su viejo camarada. Cuando llegó a la angosta llanura que se extendía entre él y el río, había oscurecido. Mientras trepaba lentamente por el monte, al pie del cual se alzaba su cabaña, empezaron a brillar las estrellas. Al llegar a la cima se detuvo y se sentó al borde de una roca, contemplando el espacio inmenso que mediaba entre él y los pálidos resplandores del Norte. A sus pies se extendía el bosque, negro y silencioso, y lanzó una mirada hacia donde sabía que se alzaba su cabaña, negra y silenciosa también.

Por primera vez pensó en que aquello era su hogar..., que el bosque, y el silencio, y la pequeña cabaña oculta debajo de los árboles tenían una significación mayor que la que habían tenido unas horas antes, cuando Kazán estaba a su lado como un ágil y viviente camarada. Kazán había muerto. En aquel momento iba a darle sepultura. Jan había querido a Kazán; mientras estrechaba las manos sobre su pecho dolorido, Jan comprendía que se habría peleado por Kazán... que habría dado la vida por él... como si se hubiera tratado de un hermano. Allí, debajo del bosque silencioso, enterraría aquel ser que era lo único que le quedaba de su vida pasada. De su pecho inflamado brotó un ardiente anhelo, algo así como una plegaria, a través de la cual Melissa podría saber que él, Jan Thoreau, no había de tener mañana a su lado nada más que una triste sepultura, y que en aquella sepultura descansaría su viejo camarada, su antiguo compañero... Kazán. Las lágrimas nublaron sus ojos, ocultó el rostro entre sus manos, y se puso a sollozar como había sollozado otra vez años atrás, cuando, hallándose en las tierras yermas del Sur, llegó a él la noticia de que Melissa se estaba muriendo.

—¡Melissa! ¡Melissa!...

Jan pronunciaba, a través de sus gemidos, el nombre de su amada, mientras sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, miraban fijamente hacia el Norte; llamaba desconsoladamente a Melissa para que acudiera a su lado en aquellos momentos de intenso desespero, y miraba a través de aquellas inmensidades iluminadas por las estrellas como si el dulce rostro de su amada se acercara a él una vez más. Y mientras la estaba llamando así, parecióle que llegaba hasta él del fondo del espacio un dulce y tierno sonido que acariciaba su corazón. Jan se puso en seguida en pie y levantó los brazos hacia el cielo, pues suponía que aquello era el sonido de un violín que llegaba a él desde el Norte..., que Melissa, infinitamente alejada de él, había oído sus súplicas, sus plegarias, y estaba tocando por él y por Kazán.

De repente, mientras escuchaba, dejó caer los brazos y trató de recoger en su mirada la débil y concentrada luz de las estrellas. La música se oía más y más cerca cada vez. Al final, percibióse tan claramente, que Jan cogió a Kazán entre sus brazos y descendió corriendo de la montaña. Ora la música enmudecía, ora vibraba de nuevo en el fondo del bosque, atrayendo a Jan hacia aquellas sombrías espesuras. Durante unos momentos, Jan tenía clara conciencia de todo, excepto de aquel sonido que, en su ofuscación, creía que llegaba a él por misteriosos conductos, y del mismo modo que Juan Cummins había llamado hace años a los ángeles en Lago Bain cuando en plena noche salió al encuentro de esta maravillosa música, así también el espíritu de Jan Thoreau pensaba en aquellos mismos seres mientras tenía a Kazán entre sus brazos, y tropezó. Entonces, súbitamente apareció ante la cabaña, y vio que en ella brillaba una luz.

Depositó cuidadosamente el cadáver de Kazán sobre la nieve, y estuvo un minuto entero sin moverse, escuchando cómo sonaba, cada vez más suave y más dulce, la bella música del violín. ¡Alguien se hallaba en su cabaña... y eran unas manos humanas las que tocaban el instrumento! Entonces se dio cuenta de que no era el espíritu de Melissa el que había acudido a su lado en aquella hora de tan profundo desespero, y un sollozo subió a su garganta. Jan fue avanzando paso a paso, preguntándose si se había vuelto loco, si los espíritus del bosque seguían burlándose de él, si...

Dio un paso más...

¡Gran Dios! ¡Jan oía ahora... la suave y arrobadora música del viejo canto de amor de los *crees*, tocada en una forma que él conocía muy bien, con aquellos acentos de infinita melancolía, aquellos alegres murmullos, aquellos tiernos y emocionantes cantos de vida, de muerte, de amor! Lanzando un fuerte grito, se abalanzó hacia la puerta y penetró de un salto en la cabaña, con los brazos abiertos y los ojos cegados un momento por la súbita luz... Y con un grito tan penetrante como el suyo, alguien corrió a su encuentro... Era Melissa, la bella y magnífica Melissa, que se abrazaba a él, murmuraba entre sollozos su nombre y le pedía con la dulce voz de antaño que la besase, la besase, la besase..., mientras Jan Thoreau por primera vez en su vida se sentía poseído de una dulce e irresistible languidez. Entonces Jan comprendió que Juan de Gravois se acercaba también a él y lo estrechaba entre sus brazos, mientras seguía oyendo a Melissa que le llamaba, fuertemente abrazada a él y con el rostro pegado al suyo. Y cuando la obscuridad de sus ojos era más profunda, más densa, y se sentía resbalar entre las sombras, murmuró ante aquéllos a quienes no le era posible ver:

—¡Kazán... murió... la noche pasada!

Jan luchó largo rato para ahuyentar la obscuridad de su vista, y una vez lo hubo conseguido y pudo abrir de nuevo los ojos, reconoció que era Melissa la que estaba sentada a su lado, y que fue Melissa la que se lanzó a sus brazos cuando él volvió en sí de su raro ensueño y la que oprimió su desgredada cabeza contra su pecho..., Melissa, con su espléndida cabellera flotándole sobre los hombros tal como a él le gustara en otro tiempo, y nimbados sus ojos con una cálida aureola, la de su viejo cariño, que ahora resplandecía más intensamente, mientras dejaba oír su dulce voz.

—Jan... Jan... hemos estado buscándote... por espacio de mucho tiempo —exclamó Melissa lentamente Salimos en tu busca... desde que partiste de Lago Bain. ¡Jan, Jan mío, te quiero tanto...! Y tú por poco me destrozas el corazón. Jan, mi Jan querido— murmuraba, acariciándole el rostro Ya sé por qué te alejaste de nosotros....., lo sé, y te quiero tanto que... que me moriría de pena... si te alejaras de nuevo.

—¡Lo sabes! —exclamó Jan.

Éste se hallaba sentado en su cama y se puso en pie, cogiendo entre sus manos el bello rostro de la muchacha, y mirándola fijamente con una expresión de terror.

—¡Lo sabes... y te acercas... a mí! —murmuró él.

—¡Te quiero! —exclamó Melissa.

Ésta se lanzó hacia él, recostando el rostro sobre su pecho, y acariciando sus largos cabellos que ella atraía hacia sí para besarlos.

—¡Te quiero!

Jan rodeó con sus brazos el cuerpo de Melissa, y apoyó el rostro sobre sus cabellos y sintió el alegre temblor que agitaba el pecho de su amada.

—¡Te amo! —murmuraba ésta de nuevo, mientras a través de la espesa cabellera de la muchacha los labios de Jan y de Melissa se juntaron en un ardiente beso, y ella volvía a murmurar:

—¡Te amo!

Fuera, cerca del bosque, Juan de Gravois bailaba y brincaba locamente bajo la luz de las estrellas, y Iowaka le estaba contemplando.

—Y ahora, ¿qué opinas de tu Juan de Gravois? —preguntó Juan por centésima vez al menos—. Ahora, ¿qué opinas de él, preciosidad mía?

Y al decir esto cogía entre sus brazos la cabeza de Iowaka, por centésima vez también, y la cubría de besos hasta que ella le empujaba.

—¿No hice bien en romper mi juramento y en contarle a Melissa por qué Jan se había vuelto loco? ¿No hice bien, di? ¿Y Melissa no ha hecho lo que

dije al loco de Jan que ella haría? ¿Y no se desentendió en seguida del inglés? ¿Eh? ¿No puedes hablar, angelito mío?

Juan de Gravois cogió de nuevo a Iowaka entre sus brazos, y esta vez no la dejó escapar.

—¿Y te parece que ahora Jan Thoreau sentirá todavía que pesa sobre él la maldición? —preguntó Juan lentamente—. ¡Ah, nosotros hemos puesto en claro todo eso! ¿No es verdad, Iowaka mía? En mi bolsillo guardo la carta firmada por el subdirector de la gran compañía de Prince Albert a quien conté la historia de Jan..., la carta que dice que la otra mujer murió antes de que el hombre que tenía que ser el padre de Jan Thoreau se casara con la mujer que había de ser madre. ¿Comprendes ahora por qué no he querido hablar de esta carta a Melissa, *ma chérie*? Era para demostrar a ese loco de Jan Thoreau que ella le quería... fuese como fuese. Ahora, ¿qué opinas de Juan de Gravois, tú, la hija de una princesa, tú... tú...?

—La esposa del hombre más grande de la tierra —dijo Iowaka poco a poco, riéndose—. Vámonos, locuelo mío, no permanezcamos aquí fuera. Yo voy sintiendo frío. Y además, ¿tú no crees que Jan estará deseoso de verme?

—Locuela... locuela... locuela... —murmuró Juan, mientras marchaban cogidos de la mano a través de la tenue luz de las estrellas.

—Ella, mi Iowaka, mi amor, dice que soy un loco... Y eso, después de lo que acabo de hacer. *Mon Dieu!*, ¿qué puede hacer un hombre para no parecer pequeño a los ojos de su mujer?



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el *Detroit News-Tribune*. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de Abraham* (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] *crees*: nación amerindia de América del Norte, que le convierten en uno de los mayores grupos indígenas de Canadá. La mayoría de los crees eran indígenas de los bosques orientales, mientras que los que vivían en Saskatchewan y el sur de Alberta eran indígenas de las praderas. (*N. del Ed.*)
<<

[2] *chippewayan* o *chipewyan*: también llamados *dene suliné* son una tribu nativa canadiense que vivían entre las Montañas Rocosas y la bahía de Hudson, en las orillas del Gran Lago del Esclavo, el lago Athabasca y el río Churchill, en el delta del río Mackenzie. (*N. del Ed.*) <<

[3] *loa*: Los *loas*, que también son seres sobrenaturales, son las deidades que tienen contacto con los individuos y con el dios supremo. (*N. del Ed.*) <<

[4] *Sacré bleu!*: una blasfemia francesa que significa un grito de sorpresa o felicidad. (N. del Ed.) <<

[5] *papuesa*: No sé que tiene que ver con Canadá, pero *papúes* es un término para describir a los diferentes pueblos indígenas de Nueva Guinea y las islas vecinas, en concreto los hablantes de lenguas papúes. A menudo se distinguen lingüísticamente de austronesios, los hablantes de una familia de lenguas introducidas en Nueva Guinea, unos tres mil años atrás, pero esto no siempre es una distinción étnica, los austronesios se consideran a menudo parte de la cultura de Papúa. (*N. del Ed.*) <<

[6] *malamutes*: es un perro originario de la zona ártica, una de las razas más antiguas dentro de los perros de trineo. Como perro de trineo es naturalmente fuerte. Es capaz de cargar pesos considerables (hasta 90 kg) durante decenas de kilómetros.. (*N. del Ed.*) <<

[7] *mackenzie*: Supongo se referirá a *Mackenzie River Husky*, perro originalmente criado en Alaska y utilizado para los trineos. (N. del Ed.) <<

[8] *tepees o tipi*: tienda cónica, originalmente hecha de pieles de animales como el bisonte, y palos de madera. El tipi era utilizado por los pueblos indígenas nómadas de Estados Unidos de las Grandes Llanuras pero también han sido construidos y habitados en otras partes geográficas. El tipi es durable,⁹ y durante el invierno brinda abrigo y confort, es fresco durante el verano, y su interior permanece seco en caso de lluvias. Las mujeres, eran quienes armaban y trasladaban las viviendas, elegían la localización y organizaban la disposición del poblado. Ellas eran las propietarias de las tiendas que estaban diseñadas cuidadosamente para poder ser trasladadas. Todo el poblado podía armarse en una hora. Esta transportabilidad era importante en las Grandes Planicies a causa de su estilo nómada de vida. (*N. del Ed.*) <<

[9] *charogne*: carroña. (*N. del Ed.*) <<

[10] *Mon ange!*: ¡Ángel mío! (N. del Ed.) <<

[11] *ma chérie*: querida mía. (N. del Ed.) <<

[12] *ma chère*: querida mía. (N. del Ed.) <<

[13] *les bêtes de charogne*: unas bestias de carroña. (N. del Ed.) <<

[14] *ma bien aimée*: querida mía. (N. del Ed.) <<

[15] *Sacré: ¡Increible! ¡Asombroso! (N. del Ed.) <<*